

UN AMOR A PRUEBA DE ALTURAS

Amor, te quiero



Elsa Jenner

Lectulandia

UNA HISTORIA DE AMOR VERTIGINOSA EN LA QUE QUERRÁS QUEDARTE.

Valeria solo quiere volar, su corazón fue hecho para recorrer el mundo desde lo más alto.

Raúl guarda un pequeño secreto. Para él su carrera profesional lo es todo y no está dispuesto a permitir que ninguna mujer interfiera en su trabajo. Pero el amor es así de loco a veces y, cuando llega, lo cambia todo.

Sus caminos se cruzarán en el lugar menos pensado y, lo que en un principio sería solo un juego, acabará convirtiéndose en un amor a prueba de alturas.

¿Preparada para despegar? ¡Activa el modo avión!

Elsa Jenner

Amor, te quiero

A bordo - 2

ePub r1.0

XcUiDi 14-10-2020

Elsa Jenner, 2020

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1

1

Me aplico la máscara de pestañas, me pinto los labios con mi barra favorita color rojo pasión y me quito las pinzas que sujetan mi flequillo. El espejo refleja una imagen perfecta. No sé por qué, pero presiento que va a ser una gran noche.

Me pongo unos tacones plateados a juego con mi vestido negro. Cojo el abrigo, uno tipo poncho de piel sintética de murciélago, en color rojo intenso, y me cuelgo el bolso antes de salir al salón.

—¿Sales esta noche, mamá? —pregunto al ver a mi madre vestida como si fuera a la gala de los Óscar.

—Sí, Valeria. Yo también tengo derecho a divertirme ¿o te crees que eres la única que puede hacerlo? —responde tan altiva como de costumbre.

—Bueno, pásalo bien —me acerco a ella para darle dos besos.

—Así, que se nos dañe el maquillaje —dice sin dejar que mi rostro roce el suyo y lanzando dos besos al aire a cada lado de mi rostro.

Salgo de casa y cierro la puerta. En la calle me espera el Uber que me llevará a la fiesta de Navidad de la empresa. Aún no me puedo creer que me hayan invitado cuando apenas acabo de entrar en la compañía.

Hubo un momento en el que pensé que jamás conseguiría llegar a ser azafata, quiero decir, tripulante de cabina de pasajeros. Hace más de cuatro años que comencé con esta locura. Primero lo intenté en Emirates, pasé las dos primeras fases, pero me quedé a las puertas. Luego viajé hasta Polonia, porque Qatar me invitó a uno de sus procesos de selección, lamentablemente tampoco lo conseguí. Después de estos fracasos probé con todas las compañías españolas e incluso en compañías *low cost*. Quién me iba a decir que finalmente lograría entrar nada menos que en una aerolínea chárter, ¿puede haber algo mejor? ¡Qué feliz me siento! Ahora solo me faltaría que Sergio que me pidiera matrimonio e irnos a vivir juntos para ser la mujer más feliz del mundo. Aunque presiento que eso no va a pasar, él lleva meses ausente, demasiado distante quizá, siento que ya no tenemos la misma confianza que antes. Ni siquiera le he contado que he conseguido sacarme la

licencia de vuelo y que he firmado mi primer contrato como tripulante de cabina de pasajeros.

Él nunca ha querido que entrara en este mundo de la aviación, no entiendo por qué. Lo peor de todo es que durante el mes que ha durado el curso y las pruebas, no ha notado mi ausencia; lo bueno es que apenas he tenido que darle explicaciones de dónde estaba o dejaba de estar. Por suerte, él, esta noche, tiene la cena de Navidad de su empresa y allí no llevan acompañantes, así que tampoco he tenido que decirle a dónde voy.

Las fiestas de Navidad de esta empresa son bien sonadas dentro del mundo de la aviación por su exquísitez y porque luego se convierte en el tema de conversación durante semanas. Todos los empleados asisten: departamento de recursos humanos, programación, jefes, directivos, pilotos, tripulantes, ingenieros, toda la compañía al completo.

Miro por la ventana y contemplo Madrid. A estas horas la ciudad continua activa, el ritmo no para. Me pregunto cómo será Miami... ya me han programado mi primer vuelo para la semana que viene y estoy muy ilusionada, no podría haberme tocado un destino mejor. Cuarenta y ocho horas de descanso allí, así que estoy segura de que me dará tiempo a visitar la ciudad e ir a la playa.

El Uber se detiene frente a la puerta del hotel en el que se celebra la fiesta. Me despido del conductor y salgo del coche. Espero frente al hotel a mi amiga Ana, que estará al llegar. Aún no me puedo creer que hayamos pasado las dos. Ella es una de mis mejores amigas, la conocí un fin de semana cuando me dio la locura de trabajar en una discoteca. No es que me hiciera falta el dinero, afortunadamente a mis padres les sobra, es solo que a veces tengo que hacer cosas como esta para llamar su atención, ambos están tan centrados en sus respectivas carreras que se olvidan de que tienen una hija.

A lo lejos avisto a mi amiga acercándose, no me puedo creer que no traiga abrigo con el frío que hace. Seguro que no tiene, me da mucha pena su situación, aunque ella nunca se queja ni habla de su economía, sé que lo pasa muy mal para llegar a fin de mes. Trato de ayudarla en lo que puedo, porque con lo orgullosa que es no quiero que se sienta ofendida, así que lo hago con mucha delicadeza.

—Ana, te vas a morir de frío. ¿Y tu abrigo? —pregunto cuando se acerca.

—No tengo, pero da igual en el metro se pasa mucho calor y dentro ya sabes que no va a hacer frío.

—Vamos antes de que te refríes. Por cierto, me encanta ese vestido. ¿De dónde es?

—Zara.

—Voy a tener que empezar a comprar en Zara, me sorprenden. Parece de un prestigioso diseñador.

Entramos y dejo mi abrigo en el guardarropa.

El lugar está abarrotado de gente. Tanto la decoración como el atuendo de los invitados es exquisito.

—Pero bueno, ¿y estos bellezones de dónde han salido? —dice Álex acercándose a nosotras.

Álex es un compañero que hemos conocido en el curso, me cae genial y además tengo la suerte de volar con él la semana que viene a Miami. Su primer vuelo será mañana, así que para cuando vaya a hacer el mío, él ya habrá hecho el suyo y podrá ayudarme.

Lo que no me puedo creer que teniendo su primer vuelo mañana esté aquí tan tranquilo.

—¡Venid!, quiero presentaros a unas amigas —dice tirando del brazo de Ana.

Nos presenta a dos amigas suyas y nos quedamos todos charlando.

—¿No estás nervioso? —le pregunto.

—Un poco, pero bueno no me podía perder esta fiesta por nada del mundo. ¿De qué vamos a hablar los próximos días sino, cariño?

—¡Qué loco! Por cierto me encanta ese traje, te sienta muy bien el color rojo.

—Esto no es rojo, querida. Es bermejo —responde él muy diva.

—Bueno, cari. *Bermejo* —digo imitando su tono.

—Oye, ¿cómo es que no estás bebiendo nada? —pregunta.

—Acabábamos de llegar cuando nos has secuestrado.

—Vamos, te acompaño a pedirte una copa.

—Pero si tú no puedes beber, que tienes tu primer vuelo mañana.

—Yo no, pero tú sí —ríe.

—No te preocupes, quédate aquí, voy con Ana y ahora regresamos.

Aviso a Ana, quien está hablando con uno de los pilotos que conocimos en el curso, para que me acompañe a pedir algo de beber.

El camarero nos sirve dos *gin-tonics*, Ana y yo brindamos.

—Por esta nueva aventura —dice ella.

—Por esta aventura que acaba de comenzar. —Pego mi copa a la suya, luego ambas bebemos.

Cogemos la copa para regresar a la pista cuando de pronto veo algo que me deja en *shock*. Sergio, mi novio, está en la fiesta. ¿Qué hace aquí? ¿Se

habrá enterado que he pasado el curso? ¿Habrá venido a buscarme?

No puede ser, está acompañado de una morenaza despampanante.

Sin pensarlo dos veces me voy directa hasta él.

—Ni se te ocurra —Ana me agarra del brazo y me detiene.

—¿Cómo se atreve? Este no sabe quién soy yo —grito intentando deshacerme de ella. En este momento estoy colérica, soy capaz de cualquier cosa.

—No puedes montar una escena aquí. Después de lo que has luchado por conseguir esto no lo vas a echar a perder por este gilipollas —dice mientras camina tras de mí.

Nunca me he sentido tan estúpida como en este preciso instante. Ese cabrón me ha estado viendo la cara de tonta.

Mi amiga trata de detenerme. Me giro hacia ella.

—Ana. Me ha estado engañando todo este tiempo y encima con una tripulante —grito a punto del colapso.

—Con razón no quería que entraras en este mundo de la aviación. ¡Menudo capullo!

—Claro, me dijo que tenía una cena de empresa porque lo último que se esperaba es que yo también tuviese invitación a este evento.

—Mira el lado positivo, al menos no haberlo invitado te ha servido para darte cuenta de la clase de capullo que es.

—Esto no se va a quedar así.

Me voy directa hacia Sergio.

—Claro que no —Ana vuelve a agarrarme del brazo, esta vez con más fuerza—. Pero esta noche te vas a comportar y no vas a formar ningún numerito si quieres conservar tu nuevo trabajo.

Sin soltarme me lleva hasta una de las mesas grandes que hay. Me bebo la copa de un trago y dejo el vaso con los hielos sobre la mesa. Trato de recomponerme. En estos momentos soy capaz de cualquier cosa, la rabia me corroe por dentro. Me siento estúpida. Nada tiene sentido, parece que todo esto fuese una pesadilla de la que no voy a despertar. Miro de reojo y trato de ver si Sergio sigue en el mismo sitio, pero se ha esfumado.

Ana coge una de las botellas de champán que hay sobre la mesa y me sirve una copa. No me gusta el champán demasiado, pero ahora mismo me bebo lo que sea.

—Por nuestro futuro —Ana alza la copa para brindar de nuevo.

—Por el futuro —choco mi copa con la suya y me la bebo de un trago.

Voy a necesitarlo para lo que está por venir.

En ese momento aparece Álex.

—¿Dónde os habéis metido?

Ambas disimulamos.

—Te estábamos buscando, pero no te encontrábamos —responde Ana.

—Pues aquí estoy. ¿Estás bien, Valeria?

—Sí, sí. ¿Por qué? —Disimulo.

—No sé te veo mala cara.

—Gracias, tú también estás hermoso —ironizo.

En ese momento me doy cuenta de que Ana está hablando con ese piloto que la trae loca, aunque ella lo niegue.

Ana nos presenta a mí y a Álex al guaperas. En ese momento vuelvo a localizar a Sergio. Así que no tengo cabeza para entrar en su conversación. Solo puedo pensar en cómo voy a arruinarle la noche a ese cabrón. Ella tiene que saber que él tiene novia y que esa soy yo.

Me sirvo otra copa de champán y otra y otra. Necesito entrar en calor.

Álex se disculpa y se va a saludar a una compañera, Ana sigue inmersa en la conversación con Víctor y yo, yo sencillamente acabo de perder la ilusión por todo. No sé si irme a mi casa a llorar o montar un numerito aquí en medio, porque sí, estoy un poco loca, lo reconozco.

No lo pienso mucho y aprovecho que mi amiga está distraída para acercarme a hablar con Sergio. Llego hasta él y su acompañante y me quedo paralizada ante ellos. Sergio le suelta la mano de inmediato y me mira con asombro. La chica le mira a él desconcertada. Su belleza me mortifica. Es tan hermosa, lleva su oscura cabellera suelta y perfectamente alisada, un vestido verde botella con escotazo que deja entrever sus prominentes pechos, algo que me deprime. Siempre he tenido complejo de tener poco pecho, y una de las razones por las que estaba tan contenta de haber conseguido este trabajo es porque por fin tendré independencia económica y podré operarme, algo que hasta ahora no he podido hacer porque mi padre se niega a costearme dicha intervención, no porque le parezca cara, más caro es el reloj de tiffany en acero inoxidable y oro rosa que me regaló por mi cumpleaños, es solo que no quiere que entre en un quirófano para eso.

Trato de apartar la vista de sus pechos y la reto con la mirada.

Quiero abrir la boca, pero sé que si lo hago seré un tornado y nada ni nadie me podrá parar, montaré el mayor número de la historia de esta fiesta de empresa.

La chica me mira sin dar crédito, sabe que algo pasa, pero no tiene ni idea de el qué. Justo cuando estoy a punto de decir algo aparece mi amiga.

—Ana, ¡mira a quién me he encontrado! —Suelto una risotada.

—Sergio —dice ella.

Estos dos no se van a ir de rositas mientras yo me quedo aquí derrumbada. Me giro y cojo una botella de champán de una de las mesas. La agito con disimulo.

—Vamos a brindar —digo con falsa efusividad.

Descorcho la botella y apunto hacia la acompañante de Sergio con toda la intención de arruinarle ese alisado perfecto. La bebida sale disparada como si fuese un grifo y ambos quedan completamente bañados en champán.

—Oh, Dios mío. Lo siento muchísimo —me disculpo con falsedad.

La chica, que casi no puede ni abrir los ojos, se va directa hacia el baño gritando. Sergio me mira, pero no dice nada. Sale detrás de ella.

—Pero ¿qué haces? ¡Estás loca! —me recrimina en voz baja mi amiga—. ¿Cómo se te ocurre montar semejante escena aquí?

La gente que está a nuestro alrededor nos mira, pero la música continua.

—Ha sido un accidente. —Me encojo de hombros, me llevo una mano a la cabeza y finjo mi mejor sonrisa.

Los invitados siguen con la fiesta como si nada, parece que se lo han creído.

—Nos vamos —asegura Ana mientras con disimulo me saca a rastras de la fiesta.

—Pero si ahora es cuando empieza la fiesta —me quejo, aunque ella parece no escucharme.

Recogemos mi abrigo y trato de mantener la compostura para no ponerme a llorar aquí en medio con mis futuros compañeros de trabajo.

Salimos a la calle y Ana busca un taxi. Comienzo a encontrarme algo mareada. Las lágrimas afloran sin que pueda hacer nada para evitarlo. En ese momento aparece Víctor, quien se ofrece a llevarnos.

—¿Se encuentra bien tu amiga? —le pregunta a Ana como si ahora yo estuviese sorda y no escuchase lo que están hablando.

—Bueno, digamos que se encontrará bien pronto.

—No, no voy a estar bien, mi novio de cinco años no quería que yo fuese tripulante de cabina y resulta que es porque él lleva no sé cuánto tiempo acostándose con una tripulante de esta compañía —suelto indignada entre lágrimas.

No quiero hacer un drama de esto, pero no aguanto más la impotencia.

—Vaya, lo siento muchísimo —dice Víctor afligido—. ¿Esperáis a alguien?

—Sí, a un taxi —dice Ana con la voz temblorosa.

—Puedo llevaros yo, tengo el coche aquí al lado.

Ana se hace la dura, pero finalmente acepta y yo se lo agradezco, necesito llegar a casa y llorar hasta que me deshidrate.

Esa noche Ana se queda a dormir conmigo. Digo dormir, por decir algo, porque en realidad no consigo conciliar el sueño. Son tantas las preguntas que invaden mi mente: ¿Cuándo la conoció?, ¿dónde?, ¿desde cuándo me está engañando?, ¿qué va a pasar ahora? Bueno la respuesta a esta última pregunta es quizá la más obvia y también la más dolorosa, porque después de cinco años juntos no concibo mi vida sin él, quizá se arrepienta, quizá decida dejarla a ella y pedirme otra oportunidad.

2

Por la mañana, justo después de que Ana se vaya a su casa recibo un mensaje de Sergio.

¿Podemos quedar esta tarde?

Ni un lo siento ni buenos días ni nada. Así, sin más.

Sí, tenemos que hablar.

Trato de parecer sensata y madura y no montarle ningún drama por mensajes.

¿Te parece bien a las 18h en El Perro y La Galleta?

Vale.

Pues allí nos vemos

No me puedo creer que me haya citado en el mismo lugar en el que tuvimos nuestra primera cita. Quizá quiera ponerme tierna para que le dé otra oportunidad, pero lo lleva claro, se lo voy a poner bien difícil.

En mi mente rondan demasiadas preguntas. No sé qué voy a hacer cuando lo vea. La última vez que estuvimos juntos, hace unos días, éramos una pareja aparentemente feliz y de pronto, de la noche a la mañana todo se viene abajo.

Trato de contener mis lágrimas, no quiero ir con los ojos hinchados a la cita, tengo que dar una sensación de mujer fuerte, aunque por dentro esté completamente derrumbada.

El resto del día es un auténtico tormento, no consigo hacer otra cosa que no sea recordar momentos junto a él. Estoy nerviosa, tengo la sensación de que me juego mucho en este encuentro.

A las seis y diez llego al bar en el que hemos quedado. Me he puesto unos vaqueros y una blusa romántica con cuello perkins de satén y manga larga abullonada. El pelo, me lo he dejado suelto hacia un lado.

Entro en el local y veo que Sergio está sentado en la mesa del fondo, junto a la pared, la misma en la que nos sentamos la primera vez.

—Hola —digo en tono seco y sin darle dos besos.

—Hola —le tiembla la voz.

Tomo asiento frente a él. Se está tomando una copa de vino tinto.

—¿Qué quieres tomar?

—Una coca cola zero.

Me quito el bolso y lo dejo en el sofá. Él avisa a la camera y le pide el refresco.

Me mira y en sus ojos solo veo indiferencia. Casi una hora arreglándome y él parece no inmutarse.

—¿Qué tal estás? —pregunta.

—¿Tú qué crees?

No dice nada. Me fijo en la bolsa de Louis Vuitton que está en la silla que hay junto a él. Quizá me haya traído un regalo, aunque si cree que porque me compre algo caro le voy a perdonar lo lleva claro.

—¿Y esa bolsa? —pregunto directa.

—Son algunas cosas tuyas que habías dejado en mi casa, pensé que las querías.

—Ah, que me las has traído para que no tenga que ir más ¿no? —Comienzo a alterarme.

—No es eso, es que...

—¿Vas a llevar a tu nuevo polvo a tu piso?, ¿o ya lo has llevado antes?

—No, no he llevado a Paola a mi casa aún y no es mi polvo.

—Entonces qué es ¿tu novia?

—No lo sé. —Agacha la cabeza.

En este momento quisiera gritarle, tirarle a la cabeza el vino, deshacerme de esta rabia que siento por dentro, pero no puedo. Ha sido listo citándome aquí, me conocen todos los empleados, es un sitio muy exclusivo al que vengo a menudo y el dueño es amigo de mi padre.

¡Qué cabrón! Y yo pensando que me había citado aquí para mantener el romanticismo de la primera cita.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella? —pregunto conteniendo mi rabia.

—Un año casi.

—¡¡¡¿¿¿Un año???!!! —grito.

El resto de comensales nos miran. Sonrío y trato de disimular mi furia.

—¿Todo bien? —pregunta la camarera que se acerca a nuestra mesa preocupada tras haber escuchado mi grito.

—Sí, todo bien —sonríó—. Hoy hace un año desde que este...

—... Desde que este sitio se convirtió en un lugar especial para nosotros —interrumpe Sergio.

—No, no es eso María —le digo a la camarera en confianza—. Un año desde que este jodido cabrón me pone los cuernos con otra.

Ella abre los ojos y se coloca el flequillo detrás de la oreja.

—Bueno, voy a estar aquí. Cualquier cosa me avisas, Valeria.

—Claro que sí, cariño.

—Valeria por favor no vayas a montar uno de tus números aquí, nos conoce todo el mundo. ¿Qué va a pensar tu padre? —dice Sergio.

—Tranquilo que no voy a montar ningún numerito, y tranquilo que ya veremos lo que piensa mi padre cuando se entere de que has estado engañando a su única hija. Ve preparando tu currículum. Porque lo vas a usar en los próximos meses.

—Valeria no juegues con mi trabajo, por favor te lo pido. Sabes lo mucho que he luchado para llegar a donde estoy.

—Yo no puedo jugar con tu trabajo, pero tú si puedes hacerlo sin remordimientos con mi corazón, ¿no? ¿Cuándo pensabas decírmelo?, ¿o es que no pensabas hacerlo?

—Te juro que llevo meses buscando la forma de hacerlo, pero tenía miedo a tu reacción y a todo lo que acarrearía nuestra ruptura.

—Te preocupaba quedarte sin trabajo y no tener dinero para los caprichos de Paola, ¿no?

—Valeria, por favor.

—Ni por favor ni nada. Has estado un año con ella, un año jugando con mis sentimientos, un año engañándome.

—Y tú ni siquiera lo has notado, ¿no te parece extraño Valeria? Tú tampoco estás enamorada de mí.

—¿Cómo te atreves a decir que no estoy enamorada de ti? ¿Me estás echando la culpa de que lo nuestro no haya funcionado?

—Claro que no, ninguno tenemos la culpa.

—Sí, tú la tienes.

—No, Valeria, yo no tengo la culpa de haberme enamorado de otra persona. No puedo decidir de quién me enamoro y de quién no. Te juro que cuando la conocí hice todo lo posible por evitar que aquello fuese a más, pero...

No consigue terminar la frase y percibo el dolor en sus palabras. Me fijo en que tiene ojeras y de pronto pienso en cómo terminaría su noche.

—¿Ella lo sabía?

—No, se lo conté anoche.

—¿Qué ha pasado? —Quiero saber.

—Me ha dejado.

—Me alegro.

—Sé que en el fondo no te alegras, porque me has amado tanto como yo a ti. Te he querido más que a nada en este mundo y lo sigo haciendo, aunque de una forma diferente, pero jamás podré alegrarme de algo malo que te suceda. Estoy seguro de que encontrarás a un hombre que te ame como te mereces y será el hombre más afortunado del mundo de tenerte a su lado... —Se detiene y cierra los ojos unos instantes.

No puedo evitar derramar dos lagrimones. Puede que tenga razón, lo nuestro hacía tiempo que no funcionaba, pero yo no me merecía este engaño.

—Solo espero que algún día puedas perdonarme el daño que te he causado con esto —continúa.

—Debería agradecerte estas palabras, pero en este momento solo siento odio y rencor hacia ti. Has arruinado mi cuento de hadas, yo quería incluso casarme contigo —confieso con lágrimas en los ojos.

Me acaricia la cara y soy incapaz de apartar su mano de mi rostro. Me desmorono y rompo a llorar. Él seca mis lágrimas con su pulgar, pero no dice nada.

—Tienes suerte de haberme citado aquí, sabes que hubiese sido capaz de cualquier cosa —confieso.

—Lo sé, pero ¿creer que romperme la cabeza te iba a hacer sentir mejor?

—Sí, créeme.

Él se ríe y su sonrisa me hace sonreír. Resoplo y trato de recomponerme. Sé que no hay nada que ninguno podamos hacer, solo aceptarlo y seguir adelante.

Llego a casa completamente hundida en mi pena. Mi madre está en el sofá viendo la serie española *Toy Boy* con una copa de vino en la mano. No sé cómo le puede gustar semejante horterada con actores malos, pero malos. Creo que ella se siente identificada con la tal Macarena.

—¿Vienes de compras? —pregunta al ver la bolsa de Louis Vuitton que llevo en mi mano.

—No.

—¿Un regalo?

Estoy a punto de decirle que sí, pero entonces me desmorono y rompo a llorar.

—¿Hija que sucede? —dice desde el sofá. Mi madre nunca ha sido muy cariñosa que digamos.

Dejo la bolsa sobre la mesa y me siento en el sofá junto a ella.

—Sergio me ha engañado con otra y me ha dejado —confieso entre lágrimas.

—¿Te ha dejado por otra? No me lo puedo creer hija, pero qué has hecho para perder a un hombre así. Con tu físico y un poco de inteligencia podrías volver loco al hombre que quisieras.

—Mamá, no estoy para escuchar tus sermones. ¿Tanto te cuesta apoyarme un poco? ¿No ves que lo estoy pasando mal?

—No estarías así si hubieses seguido mis consejos, Sergio era el candidato perfecto.

Me levanto de sofá enfadada y me voy directa a mi habitación.

—Valeria, hija, ven aquí no te enfades.

Cierro la puerta de un portazo. Me tumbo en la cama y rompo a llorar. Cinco años con una persona para nada; ¿qué voy a hacer ahora sin él? Estoy sola, apenas tengo amigas, la mayoría no quiere salir conmigo porque dicen que los tíos solo se me acercan a mí. Otras no soportan que mis padres me consientan con tantos lujos, lo que ellas no saben es que yo daría cualquier cosa por tener una vida normal, de qué me sirve tanto lujo si me siento sola. Ni siquiera mi madre me comprende.

El día siguiente lo paso encerrada en mi habitación, viendo series y comiendo helado de chocolate.

Hablo por teléfono con Ana y me cuenta que se va a Nueva York, le han programado su primer vuelo para el treinta de diciembre, yo le cuento lo mal que estoy y lo triste que me siento después de haber hablado con Sergio. Hablar con Ana me da mucha fuerza, para mí es un ejemplo a seguir, es una mujer segura de sí misma. A pesar de todo lo que ha sufrido en la vida, de no tener padres, vivir con una tía que le hace la vida imposible y no tener dinero para llegar a fin de mes, ella sigue adelante guerrera, no le falta una sonrisa en la boca.

A diferencia de otras amigas, a las que cuando les contaba alguno de mis problemas me echaban en cara que cómo podía quejarme teniendo todo lo que tengo, Ana jamás me ha recriminado por eso, siempre me escucha y me entiende.

—Piensa que es lo mejor que te ha podido pasar, Valeria. Esa historia ya estaba acabada y tú lo sabes. Tómate esto como el principio de una nueva etapa en tu vida —dice Ana al otro lado del aparato.

—Lo sé, pero es que no puedo evitar sentirme fatal, no entiendo qué tiene ella que no tenga yo, aparte de esos pechos. Pero eso es algo que ya tenía pensado, voy a operarme en cuanto cobre mi primera nómina.

—No te preguntes qué tiene ella que no tengas tú, porque no tienen ningún sentido. Cada una somos diferentes, únicas. No hay otra como tú y eso es lo que te hace especial. Si él no te ha valorado ya llegará quién lo haga. Mira yo el tiempo que llevo soltera. En cuanto al pecho, no pienses en eso ahora.

—Claro que pienso en eso, él siempre me ha machacado mucho con el tema del pecho.

—Tú tienes que sentirte feliz con tu cuerpo, Valeria. Si a él no le gustaba tu cuerpo tal y como es, es porque no te amaba, el amor es ciego amiga. Me preocupa que me digas esto, pensaba que el tema del pecho era algo que querías hacer por ti, no para gustarle a un hombre.

—Y lo quiero hacer por mí.

—No, por ti no. Estos no son los argumentos de una mujer que quiere operarse para sentirse bien con ella misma, pero bueno ya hablaremos de eso. Mejor cuéntame, ¿cuándo vuelas tú?

—Justo después de Navidad, el veinte seis de diciembre.

—Ya no te queda nada. ¿Estás contenta?

—No.

—Anda ámate, además vas con Álex, con él te vas a mear, está loca. Yo voy sola, no conozco a nadie, imagínate.

—Sí, al menos voy con él. A ver si le escribo.

Cuando termino de hablar con mi amiga me siento algo mejor, veo las cosas de otro modo. Una parte de mí sabe que esto es lo mejor que me podía haber pasado en este momento. Yo nunca me habría atrevido a romper con Sergio y el hecho de que haya pasado esto justo ahora que comienza una nueva etapa de mi vida significa algo.

Quizá después de todo este drama hay algo positivo. Comenzar una nueva etapa en una compañía como esta, es algo que cualquier persona desearía, y tengo que reconocer, que con pareja no es igual. Viajar de un país a otro cada semana teniendo un novio como Sergio, solo puede acarrearle sufrimientos, así que cerrar esta etapa ahora puede que sea lo mejor.

En cuanto empiece a volar estoy segura de que me olvidaré de él.

El resto de la semana lo paso entretenida. Me voy al *gym*, al *Spa*, luego a la peluquería y por último me voy de compras por Fuencarral. Aunque cuando llego a casa me vuelvo a sentir igual de hundida.

He gastado en menos de una semana lo que suelo gastar en dos meses, tanto así que hasta mi padre cuando ha visto los cargos a la tarjeta me ha llamado para preguntarme si estoy bien. Por supuesto que no estoy bien, pero a él le he dicho que sí, aunque le he contado que lo he dejado con Sergio. Me ha dicho que me compre todo lo que quiera, que no me preocupe por nada. Mi padre nunca me pone límites, reconozco que me consiente demasiado.

El veinticuatro por la tarde recibo una llamada de mi padre, no va a poder cenar con nosotras, le ha surgido algo de última hora y no ha llegado a coger el vuelo.

¡Qué casualidad!

Trato de tomármelo bien y no me enfado, porque desde que se enteró lo que sucedió con Sergio está un poco distante conmigo, no me ha dicho nada al respecto, pero sé que en el fondo él me apoya. Aunque no le queda más remedio que hacer como si nada hubiese pasado, Sergio es uno de los directivos de una de sus sucursales aquí en Madrid y, por supuesto, no va a despedirlo después de tantos años, porque nosotros hayamos terminado.

Tras hablar con mi padre, llamo a mi madre para ver a qué hora va a venir a casa.

—Llegaré sobre las nueve, así que no me va a dar tiempo a cocinar. Pediré para que nos lo traigan, dime todo lo que te apetece.

—No te preocupes, mamá. Yo me encargo de todo.

—Vale, cielo. Te veo a la noche.

Abro la app de pedidos y hago una compra a domicilio. A las dos horas llega el repartidor con toda la comida.

Me pongo manos a la obra. Voy a preparar lombarda a la madrileña, unas berenjenas gratinadas con pollo, y de postre, tarta de turrón. He estado mirado varias recetas por internet y estas son las que más fácil y atractivas me han parecido.

Me paso el día entero en la cocina, lo pongo todo perdido, así que cuando acabo con la cena me toca ponerme a limpiar.

Son las ocho y media cuando termino. Me voy directa a la ducha.

A las nueve ya estoy vestida y maquillada. Me he puesto un vestido color granate con escote asimétrico y manga larga abullonada. Me sirvo una copa de vino y preparo la mesa.

A las nueve y media la mesa está lista, la comida servida y yo en la terraza apoyada sobre la baranda y mirando al horizonte.

A las diez llamo a mi madre para ver dónde está. Su teléfono hace llamada, pero no responde.

A las diez y media vuelvo a intentarlo, pero en esta ocasión su teléfono está apagado o fuera de cobertura.

A las once ya me he bebido la botella entera de vino, así que abro otra.

A las doce pierdo el apetito y el control. Siento una fuerte opresión en mi interior y rompo a llorar. Solo quiero borrar el dolor que habita tras mi piel. Una insólita soledad me atormenta. Grito. Pierdo el control y tiro del mantel que cubre la mesa. Toda la comida cae al suelo.

No hay nada que pueda controlar mi demencia. Cuando todo el salón está convertido en un auténtico desastre, me dejo caer en el suelo y lloro sin consuelo.

Son las navidades más tristes que he pasado nunca, antes al menos tenía a Sergio, pasábamos Navidad en mi casa y fin de año en la suya o viceversa. Mis padres nunca fallaban a la cita, ante él se mostraban como la familia perfecta y feliz que no somos. Siento que toda mi vida es una farsa.

Desolada, me arrastro hasta el sofá, me apoyo en el reposabrazos y me levanto del suelo casi sin fuerza. Voy a la cocina a servirme otra copa, pero la segunda botella también está vacía. La estampo contra el suelo.

Me percató que mi pierna está bañada en sangre, he debido cortarme con algo. Me limpio con un paño y compruebo que la herida no es profunda.

Me voy a mi habitación y me tiro sobre la cama.

Un grito me despierta. Es mi madre.

—¿¿¿Valeria??? —La escucho correr a mi habitación—. ¡Hija, estás aquí! ¡Qué susto! ¿Qué ha pasado? Cuando he entrado y he visto el salón así he pensado que habían entrado a robar. ¿Estás bien?

Se acerca a mí, me da un beso en la frente y se sienta a los pies de mi cama. Huele a perfume de hombre, está claro que no ha estado sola.

—¿Dónde has estado? —pregunto casi sin fuerza.

—Tuve un asunto de última hora, no he podido llegar.

—Tu asunto utiliza un perfume muy caro —digo con sarcasmo.

—Te he traído un regalo.

—No lo quiero. Yo también te he dejado un regalo en el salón. —Me giro hacia el otro lado y me tapo la cabeza con la manta.

—¿Qué has hecho hija? Sabes que Maru no trabaja mañana, ¿quién va a limpiar ese destrozo?

—Tú —respondo.

—¿Por qué haces estas cosas, cariño? Ya no eres una niña.

—¿Qué por qué hago yo estas cosas? —grito al tiempo que salgo de la cama—. Me he pasado todo el día cocinando para nosotras, me prometiste que vendrías y me has dejado sola el día de Navidad sabiendo lo mal que estoy desde la ruptura con Sergio, y todo para irte con tu amante.

—¡No me hables así!

—Vete de mi habitación, déjame sola.

Se levanta sin decir nada y se va.

Miro mi móvil y veo que Sergio me ha escrito un mensaje felicitándome la Navidad. Lo leo con lágrimas en los ojos.

Sé que estas navidades van a ser diferentes, yo también me acuerdo mucho de ti estos días, han sido cinco años pasándolas juntos, pero no quiero que estés triste ni que pierdas la ilusión. Esta época del año volverá a ser alegre y estoy seguro de que volverás a celebrarla con una sonrisa. Feliz Navidad, Valeria.

No puedo evitar romper a llorar con su mensaje, me encantaría estar con él ahora, al menos no me sentiría tan sola. Quiero llamarle, escuchar su voz, quiero decirle que mi vida sin él es un vacío, que me siento sola y que son las peores navidades de toda mi vida. Sin embargo me controlo. Y trato de ser lo menos intensa posible.

Yo también te deseo lo mejor para ti y tu familia en estas fechas tan especiales. Feliz Navidad.

3

El día veintiséis por la mañana me levanto más animada, ya tengo la maleta para mi viaje preparada, así que me ducho con calma, me arreglo el pelo y me maquillo. A las dos salgo de casa para irme al aeropuerto.

Confieso que estoy algo nerviosa, es mi primer vuelo y también el sueño de mi vida. Llevo años luchando por conseguir esto, por eso no voy a permitir que nada nuble el momento.

Al llegar a la sala de *briefing* saludo a los compañeros, Álex ya está allí. Me siento junto a él.

—¿Nerviosa? —pregunta en voz baja.

—Un poco —sonrío tímida.

—Tranquila, me han dicho que esta sobrecargo es muy maja. Ya verás. ¿Has repasado los procedimientos?

—Sí, sí.

Al momento entra en la sala la sobrecargo y comenzamos la reunión. Repasamos los procedimientos sin ninguna incidencia y luego nos da las instrucciones especiales para el servicio.

Cuando los pilotos se unen a la reunión nos indican el tiempo de vuelo: diez horas diez.

Durante el chequeo prevuelo Álex me ayuda con todo, así que de cara a la sobrecargo parece que sé hacerlo todo perfecto.

Una hora antes del despegue comenzamos con el embarque. Mi posición es L1, junto a la sobrecargo, así que me toca recibir a los pasajeros, por suerte Álex y la otra compañera me ayudan con todo. Primero hay que salir a ayudarles con el abrigo, colocarlo en perchas y guardarlo en un guardarropa que tenemos dentro del *galley*. Luego toca ofrecerles agua, champán, zumo..., cualquier cosa que deseen. También repartimos la prensa del día, me sorprende la variedad de revistas, mientras que periódicos españoles solo repartimos El País, supongo que porque es el más veraz.

Veinte minutos antes del despegue se cierran las puertas. Toca hacer la demostración de seguridad. La sobrecargo me indica que tengo que realizarla

yo en mi pasillo, así que me dispongo a ello muerta de la vergüenza.

Coloco la bolsa con el material necesario para la demo en el suelo y me pongo erguida mirando un punto perdido. Noto como todas las miradas están sobre mí.

Sigo los pasos como si de una coreografía se tratase. Primero el de cinturones de seguridad, abrir, cerrar y ajustar. Luego indicar las salidas de emergencia. El chaleco salvavidas. Y por último la *safety card*, el panfleto ubicado en la parte posterior del asiento, frente a cada pasajero.

Cuando abro la tarjeta de cara al pasaje para que puedan ver las imágenes que ilustran gráficamente los procedimientos de seguridad, me percató de que los pasajeros me miran y se ríen. Quizá me he equivocado o igual la tarjeta está al revés.

Giro la tarjeta hacia mí y de pronto veo que el contenido ha sido manipulado. Alguien ha pegado fotos de una revista porno sobre las imágenes. Por suerte en *business* no hay niños.

Cierro corriendo la tarjeta y me voy al *galley*. Mis compañeros, incluida la sobrecarga están muertos de la risa. Mi cara es de desconcierto total.

—¿Qué significa esto? —pregunto.

—Bienvenida a la aviación, querida. Se llaman novatadas —dice Álex.

—Qué malas personas sois, lo he pasado fatal —confieso entre risas.

El resto del vuelo transcurre sin mayores incidentes, algunos pasajeros se han percatado de que es mi primer vuelo y me desean suerte. Yo me limito a darles las gracias y pedirles disculpas por las imágenes de la tarjeta de seguridad.

En los tiempos muertos aprovecho para hablar con Álex, le cuento lo sucedido con Sergio y el motivo real por el que me fui de la fiesta de Navidad de la empresa sin despedirme de él.

No da crédito, pues al parecer él conoce a Paola, la chica que estaba con mi ex.

—Volamos juntos a Miami, es una estúpida.

—¿Sí? ¿Por qué lo dices?

—Porque se cree que sabe más que nadie, se pasó todo el vuelo dándonos lecciones, casi nadie la podía ver.

—Espero que no me toque volar con ella, no me lo quiero ni imaginar.

—Si te toca volar con ella avísame, que hago lo que sea por cambiarme con alguien para estar en ese vuelo.

Ambos reímos.

—¿Vas a salir esta noche? —me pregunta Álex.

—¿Yo? No creo. Tú ¿sí?
—Of course.
—¿Conoces gente?
—Sí, tengo mis contactos de cuando estuve aquí.
—¿Y de dónde los sacas?
—Del Grindr, querida.
—¿Eso qué es?
—¿En serio? —Se lleva las manos a la cabeza—. Una app gay para conocer chicos.
—Ah, no estoy puesta en apps. Te recuerdo que llevo cinco años fuera del mercado y ni Instagram tengo.
—Pues ve poniéndote las pilas. De momento esta noche se sale.
—Pero ¿vas a una fiesta gay?
—No, bueno hay de todo, es una fiesta bastante exclusiva cerca de Ocean Drive.
—¿Qué modelito tengo que ponerme? —pregunto ilusionada.
—Lo mejor que traigas, verás que en Miami la gente va excesivamente emperifollada, pero en plan pestañas postizas, pelucas, extensiones... Exagerado. Las chicas son de los más artificiales.
—¡Qué vulgar!
—Un poco, por eso vas a triunfar. Eso sí ve con la mente abierta. Es una fiesta muy... liberal.
—No me asustes, yo soy muy conservadora.
—Pues, querida, deja el hábito en tu casa, que tienes mucho mundo por conocer a partir de ahora.

Cuando llegamos al Aeropuerto Internacional de Fort Lauderdale-Hollywood, me siento agotada, no me apetece salir, pero sé que si me quedo en el hotel me deprimiré, así que me voy concienciando de que en cuanto llegue al hotel, me ducharé, me maquillaré un poco y saldré con Álex.

De camino al hotel el resto de la tripulación planea ir a cenar, Álex y yo permanecemos callados, me ha advertido que no diga que vamos a salir, no quiere que venga nadie de la tripulación con nosotros. Al parecer este tipo de fiestas son solo para invitados VIP, hay que conocer a alguien para poder entrar y se requiere mucha discreción, algo de lo que, según él, carecen nuestros compañeros de vuelo. Además según me ha contado para poder entrar tenemos que fingir que somos pareja, aunque luego en el interior cada uno puede hacer lo que quiera. Me da un poco de miedo pensar en lo que me

voy a encontrar allí, pero por otro lado, me apetece mucho, siempre he tenido inquietud por conocer lugares diferentes.

Me pongo un vestido rojo con escote halter y espalda descubierta, unos tacones de salón en negro y una cartera, en el mismo color, con asa larga. El pelo me lo dejo suelto con ligeras ondas y la raya al medio.

Bajo a la recepción del hotel y Álex ya está allí. Pedimos un Uber y recorreremos Miami. Me encanta ver esta ciudad por la noche y más en estas fechas con la iluminación navideña por todas las avenidas.

El coche se detiene frente al local. Desde fuera parece un edificio más, con su fachada sencilla y paredes sobrias. Podría tratarse de un restaurante, de una tienda de cosmética, cualquier cosa que te puedas imaginar.

Entramos y nos reciben con distinción y gentileza. El lugar comienza a tomar un aspecto más exquisito.

Álex enseña la tarjeta de socio que le ha dado su contacto y pagamos ciento cincuenta dólares por entrar.

El local es enorme, predomina la iluminación tenue en tonos rojos. Huele a fragancia cara, no sé distinguir el aroma, no sé si es la mezcla de perfumes o un tipo de ambientador específico del sitio. Hay gente de todo tipo, aunque predominan jóvenes enchaquetados. Las chicas van vestidas con distinción. Me impacta ver en el centro, una especie de pista de baile donde la gente se mueve con y sin ropa.

—¿Pero a dónde me has traído? —le grito a Álex al oído.

—¿Nunca has estado en un Swinger Club?

—No.

—Pero ¿sabes lo que es no?

—No lo tengo muy claro.

—Mejor, así lo ves con tus propios ojos, sin que nadie te lo cuente y te condicione. Espero que hayas dejado tus prejuicios en el hotel —dice Álex tan tranquilo mientras se va a la barra.

—¿Y ahora qué? —pregunto un poco desconcertada.

—Nada, nos tomamos algo y a partir de ahí lo que surja, cuando me apetezca irme con alguien me voy y tú, cuando te apetezca irte con alguien, haces lo mismo.

—¿Me vas a dejar sola aquí?

—Va a ser solo por un rato, tú puedes bailar, puedes ir a dar un paseo por las instalaciones, puedes irte con alguien...

—Bueno, pero nos volvemos juntos al hotel.

—Of course, querida. Esa es la única regla, ¡de aquí nos vamos juntos!

—Enséñame el lugar al menos.

—Vamos a tomarnos antes un par de chupitos, creo que los vas a necesitar.

Álex pide dos chupitos y brindamos.

—Por la libertad —dice acercando el pequeño vaso al mío.

—Otros dos —le dice al camarero.

Volvemos a brindar.

—Por esta noche —digo chocando mi vaso con el suyo.

Después de bebernos los dos chupitos nos pedimos una copa de champán, aunque no me gusta demasiado, Álex insiste en que es lo que se bebe aquí.

Me enseña las instalaciones y no doy crédito a todo lo que veo. Hay distintas áreas a la vista con sillones grandes y camas. Una pareja folla en uno de los sillones sin importarles ser vistos.

—¿Qué hay detrás esas cortinas doradas? —le pregunto a Álex al ver entrar y salir gente.

—Un cuarto oscuro en el que la gente se toca a ciegas.

Me quedo boquiabierta. Continuamos caminando y al frente veo una especie de mazmorra con barrotes de oro brillantes, tras los cuales una luz rosa ilumina un enorme sillón con forma de zapato de tacón.

Bajamos unas escaleras y en la planta de abajo me encuentro con un glamuroso *Spa*, con sauna y *jacuzzi*. La mayoría de personas camina desnuda y nos miran extrañados al vernos con ropa, aunque no somos los únicos que estamos vestidos.

Salimos por otra puerta y llegamos a una pequeña sala de cine con tumbonas, obviamente la película es porno.

Regresamos a la pista. Estoy algo acalorada después del *tour* por las instalaciones.

A pesar de estar poco receptiva, conforme va avanzando la noche me voy sintiendo más segura de mí misma y con ganas de pasarlo bien. Llevo cinco años con la misma persona y no voy a mentir, me apetece mucho volver a sentirme deseada por un hombre y mantener relaciones. No sé si es el lugar, la música, la iluminación, el alcohol o ver a la gente bailar sin ropa como si nada lo que me tiene tan cachonda.

Llegados a este punto decido salir a la pista a bailar con Álex, por alguna razón la timidez se ha esfumado. Siempre he sido un poco loca, lo sé, así que acabo de decidir que esta noche voy a comerme Miami.

Bailo sin vergüenza, dándolo todo. Me percaté de que hay dos tíos en la barra que no paran de mirarme, bueno, en realidad solo uno de ellos lo hace, el otro parece ignorarme y a mí, justo es ese el que me llama la atención. Quizá porque es más alto, quizá por sus facciones tan prominentes o porque está más fuerte que su amigo o puede que simplemente me guste porque es el único de toda la sala que aún no me ha mirado. No solo no me mira a mí, sino que no mira a ninguna de las tías que hay en la pista, ni siquiera a las que bailan sin ropa.

Su amigo en cambio no me quita el ojo de encima, es guapísimo, pero algo más bajito que él.

Álex y yo comenzamos a bailar en la pista un poco más cerca de donde ellos se encuentran. Le digo que vayamos a por otro chupito y pedimos cerca de donde ellos se encuentran.

Pedimos otro par de chupitos y nos regresamos a la pista. Camino con seguridad, poderosa. Estos tragos me han sentado de maravilla.

—Cari, por favor, todos los tíos mirándote... —dice Álex con asombro.

Sonrío y, con una mano, me aparto el pelo hacia atrás altiva.

—Eres una diva. Hasta las mujeres te miran.

En ese momento le suelto un beso en la mejilla. Álex es adorable, nunca pensé que me hiciera tanta ilusión tener un amigo gay. Él me hace sentir poderosa, a diferencia de mis amigas que nunca me decían lo mona que estaba y me hacían sentir insegura con sus comentarios. Luego dejaron de salir conmigo porque decían que los hombres no se acercaban a ellas por mi culpa. Serán envidiosas.

—Álex, llevo un rato mirando a ese tío —le señalo con el dedo disimuladamente.

—¿Al napias? —bromea.

—¿Qué pasa? Yo lo veo muy atractivo, tiene una forma de mirar y de actuar muy sensual. ¿No te has dado cuenta de que lo están mirando las tías y él no mira a ninguna?

—No, querida. Yo estoy pendiente de aquel grupo de allí —dice señalando en otra dirección.

Seguimos bailando y al momento el amigo del susodicho se acerca a nosotros.

—¡Qué mujer más guapa! —dice en inglés.

Yo me limito a sonreír, porque, aunque es guapísimo y tiene unos ojazos azules que embelesan, yo con quien quiero hablar es con su acompañante.

—¿De dónde eres? —continúa hablando en inglés.

—España.

—Joder, haber empezado por ahí —dice.

—¿Hablas español? —pregunto sorprendida.

—Sí, soy de Madrid, aunque llevo muchos años viviendo aquí por trabajo.
¿Cómo te llamas?

—Valeria.

—Encantado Valeria, soy Fran.

—Un placer —le doy dos besos y en ese instante me percató de que el amigo me está mirando de reojo, pero muy disimuladamente, como si yo no significara nada, mientras que el resto de hombres que hay a mi alrededor me miran como si fuese una diosa.

Le presento a Álex y comenzamos a hablar de temas banales, aunque yo no presto mucha atención a lo que Fran me dice, no sé por qué no puedo dejar de pensar en que quiero conocer a su amigo. Tiene algo que cautiva, no sé si son sus facciones severas o ese pelazo alborotado.

—Ya he perdido mi oportunidad con el otro —le digo al oído a Álex.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya no va a querer meterse entre su amigo y yo, pensará que...

—Ay, Valeria ¿qué te he dicho antes? Los prejuicios en el hotel. Aquí todo es posible.

—Te noto un poco dispersa —dice Fran.

—No, no. Te estoy prestando atención. Dime —digo de inmediato para no parecer maleducada.

No sé cómo, pero poco a poco nos hemos ido acercando a la barra y ahora estamos muy cerca del amigo, quien cuanto más me ignora, más interés suscita en mí.

—Bueno, Valeria ¿tienes Instagram? Para agregarte —pregunta Fran.

—Que va, no uso redes sociales —y en ese momento miro a su amigo y pienso, esta es mi oportunidad—. ¿Y tú, tienes? —Me dirijo a su amigo.

Él me mira con esos ojos achinados desconcertado por mi atrevimiento. Por unos segundos me pierdo en su almendrada mirada. Tiene unos ojos vivos.

—No, no tengo. No me gustan las redes sociales, soy un poco... particular —esboza una ligera sonrisa y muestra la perfecta y blanca dentadura que esconde tras sus labios finos y sensuales.

En ese momento creo que el amigo se da cuenta de que ambos estábamos deseando de hablar y nos da vía libre.

Álex se acerca y me dice al odio que disfrute, que nos llamamos si necesitamos algo.

Me pongo algo nerviosa al quedarme sola y saber en qué puede acabar esto, pero lo estoy deseando.

—¿Y tú eres...? —pregunta él mientras me observa con serenidad.

De pronto su seguridad me hace volver a ese estado de vergüenza en el que me encontraba cuando llegué a este lugar.

—Soy Valeria, ¿Tú? —digo casi titubeando.

—Lláname Carlos —dice sin apartar sus cautivadores ojos de los míos.

—¿Vives aquí, Carlos?

—No, estoy por trabajo, ¿y tú?

—También por trabajo.

—¿Quieres tomar algo?

—Está bien —acepto.

Seguimos hablando y cuanto más hablo con él, más me gusta. No sé qué tiene, pero me pone muy cachonda.

De pronto no sé qué me pasa que mi mano se va sola hacia su bíceps. Lo aprieto con fuerza.

—Oye, tú estás muy fuerte ¿no? —bromeo.

—Bueno, entreno bastante, me gusta mucho el mundo de la nutrición.

—Ah, ¿sí? Pues yo necesitaría un entrenador personal, que me pusiera una dieta y un entrenamiento, y de paso que me motive a entrenar, porque me da mucha pereza.

—Pero si estás espectacular, no lo necesitas.

—Bueno, siempre se puede mejorar.

—En tu caso, veo difícil mejorar lo presente, pero si quieres puedo hacerte un entrenamiento y una dieta personalizada, también puedo ayudarte con la motivación.

Su seriedad me excita. Esa voz grave parece la de un locutor de radio.

De pronto alguien me empuja y mi cuerpo choca con el de Carlos. Siento que mojo la ropa interior al percibir la dureza de su cuerpo.

—¿Estás bien? —me pregunta demasiado cerca de mi boca.

No, no estoy bien, estoy demasiado cachonda.

—Sí, sí —me alejo de él.

—¿Te apetece dar un paseo? —me dice al tiempo que mira a su amigo, a quien por cierto llevo un rato ignorando a pesar de estar al lado nuestra.

¿Me está proponiendo un trío con él y con su amigo? Nada me lo impide, pero... cómo se atreve a sugerirme tal cosa.

Por alguna razón sus palabras me resultan muy ardientes y, total, he venido a divertirme. Estoy en Miami, nadie me conoce aquí y no voy a volver a ver a estos dos tíos en mi vida.

Antes de aceptar me pregunto a mí misma si estoy preparada para esto, pero no me da tiempo a pensar mucho en la respuesta.

—Vale —le doy un último trago a mi copa y voy con ellos.

4

Subimos por las escaleras de cristal, Fran va por delante. Carlos y yo le seguimos. Por un momento los escalones se me hacen interminables. Esta planta no la he visto durante el *tour* que he hecho con Álex.

Llegamos a un largo pasillo con puerta a ambos lados. Sigo caminando y me detengo ante una enorme cristalera, tras la cual se encuentran dos hombres y una mujer. Sus gemidos hacen vibrar el cristal. Estaba tumbada en un columpio, uno de los hombres la penetra, el otro la obliga a hacerle una felación.

Miro a Carlos, quien tiene la mirada perdida en el cristal. No sabría identificar si mira la sala con asco, con asombro o con morbo.

—¿Te gustaría hacerlo? —me pregunta Fran.

—¿El qué?

—Eso —señala hacia la escena.

—Yo nunca...

—¿Eres virgen? —pregunta Carlos asombrado.

—No, me refiero a que nunca he hecho un trío.

—Siempre hay una primera vez —dice su amigo—. Aquí la gente viene a jugar, ofrece su cuerpo a cambio de placer. Hay parejas que buscan hacer un trío, otras se apuntan a orgías, otras solo follan mientras le miran... ¿A qué has venido tú?

—Yo... eh... No lo sé —confieso tímida.

—Hay habitaciones privadas en las que podemos hacer lo que tú quieras sin ser vistos —dice Carlos con un tono de voz cálido.

Siento que me tiemblan las piernas. No sé que decir, pero por alguna razón asiento con la cabeza.

Me agarra de la mano y siento una corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo. Caminamos por el largo pasillo, las puertas tienen una luz junto al pomo, la mayoría en color rojo. Se detiene delante de una de las puertas con luz verde. Supongo que eso significa que la cabina está libre.

Pone la mano sobre el pomo y me mira con deseo e inseguridad a partes iguales. Lo gira y abre la puerta. Entro. Carlos entra detrás de mí.

Comienzo a ponerme nerviosa cuando Fran cierra la puerta tras de sí. Supongo que no debe haber mucha diferencia entre acostarme con un hombre a acostarme con dos.

La cabina, a pesar de contar con una cálida iluminación, me parece demasiado fría. Estoy paralizada en mitad de la sala. Ellos están uno a cada lado, ninguno se mueve ni dice nada.

Yo solo tengo ojos para Carlos, no puedo apartar la mirada de sus melados ojos.

Ambos cruzan la mirada, luego Carlos vuelve a clavar sus ojos en mí y comienza a desvestirse. Me percató de que Fran está haciendo lo mismo. Sus cuerpos quedan completamente al desnudo, la luz es la justa para apreciar lo que sucede.

La perfecta figura de Carlos se erige desnuda ante mí y siento que mi ropa interior se empapa. Tiene un cuerpo formidable, ancho y robusto, con unas piernas fuertes y un trasero redondo. Se nota que trabaja todo su cuerpo a diario.

—¡Desnúdate! —ordena Fran sacándome de mi embeleso.

Obedezco y trato de quitarme el vestido, algo que me resulta un tanto aparatoso. Carlos se acerca a ayudarme y cuando vengo a darme cuenta su boca está recorriendo mi espalda.

Fran, que está frente a mí completamente desnudo y erecto, me observa en la distancia, creo que él es consciente de que quien realmente me gusta es su amigo, aunque llegados a este punto quiero acostarme con ambos.

Sentir los húmedos labios de Carlos por mi cuello me provoca un espasmo de placer.

—Tócate —me ordena Fran.

Despacio introduzco mi mano en las braguitas y froto mi clítoris. Me recreo con mi propio placer mientras siento los labios de Carlos recorrer mi cuerpo hasta ascender a la comisura de mis labios. Se interpone entre su amigo y yo.

Clava sus ojos en los míos. Me observa con deseo. Siento un calor intenso en mi interior. Es guapísimo, impresionante.

Un mechón de mi cabello se interpone entre nuestras miradas. Mi pelo está tan húmedo como yo y el peso hace que se me caiga hacia delante. Él, con sus delicados dedos aparta el mechón de mi rostro y lo coloca detrás de mi oreja.

Sus melados ojos brillan de deseo. Están cargados de curiosidad.

Trago saliva.

Posa sus labios sobre los míos y me pierdo en su boca. Me besa, le beso, lo hago con deleite. Una mar de sensaciones indescriptibles explota en mi pecho.

En este momento no hay prejuicios ni ideas preconcebidas, solo unos cuerpos deseosos de consumarse.

Carlos se aparta de mis labios, se agacha y me quita la ropa interior. Se percata de lo mojada que estoy y se humedece los labios con la lengua, luego me mira con deseo.

Este juego de miradas le da un vuelco a mi corazón.

¿Qué es esto que estoy sintiendo?

Carlos comienza besarme en los muslos, despacio asciende hasta los labios exteriores de mi vagina, los abre y comienza a masajear mi clítoris con su lengua.

Estoy tan caliente que no sé si podré soportar esto.

Una parte de mí se muere por besar de nuevo sus labios, acariciar su torso, bajar hasta su pubis y meterme en la boca su viril miembro, pero reprimo mis deseos y dejo que él lleve el control.

Miro de reojo a Fran y este se acerca a nosotros. Tiene su miembro erecto. Carlos se pone de pie y con delicadeza me empuja de los hombros para que me agache. No pongo resistencia y cuando me vengo a dar cuenta estoy arrodillada entre dos cuerpos haciendo una mamada a dos bandas. Nunca antes habría imaginado que me fuese a gustar tanto la sensación de tener dos pollas en la boca.

Cuando mis rodillas comienzan a resentirse me intento levantar para cambiar de postura, pero Fran me obliga a arrodillarme de nuevo, algo en este gesto me excita.

Hay tantas sensaciones recorriendo mi cuerpo que no consigo identificarlas. Me dejo llevar y fluyo.

Recorro con mi boca el cuerpo de Carlos, asciendo dejando un reguero de saliva por su marcada tableta y sus voluptuosos pectorales.

—Uf, vas a volverme loco, Valeria —dice con la voz rota.

No sé que he hecho para que esté tan cachondo, pero me excita verle así.

Fran no pierde oportunidad y me besa. Más que un beso aquello es un engullimiento de lenguas. No puedo decir que besar a Fran sea un sacrificio, pues aunque quien provoca mi delirio es Carlos, disfruto bastante de este juego a tres bandas.

Me guían hasta la cama y Carlos comienza a jugar con sus dedos en mi clítoris, este se hincha y gimo de placer. Experimenta mi humedad y disfruta de ella.

Su roce me quema.

Con su mano libre, coge la mía y la lleva hasta su miembro que lleva erecto desde que entramos en esta habitación.

—Voy a follarte —asegura.

Oírlo pronunciar esas palabras me enloquece. Se pone un preservativo y coloca su erección en mi entrada. No pongo ninguna resistencia.

Fran se pone de rodillas junto a mi rostro para que pueda comerla la polla mientras Carlos me embiste con fuerza.

La estancia se convierte en un hervidero de morbo y placer.

Me arqueo y Carlos me embiste con fuerza. Un ardor recorre mis piernas y sube hasta mi pecho. Con cada acometida siento que me rompe.

Sale de mí y le cede el lugar a su amigo. Por un momento dudo, pero estoy tan excitada que no pongo resistencia.

A partir de aquí no sé qué torso toco, que cuello muerdo, qué labios beso, solo fluyo y nuestros cuerpos se convierten en uno solo hasta que explota en mil pedazos, aferrándome con fuerza a la espalda de Carlos que está dentro de mí a punto de correrse. Gruñe, sale de mí, se quita con destreza el preservativo y su orgasmo sale disparado sobre mi pecho. En ese instante, Fran comienza a rugir y esparce su semen en ráfagas.

—¿Todo bien? —pregunta Carlos con la respiración agitada.

—Sí.

Con las piernas temblorosas aún, me incorporo. Carlos me acerca un poco de papel para que me limpie, lo hago y me pongo el vestido.

—Debo irme —digo sin esperar respuesta.

—No tienes que avergonzarte de nada, no has hecho nada malo —escucho decir a Carlos.

Abro la puerta y salgo de allí con urgencia. No sé a que se deben mis prisas, pero de pronto he sentido que me faltaba el aire y necesitaba salir de allí cuanto antes.

¿Si no he hecho nada malo por qué tengo esta sensación tan extraña dentro de mí?

Camino a paso ligero por el pasillo porque temo que vengan a buscarme y no sé qué voy a decir. Quizá solo me estoy engañando a mí misma y eso es justo lo que quiero, que Carlos venga a buscarme y me pida el teléfono,

aunque ¿qué sentido tendría eso? Ni siquiera sé de dónde es. Probablemente nunca más volveré a verlo y es lo mejor.

Saco mi teléfono del bolso y llamo a Álex. Tengo que hacerlo dos veces, porque la primera no responde.

—¿Qué pasa, Valeria?

—¿Dónde estás?

—¿Tú qué crees?

—Quiero irme ya.

—¿Ya? Pero si son solo las tres de la mañana.

—Por eso mismo, llevo no sé cuantas horas sin dormir y necesito descansar.

—Está bien, espérame en la barra tomándote una copa, no puedo dejar lo que estoy haciendo.

—Está bien, pero si tardas me voy sin ti.

Tomo asiento en la barra y me pido una copa de vino mientras espero a Álex. Al cabo de un rato mi amigo llega y nos vamos. Damos un paseo por Ocean Drive y le cuento lo que acabo de hacer, él se limita a reírse y a decirme que no es para tanto.

Quedo fascinada con este lugar, se cumplen todos los tópicos, es tal y como me lo había imaginado. El paseo marítimo está repleto de edificios con estilo Art Decó de los que procede música latina a todo volumen. Una fiesta frente al mar de luz y color.

Hoteles de súperlujo, bares con carteles de neón y cafés en la acera, nos invitan a unirnos al ritmo de la vibrante noche. De pronto ya no quiero irme.

Llegamos caminando hasta la casa del fallecido diseñador Gianni Versace, donde un descapotable rosa con tres chicas en su interior se detiene frente a nosotros.

—¿Sabéis dónde está el Nikki? —dice la chica que conduce.

—¿El qué? —pregunto extrañada.

—Es uno de los clubes más exclusivos y elitista de Miami —me aclara Álex.

—Nos han dicho que está por aquí cerca —continúa la chica.

—Sí —dice Álex—. Está casi al final de esta misma avenida. ¿Vais para allá?

—Sí, ¿Os animáis? —pregunta otra de las chicas.

Álex me mira, ambos reímos y no nos lo pensamos dos veces.

Nos montamos en el descapotable y pasamos por Ocean Drive bailando en un descapotable rosa al son de la música.

Alzo mis brazos y me dejo llevar por el momento. El cálido aire me golpea en la cara, mi pelo al viento y en ese momento cierro los ojos.

Me siento libre, feliz, como si todo lo que es la vida y mis problemas se desvanecieran y todo se redujera a esta noche perfecta, a este lugar.

5

Por la mañana me levanto cuando suena el despertador a las diez. Por suerte el cambio de hora me ayuda a soportar el cansancio y la resaca, ahora en Madrid son las cuatro de la tarde.

Me pongo lo primero que encuentro en la maleta y bajo al desayuno antes de que cierre. No me encuentro con nadie de la tripulación y lo agradezco. Al ver que Álex no está lo llamo por teléfono.

—¿Sí? —dice con voz de dormido.

—Venga arriba que no te va a dar tiempo a desayunar, el desayuno termina en media hora.

—Vale, ahora bajo —se queja.

A los diez minutos baja y desayunamos recordando las anécdotas de la pasada noche en el Nikki Beach con las tres locas que conocimos.

Planeamos nuestra ruta del día, por la mañana vamos a ir a dar un paseo y tomar algunas fotos por South Beach y por la tarde a Little Havana y Wynwood.

Subimos a la habitación para cambiarnos. Me pongo un bikini amarillo con lunares blancos y encima un crop-top básico de manga corta y en color blanco con dos cerezas rojas, y un *Short* vaquero con cinturón.

A eso de las doce salimos del hotel y cogemos un Uber hasta el 157 de la avenida Collins, en South Beach. Hemos puesto esta dirección porque Álex quiere que le tome unas fotos en el Big Pink para su Instagram. El conductor nos deja en la misma puerta del restaurante. Se trata de un pequeño edificio muy coqueto pintado en color rosa. En la puerta hay una enorme palmera y junto a esta un Volkswagen Beetle en el mismo color que el edificio. Álex posa y le tomo algunas fotos, aprovecho y le pido que me haga algunas a mí también.

—Dios, pareces una *top model*. Deberías abrirte un Instagram, triunfarías —dice Álex mientras mira las fotos con la boca abierta.

—Yo no sirvo para eso, nunca he tenido redes sociales.

—Eso es porque tenías pareja, ahora estás soltera. ¿Cómo piensas conocer gente, entonces?

—Bueno, igual me abro un perfil.

Caminamos hasta la playa y antes de pegarnos un baño en las aguas de South Beach, nos hacemos fotos en los famosos puestos de socorristas. Todas súpercoloridas y de estilo art decó. Impresionante.

Después de nuestros posados de revista corremos al agua. Trato de no mojarme el pelo, quiero tenerlo ideal para el resto del día. Esto de hacerme fotos con Álex comienza a gustarme.

—¿Sabes? Creo que me voy a abrir Instagram. Ana siempre me lo está diciendo, ella es una experta.

—Sí, yo la sigo, sube fotones.

Después de un refrescante baño caminamos por la orilla hasta llegar a unos baños públicos. Nos ponemos la ropa de nuevo y caminamos por Ocean Drive entre patinadores y skateboarders. Por el día se ve tan diferente a como se veía por la noche... No puedo evitar acordarme de lo sucedido.

—¿Te confieso algo, Álex?

—Dime.

—No puedo dejar de pensar en el chico de anoche.

—¿En cuál de ellos? —suelta una risotada.

—Carlos, el más alto y fuertote.

—Ah, el de la nariz grande.

—No tiene la nariz grande, la tiene normal.

—¿Lo de ahí abajo también lo tiene normal? —ríe.

—No, eso sí lo tiene bien grande —confieso.

—Si es que la teoría no falla.

—¿Qué teoría? —pregunto confundida.

—Nariz grande, polla grande —suelta.

—Pues yo no le vi la nariz grande, lo vi guapísimo, perfecto.

—Claro, cómo te ibas a fijar en la nariz después de verle lo que escondía entre las piernas.

—Imbécil.

Reímos.

—Pues a mí me encantó el de los ojos azules.

—Sí, Fran. Muy mono también, pero no sé hay algo en Carlos que... No sé por qué no me lo puedo quitar de la cabeza.

—Eso es porque hiciste un trío y es algo nuevo para ti.

—No, no es el trío, hay algo en él que me tiene loca. Recuerdo sus besos, su forma de mirarme, sus ojos oscuros.

—Valeria, por favor. Deja el romanticismo. Fue un polvo. Punto. No lo vas a volver a ver en tu vida.

—Lo sé. Fui una estúpida yéndome de allí así sin despedirme... Podría haberle pedido el teléfono al menos y haber quedado con él hoy.

—¿Y por qué no se lo pediste?

—No sé, la verdad.

—Bueno, no te preocupe acabas de entrar en el maravilloso mundo de la soltería, esto es cuestión de práctica. La próxima vez verás que no dudas tanto en pedirle el teléfono a un tío. Ahora las cosas han cambiado. Si te gusta, te lo tiras; si quieres una cita, se la pides tú. Ya casi nadie espera como una princesita a que sea el hombre quien tome el control de todo.

—¡Qué pereza! Me quedaré soltera toda la vida entonces.

Álex ríe a carcajadas.

—Eso no te lo crees ni tú, querida. Con esa carita y ese cuerpo...

Seguimos caminando entre las palmeras, alegrándonos la vista con torsos desnudos y coches de varios miles de dólares que nos distraen de contemplar los edificios *Art Déco*.

Llegamos a Lincoln Road, algo más que una calle con muy ambiente. Allí cogemos un Uber hasta Little Havana, uno de los barrios con más carácter de la ciudad. Comemos en un restaurante típico y luego nos vamos a ver los murales de Wynwood. Me enamoro de esta zona de Miami con metros y metros de murales, arte urbano y galerías *cool*.

Después de tomarnos cientos de fotos entramos en un garito y nos pedimos un cóctel.

—Por muchos viajes como este —digo al tiempo que alzo mi copa para brindar con Álex.

Brindamos.

—¿Entonces te gustó el sitio al que te llevé ayer? —pregunta Álex.

—No está mal.

—No está mal dice. Tendrás poca vergüenza —ríe—. ¿Volverías?

—Ya no podemos, volamos mañana.

—Me refiero en general, ¿volverías a un club como este?

—No lo sé, si está Carlos, seguro.

—Y dale con Carlos, ¿tan grande la tiene?

—No es eso, bobo. Es que no sé cómo explicarlo. Sentí una química que nunca había sentido con nadie, a pesar de ser dos completos desconocidos era

como si supiésemos todo el uno de otro y aunque tuvimos sexo duro, con la mirada sentía que me hacía el amor.

—Ay, Valeria. Estás hecha una romántica.

—Puede ser. —Apoyo la cabeza sobre las manos.

—Pues si quieres este finde que estamos en Madrid podemos ir a un club muy exclusivo que hay en el barrio Salamanca.

—¿En mi barrio? —pregunto asombrada.

—¿Vives ahí?

—Sí. No tenía ni idea de que había un club de estas características.

—No, el que hay allí es incluso mejor, tanto en instalaciones, como en clientela. Una vez conocí allí a un multimillonario y estuvimos unos meses juntos viajando alrededor del mundo.

—A mí eso no me interesa.

—Ay, se me olvidaba que la niña es rica.

Entre risas y anécdotas se nos pasa el resto de la tarde. A las nueve cogemos un Uber y regresamos al hotel.

Caigo sobre la cama agotada.

A la mañana siguiente cuando llego al *briefing* veo a todos mis compañeros hablando entre sí. Al parecer han hecho mucha amistad y han visitado muchos lugares. Álex y yo nos miramos cómplices, ambos sabemos que nuestros planes han sido mucho más divertidos.

Cuando terminamos con la reunión, nos dirigimos al avión. Trato de concentrarme en mis tareas de chequeo prevuelo, pues la sobrecargo ha puesto a Álex en otra posición del avión, por lo que hoy no puede ayudarme.

Termino con el chequeo y espero a que la sobrecargo encienda las luces de emergencia. Tras ello, firmo como que todo está correcto y me pongo a ayudar a mi compañera Silvia.

—Valeria, ve preparando las copas de bienvenida antes de que comience a entrar el pasaje.

La pija esta se las trae, ella se cree que es la sobrecargo. Hago lo que me dice sin rechistar.

La sobrecargo nos informa por el interfono de que vamos a comenzar con el embarque.

Recojo el *galley* a toda prisa y preparo mi mejor sonrisa para recibir al pasaje de primera clase.

Ayudo a los primeros pasajeros con sus respectivos equipajes.

—Ya casi están todos, vamos a salir con las copas —indica Silvia.

Coja la bandeja y salgo al pasillo. De pronto, tengo una visión que me paraliza. Una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo. Pierdo el equilibrio y varias copas del interior de la bandeja se me caen. Mi visión no se esfuma, sigue ahí, frente a mí. En el asiento del pasillo de la segunda final.

¡No puede ser real!

Él me mira, parece tan desconcertado como yo. Sus ojos traen a mi mente imágenes sueltas de esa noche. Está claro que me ha reconocido, lo percibo.

Impactada por su belleza o quizá por su mera presencia, regreso al *galley*. Dejo la bandeja sobre la encimera, trato de coger aire y recomponerme.

¿Qué hace Carlos en este vuelo?

En ese momento llega Silvia.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, sí. He perdido el equilibrio. Lo siento.

—Ten cuidado, esto es *business class*, aquí no te puedes permitir perder el equilibrio.

¡Estúpida!

—Lo sé, limpio la bandeja y vuelvo a salir.

Vuelvo a rellenar las copas y hago un esfuerzo sobrenatural por disimular mi nerviosismo antes de regresar al pasillo.

Le ofrezco la bebida a los pasajeros con una sonrisa, a él también le ofrezco. Coge una de las copas sin apartar sus ojos de los míos.

Termino de ofrecer las copas de bienvenida y asisto a pasajero que quiere que le ayude a coger un pequeño bolso del rack. A pesar de que soy alta y con los tacones más aún, no consigo alcanzar el objeto con mi mano. Me pongo de puntillas y noto con la yema de mis dedos el bolso, al mismo tiempo noto como la parte trasera de la falda de mi vestido se levanta. Agarro el bolso, se le entregó al pasajero y rápido me coloco el vestido. Carlos, que está justo a mi espalda, me llama.

—¿Necesita algo? —pregunto como si no nos conociéramos.

—Me acaba de enseñar todo el culo, señorita —dice en voz baja.

Su comentario me deja completamente fuera de juego. No doy crédito a su atrevimiento. Siento que la piel me arde. Debo de estar roja como un tomate.

—Nada que no haya visto usted ya —respondo con descaro y una sonrisa, y me voy directa al *galley*.

Presiento que va a ser un vuelo movidito.

6

Tras el despegue ayudo a Silvia a preparar todo. Uno de los pasajeros llama y salgo a ver qué necesita, en ese momento veo que una de mis compañeras está hablando con Carlos. Ambos socializan con mucha confianza, como si se conocieran.

Ayudo al pasajero con el sistema de entretenimiento a bordo y regreso al *galley*.

Entro en *cockpit* para decirles el menú a los pilotos y ver que van a comer. Introduzco el código y espero a que me desbloqueen la puerta. Entro y veo una nevera azul de la playa en el suelo muy bien asegurada.

—¿Qué tal? —pregunta el comandante.

—Muy bien, venía a deciros el menú. ¿Y esto? —pregunto señalando la nevera.

—Un corazón —dice el comandante.

—¿Para quién?

—Para alguien que lo necesita —responde.

—¡Qué romántico! —río, aunque mi comentario parece no hacerle gracia. Hago como la que se lo cree, aunque seguro que se trata de otra novatada.

Le indico el menú y salgo.

Aprovecho que tengo un rato libre antes de salir con el servicio y voy al *galley* trasero a buscar a Álex. En ese momento veo a otra compañera hablando con Carlos. No puede ser, ¿quién coño es este tío?

Disimulo y camino a paso ligero por el pasillo.

—Álex, ¿puedes venir un momento?

—Estoy súperliado, tenemos que preparar el servicio.

—Es un segundo —insisto.

—¿Qué sucede? —pregunta en voz baja.

—No te vas a creer quién está en *business*.

—¿Quién?

—Carlos.

—¿Qué Carlos?

—Joder, el tío del club.

—¿El del trío?

—Shh, baja la voz, loco. Sí, ese.

—No te creo.

—Pues créeme, porque es cierto. Lo que no entiendo es porque la gente lo conoce.

—¿Será famoso?

—Me refiero a gente de la tripulación. Ya he visto a dos compañeras hablando con él en confianza.

—¿En serio?

—Sí.

—Voy a ver si averiguo algo. Cuando terminemos con el servicio te busco.

—Vale.

Regreso a la parte delantera del avión. Por el camino me paran algunos pasajeros para preguntarme a qué hora salimos con el servicio. ¿Cómo pueden tener hambre ya, si no llevamos ni una hora de vuelo?

Cuando llego al *galley* me pongo a preparar los carros con mi compañera.

—Oye, Silvia, una pregunta ¿quién es ese pasajero de *business* al que varias compañeras han saludado?

—¿Raúl? —dice ella mientras comprueba la temperatura del horno.

¿Cómo que Raúl?

—No sé, es que he visto a varias compañeras hablar con él.

—Pero ¿a quién te refieres?, ¿al buenorro que está sentado en la segunda fila de tu pasillo?

—Sí, sí. A ese.

—Es Raúl, uno de los mecánicos. Bueno ingeniero, no se te ocurra nunca llamarles mecánicos, les sienta fatal.

—¿Cómo que mecánico?

—Pues mecánico Valeria.

—¿De la compañía? —pregunto estupefacta.

—Claro.

—Pero ¿es jefe o algo?

—Que yo sepa no.

—¿Entonces por qué vuela en primera clase?

—Pues no lo sé, la compañía suele posicionarlos siempre en *business*.

—¿Y se llama Raúl?

—Sí, Valeria. Raúl ¿por qué tanto interés? ¿Te gusta?

—No, no. Que va.

Ella se ríe. Abro el horno y saco las comidas al tiempo que Silvia las va emplatando en las respectivas bandejas.

—Pues mejor que no te guste.

—¿Y eso?, ¿mujeriego?

—Yo creo que tiene pareja —asegura.

—¿Tú crees?

—Sí. Porque tiene a todas las niñas locas, pero luego no se va con ninguna.

—Igual es que no le gusta mezclar trabajo y placer.

—Llevo muchos años aquí y he escuchado decir a todo el que entra que no va a mezclar trabajo y placer y al final todos acaban cayendo. Como no sea gay, otra explicación no le veo.

Gay no es, eso te lo aseguro. La conversación con Silvia me deja sin palabras. No consigo asimilar tanta información. Así que me ha mentido, no se llama Carlos, sino Raúl.

¿Qué podía esperar de un tío que conozco en un club de esas características?

Necesito terminar con el servicio cuanto antes e ir a hablar con Álex. Tengo que contarle lo que acabo de descubrir.

Llego a la segunda fila y atiendo a Carlos o a Raúl, como se llame.

Intento controlar los nervios y la ira. No sé por qué estoy tan enfadada.

—¿Qué desea para comer Causa limeña de pollo con arroz o Lasagne al Ragù Bolognese, Carlos? ¿O quizá debería llamarte Raúl?

Esta última pregunta sale de mi boca sin que pueda evitarlo.

—Lasaña, por favor —responde serio.

Apuesto a que mi comentario no le ha gustado, puede que tenga miedo que cuente algo de lo que sucedió en ese club.

—En cuanto a la segunda pregunta, sí, llámame Raúl. Si no te hubieses ido con tanta prisa podría habértelo explicado.

—¿Explicarme? A mí no tienes que darme ninguna explicación.

—¿Estás bien, V... Valeria?

Me sorprende que se acuerde de mi nombre.

—Perfectamente. Y sí, Valeria es mi nombre. No mentí.

—Me gusta la discreción —asegura.

—Tranquilo, no te estoy juzgando.

—Si quieres podemos...

—Lo siento —le interrumpo—. Debo continuar con el servicio. Buen provecho.

Empujo el carro, cojo aire y atiendo al siguiente pasajero.

Cuando termino, lo primero que hago es buscar a Álex y contarle todo lo ocurrido.

—No me lo puedo creer ¿y qué vas a hacer?

—Ay, no sé, Álex. Estoy muy desconcertada, ese hombre me encanta.

—Pues no seas tonta. Trata de pedirle el teléfono y hablar con él en Madrid.

—No pienso pedirle el teléfono a un tío.

—¿Por qué? No seas estúpida, estamos en el siglo XXI, querida.

—Además, ¿para qué? ¿Para qué quedar con un tío al que he conocido en un club...?

—No lo sé, dímelo tú que eres la que no para de hablar de ese tal Carlos, digo Raúl, desde la otra noche.

—Estoy confundida.

—Mira, Valeria, yo no sé qué tiene ese tío, pero lo que está claro es que a ti te encanta. Ayer me decías que ojalá le hubieses pedido el teléfono para quedar con él, pues aquí tienes la oportunidad, el destino la ha puesto justo en frente de ti, no la desaproveches.

—Silvia dice que cree que tiene pareja.

—Silvia puede decir misa, si no hablas con él, nunca lo sabrás y este no es el sitio idóneo. Que no se te olvide que estamos trabajando y si alguien se entera de esto te va a caer una buena.

—Lo sé. ¿Y para qué quiero hablar con él? Yo no quiero un novio que frecuente ese tipo de sitios.

—Ay, Valeria, me sacas de quicio, pero ¿qué novio ni que ocho cuartos? Espabila que pareces de otra época, querida. Tú conócelo y el resto ya se verá, si es tu novio o no, es lo de menos, eso no es más que una etiqueta, lo importante es que disfrutes y vivas el momento.

Suspiro, porque siento que me falta el aire y tengo un nudo en el pecho.

—Bueno, está bien, le pediré el teléfono si antes de que acabe el vuelo él no lo hace.

—That's my girl.

Ambos reímos.

—Menos risa y vamos a revisar los baños —dice una de las compañeras que sale del *galley* y nos pilla hablando en mitad del pasillo.

—Estábamos esperándote a ti —suelta Álex con ironía.

Me controlo la risa.

Chequeamos los baños y regreso al *galley* delantero. Silvia me pregunta si voy a comer.

—No tengo hambre, come tú si quieres. Yo me quedo pendiente.

—Gracias.

Al cabo de un rato suena una llamada de pasajero, miro el AIP y veo que la llamada procede del asiento de Carlos, bueno de Raúl, aún me suena raro llamarle así después de haber mantenido relaciones con él y llamarlo por otro nombre.

Salgo al pasillo y me acerco a su asiento.

—¿Qué necesita, señor? —pregunto metida en mi trabajo.

—Mejor no le digo lo que necesito ahora mismo, podría usted tomarme por un atrevido —responde con ese tono de voz enloquecedor.

—Créame que no me asusto con facilidad.

—Sí, la creo —ríe pícaro.

Su repuesta me ruboriza.

En ese momento llega una compañera y lo coge del brazo con confianza.

—Raúl ¿qué tal? Ni saludas, eh —dice ella descarada.

La miro de arriba abajo. Sara es guapísima, morena, alta, espectacular. Apenas hemos hablado, pero sé que a Álex le cae bien, porque me ha hablado de ella. No obstante, no puedo evitar sentir celos. No sé por qué, pero una rabia me recorre por dentro.

En ese momento solo pienso en dejar caer el peso de mi cuerpo sobre mi brazo y clavarle el codo en la boca para que se calle.

—¿Cómo estás? —dice él serio—. Perdona, un segundo —dice Raúl dirigiéndose a mí.

Me sorprende ese gesto por su parte.

—No te preocupes —finjo una sonrisa.

Ella parpadea y se humedece los ojos. Le responde con habilidad, se nota a leguas que está tratando de ligar con él.

Lo peor no es eso, lo peor es esto que estoy sintiendo.

¿Por qué estoy celosa? Ni que fuese mi novio de toda la vida, de hecho ni siquiera con Sergio me ponía celosa cuando las tías se acercaban a saludarle.

En ese momento llega Álex, me dice que lo acompañe y en voz baja le pido se espere un momento. Le señalo con la mirada a Raúl y a Sara.

—Pues apunta mi número, así la próxima vez que coincidamos en un vuelo nos avisamos —dice ella descarada.

Le aprieto a Álex la mano con fuerza.

—¡Va a apuntar su número! —le susurro a Álex.

—¿Ves? Aquí o te pones las pilas o se lo lleva otra.

—¡Qué perra! —exclamo en voz baja.

—Tranquila, Valeria, que se te está notando en la cara que te molesta.

—Vaya tela con tu amiga, eh. No pierde el tiempo.

—¿Pero por qué te afecta tanto si no tienes nada con él?

Yo sigo intentando escuchar la conversación entre ellos. De reajo veo como él apunta su teléfono.

—No lo sé, Álex, no me lo preguntes, porque no sé explicarte lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—Es que te estás poniendo roja, incluso.

—Porque me está dando muchísimo coraje, él estaba hablando conmigo y ella ha venido a meterse en la conversación con todo el descaro.

—Perdona, Valeria —dice Raúl con esa voz que me vuelve loca.

Me giro hacia él y veo que Sara ya no está. Álex me da un pequeño pellizco en el brazo y se va.

—Nada, nada, no te preocupes.

Me percató del matiz de irritación que hay en mis palabras.

—Es una compañera con la que coincidí mucho en los vuelos últimamente.

—Ah.

—Bueno, lo que estábamos hablando.

—No, no te preocupes. No estábamos hablando nada importante.

Su cara es de desconcierto total. Se queda bloqueado ante mi respuesta.

—Si no necesita nada más me voy a seguir con mi trabajo —digo dominada por mi arrebató.

—No, no. Espera. —Me agarra del brazo.

Una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo. Mis ojos se clavan en los suyos y me pierdo en su almendrada mirada. Juro que en este momento haría cualquier cosa que me pidiera. En mi interior revolotean unas sensaciones olvidadas, algo que no experimentaba desde hacía años. ¿Qué poder tenía este hombre para provocarme semejante desvarío?

—Dame tu teléfono, así puedo enviarte la dieta y el entrenamiento del que habla...

—67844... —digo a toda prisa sin ni siquiera esperar a que termine la frase.

—Espera, espera, que voy a sacar mi teléfono.

No me puedo creer que se acuerde de ese detalle de la dieta que mencionamos.

Saca su iPhone y lo desbloquea.

—Yo te lo guardo —digo mientras le quito el teléfono.

Él comienza a reírse. Mientras yo introduzco mi número en su agenda y lo guardo como “Valeria Amor”. Tras ello, le devuelvo el teléfono.

—¿Amor? —pregunta al ver cómo me he guardado—. ¿Es tu apellido?

—No —respondo descarada.

Le sonrío, le guiño el ojo y me voy al *galley* feliz.

Antes del despegue me llaman de cabina de mando. Entro.

—Antes de comenzar el desembarque, lo primero es el corazón, avisa a la sobrecargo —me informa el comandante.

¿Sigue con la broma? Me río.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—El corazón —respondo entre risas.

—¿Le hace gracia que haya una persona batiéndose entre la vida y la muerte esperando este corazón? —Su seriedad y su tono me cortan todo rastro de risa.

Si es una broma, lo está haciendo muy bien.

Salgo de cabina de mando avergonzada e informo a la sobrecargo de que el comandante quiere que antes de comenzar con el desembarque saquemos el corazón.

Aseguramos la cabina para el aterrizaje, no puedo evitar dejar de mirar a Raúl. Está inmerso en una película, así que no le molesto. Ya tiene mi número.

Al llegar a Madrid, a las siete y diez hora local, veo a una ambulancia y la policía esperando. Se despliega todo un protocolo para sacar la nevera con el órgano congelado. En ese momento confirmo que no se trataba de ninguna broma y que he metido la pata.

Durante el desembarque no puedo despedirme de Raúl, porque la sobrecargo me ha dicho que el comandante quería verme.

He ido a hablar con él y le he contado la novatada que me gastaron los compañeros en el vuelo anterior, con las fotos de hombres desnudos en las *safety cards*, y le he explicado que pensé que esto se trataba también de una

broma, pero que en todo momento he cumplido con sus órdenes. Él lo ha entendido y no me ha hecho ningún informe negativo al respecto.

A las nueve de la mañana llego a casa. Mis padres no están, algo que no me sorprende. Me voy directa a la ducha.

Agotada del vuelo, y del viaje en general, decido acostarme. Me meto en la cama y trato de dormir, pero no puedo. Pienso que hoy es el último día del año y que debería salir con amigos a celebrarlo, pero ¿con quién? Mis amigas se han ido a sus respectivos pueblos, Ana está en Nueva York, Álex lo pasa con su familia y Sergio... Sergio ya no está en mi vida. Recordar ese detalle me entristece.

Decido llamar a mi padre y preguntarle si vendrá a tomarse las uvas a casa.

—Cariño, ¿cómo estás? —responde con voz dulce.

—Bien, papá. Acabo de llegar a casa de volar.

—¿Qué tal tu primer vuelo?

—Muy bien, muy contenta. ¿Vendrás esta noche a pasar fin de año en casa?

—No voy a poder cariño, estoy en Francia, tengo que atender muchos asuntos, ya sabes como es mi trabajo.

—Ya —respondo molesta.

—Te prometo que esta semana pasaré unos días contigo y haremos lo que tú quieras.

—Ok —digo con indiferencia.

—Anda, no te enfades que es el último día del año.

—Sí y también el más triste y en el que más sola me siento —le confieso con la voz entrecortada.

—Mi vida, no digas eso...

—Adiós, papá —cuelgo.

No me apetece escuchar sus falsas excusas, cómo si no supiera que está allí con otra mujer, tanto mi padre como mi madre llevan una doble vida por separado, aunque ninguno hable de ello, ni lo haya confirmado, lo sé, es algo que se nota.

Triste y deprimida, trato de conciliar el sueño, pero me resulta difícil. No sé si estoy en este estado porque estoy segura de que pasaré fin de año igual de sola que Navidad, porque mi novio me ha engañado con otra durante tanto tiempo o simplemente por el *jet lag* y el cansancio general.

En algún momento consigo quedarme dormida.

A las cuatro y media de la tarde me despierto. Lo primero que hago es mirar el móvil. Para mi sorpresa tengo un mensaje de un número que no conozco a las diez de la mañana. Me espabilo rápido y abro el mensaje con ilusión.

Hola, Valeria Amor, soy Raúl. Necesito que me mandes para la dieta y el entrenamiento, tu peso y tu altura. Espero que tengas una buena entrada de año.

Cuando leo este mensaje un calor me recorre el cuerpo, así que solo me escribe para pedirme el peso y la altura. Seguro que lo que quiere es hacerme la dieta y quitarme del medio cuanto antes. Aunque me ha dicho Valeria Amor, justo como yo me he guardado en su teléfono.

Ay, no sé por qué me complico tanto con este hombre, ¿qué tiene que me altera tanto?

Hola Raúl, acabo de despertar. Mido 1'77 y peso 60 kg. Quedo a la espera de la dieta y la tabla. Muchas gracias y espero que tú también tengas una feliz entrada de año junto a los tuyos.

Trato de ser tan indiferente y fría como él. Ciñéndome al tema del entrenamiento y la dieta.

Sin levantarme de la cama, llamo a Álex para contarle lo sucedido.

—Valeria, ¿qué pasa?

—¿Todavía duermes? —pregunto al escuchar su voz soñolienta.

—Acababa de despertarme, pero sigo en la cama.

—Yo igual. ¿Sabes quién me ha escrito?

—¿Raúl?

—Sí, pero el muy capullo, me escribe solo para pedirme mi altura y mi peso para el tema del entrenamiento que hablamos.

—¿En serio?

—Sí, no doy crédito —digo indignada.

—Sí que es un poco raro que después de haber hecho un trío te escriba solo interesado por hacerte una dieta y una tabla cuando tú ya estás divina.

—Yo creo que quiere diseñarme la dieta y quitarme del medio cuanto antes.

—Anda, ya. ¡Qué tontería! Si no le gustases y no tuviera ningún interés en ti, créeme que no te escribiría ni siquiera para hacerte el entrenamiento. Esa es la excusa para hablarte.

—Pero ¿qué excusa?, si no necesita excusas después de lo que paso. Además, ni me ha respondido, ni ha dicho de llamarme ni de quedar ni nada.

—Igual es su táctica. Quiere mostrarte otra visión diferente.

—¿Diferente?

—Me refiero que quizá quiere que lo conozcas en una faceta más...

—¿Más qué?

—Más del día a día, tú sabes.

—No, no sé —grito.

—Ay, Valeria me acabo de despertar no estoy para explicarte ahora como se conoce la gente hoy en día. Tú tómatelo con calma, no tan en serio, querida.

Cuando termino de hablar con Álex miro el móvil y veo que la respuesta de Raúl no se ha hecho esperar.

Perfecto guapa, trabajo en ello.

*En cuando a mi entrada de año, va a ser todo lo contrario,
lejos de los míos y algo triste.*

Me sorprende su honestidad, así que decido responderle sincera también, pero sin entrar demasiado en detalles, aunque me encantaría preguntarle mil cosas.

Vaya, lo lamento.

*La mía también será algo triste, pasaré fin de año sola en
casa, pero bueno, es un día más.*

Un beso.

Tan pronto le doy a enviar me arrepiento de haberle puesto «un beso», pero ya no hay marcha atrás.

Si quieres, podemos tomar algo esta tarde.

En plan amigos.

¿Esta tarde?

¿La última tarde del año?

¿En plan amigos?

Antes de responder vuelvo a llamar a Álex.

—¿Qué te pasa? Pesada.

—Que me acaba de decir de quedar, pero en plan amigos.

—¿Y qué pasa?

—Pues que me ha dicho en plan amigos, ¿perdona?

—A ver, Valeria, querida. Yo creo que si te ha dicho «en plan amigos» es para que tú no te sientas incómoda al aceptar su propuesta o para que no te pienses que es una cita formal. O igual es que, en efecto, es solo en plan amigos, por ver si cuadráis fuera de...

—Sí, lo capto, no hace falta que me repitas que lo he conocido en un club y haciendo un trío.

—Mira, tú vé y a ver qué tal. No pierdes nada. No tienes ningún plan mejor, así que acepta y así sales de dudas, que te estás comiendo la cabeza demasiado por este tío.

—Tienes razón.

—Además, si no quisiera nada contigo ni siquiera te invitaría a tomar algo en «plan amigos», te pasaría la dichosa tabla de entrenamiento por WhatsApp y listo.

—Ya, está bien aceptaré. Ay, ¡Qué ilusión! Ya tengo plan para fin de año. En cuanto cuelgo el teléfono le respondo a Raúl.

*Vale, ¿sobre qué hora?
Para organizarme.*

*¿Sobre las 18 te viene bien?
¿En qué zona vives tú?*

*Sí, a esa hora perfecto.
Vivo en el barrio Salamanca ¿y tú?*

*En Barajas.
¿Dónde quieres quedar?*

No sé, por el centro ¿no?

*Si quieres quedamos por tu barrio
y ya vemos adónde vamos,
¿te parece?*

Genial.

Me levanto de la cama sedienta. Voy hasta la cocina a por un poco de agua. Escucho un ruido. No sabía que la asistenta venía hoy a trabajar.

—Maru ¿eres tú?

—Hija, ya te has despertado —dice mi madre desde la cocina.

Me sorprende verla aquí y cocinando ella misma.

—Sí, ¿qué haces? —pregunto sorprendida al ver todo patas arriba.

—Preparo la cena para esta noche.

—¿Para esta noche?

—Sí, hija. Es fin de año, ¿ya se te ha olvidado con el *jet lag*?

—No sabía que lo ibas a pasar aquí, pensé que tendrías planes —digo con retintín.

—Claro que lo voy a pasar aquí ¿qué mejor forma de despedir el año que con mi hija?

Me limito a sonreír.

Algo me dice que si pasa la noche conmigo es porque no tiene otro plan mejor, quizá su amor tiene otros planes, a saber... En cualquier caso me alegra saber que no pasaré la noche sola.

Cojo un vaso, me sirvo agua y me lo bebo de un trago. Tras ello, me voy directa a la habitación.

No sé qué ponerme para quedar con Raúl. No quiero ir demasiado arreglada, pero por otra parte es fin de año, la gente suele salir muy elegante este día.

Opto por un vestido de manga larga marrón y una botas altas en color negro.

Me hago unas ligeras ondas y me maquillo sutil.

—¿Vas a salir? —pregunta mi madre cuando me ve aparecer de nuevo.

—Sí, voy a tomar algo.

—¿Con quién?

—Con un compañero de trabajo —acierto a decir.

—Vale, no vuelvas tarde.

—No. —Le doy un beso en la mejilla y me voy.

Le escribo un mensaje a Raúl y le digo que le espero en la esquina de la calle Jorge Juan con Puigcerdà. Es un callejón con mucho encanto, donde hay varias terrazas de bares y restaurantes todos ellos exquisitos.

Lo veo aparecer por la esquina y un espasmo recorre mi cuerpo. Camina con paso firme, lleva unos vaqueros oscuros, una camiseta básica blanca y una chupa de piel en color negra. Cuando se acerca a mí se quita las gafas de sol con cristales degradados y me da dos besos.

Percibo su aroma y me traslado a la noche en que nos conocimos, el mundo se detiene.

8

—¿Estás bien? —pregunta al verme más tiesa que un palo.

—Sí, sí. Estoy aún algo adormecida. El *jet lag*, tú sabes...

—¿Dónde vamos?

—Aquí al lado si quieres.

—Perfecto.

Tomamos asiento en la taberna Los Gallos. Él se pide una copa de vino tinto y yo otra de vino blanco afrutado.

—Estás preciosa —afirma con ese tono de voz que me vuelve loca.

—Gracias —digo tímida, como si fuese la primera vez que escuchase un piropo así.

—Bueno estarás cansada de que te lo digan.

—Nunca me lo habían dicho así —pienso en voz alta y noto que me sonrojo.

—¿Así cómo?

—Con ese tono de voz —confieso.

Parece que ahora el que se ha quedado sin palabras es él.

—¿No te gusta el vino tinto? —pregunta.

—Sí me gusta, pero mancha mucho los dientes, así que como el blanco también me gusta, pues pido blanco —tan pronto respondo a su pregunta me arrepiento de haber dicho eso, no quiero que piense que soy una superficial.

—Con razón tienes los dientes tan blancos.

—Tú también los tienes blancos y bebes vino tinto.

—Quizá no manche tanto como crees —sonríe—. Por cierto me encanta el sitio.

—Esta calle es una de mis favoritas, suelo venir mucho aquí.

—¿Con chicos? —pregunta sin tapujos y me quedo pasmada por lo inesperado de su pregunta.

—No. Con amigas o..., bueno solía venir mucho con mi exnovio.

—¿Entonces estás soltera?

—Claro, ¿cómo iba a quedar contigo sino?

—¿Por qué no? Solo hemos quedado a tomar algo como amigos, ¿no?
Su respuesta me molesta. Me mata que recalque lo de amigos, sobre todo después de haber tenido sexo.

—Sí, claro. ¿Tú tienes pareja entonces?

—No, estoy soltero.

—¿Desde hace mucho?

—Digamos que bastante, ¿tú?

—Eh... poco más de una semana.

En realidad llevo soltera menos de una semana.

—Vaya, no pierdes el tiempo, eh...

Será imbécil.

—No, era mi intención ir a ese club, ni mucho menos hacer un trío, no lo busqué, surgió —digo enfadada.

—No te estoy juzgando, me parece genial que disfrutes de tu sexualidad, sobre todo si es conmigo.

—¿Sueles frecuentar ese tipo de... sitios? —pregunto directa.

—No, si te soy sincero era la primera vez que iba, ¿tú?

—También era la primera vez para mí.

—Pues se te veía muy suelta.

—A ti también —digo sin reparos.

—¿Habías hecho un trío antes?

—No, ¿tú sí?

—Tampoco, pero me encantó.

—Sí, no estuvo mal.

—¿Te gustaría volver a un sitio así?

Su pregunta me deja un poco desconcertada, no sé si es que quiere volver conmigo o me está poniendo a prueba.

La verdad es que no está en mis planes volver a un club swinger, pero si tengo que hacerlo para volver a estar con él lo hago con los ojos cerrados.

—No lo sé, ¿y a ti? —Juego con mi respuesta.

—Depende.

Parece que él también sabe jugar.

—¿De qué depende?

—De si es contigo o no.

—¿Conmigo? —pregunto asombrada por el giro que ha dado nuestra conversación.

—Sí, dejaste el listón demasiado alto no creo que fuese a sentir algo igual.

—Exagerado, si no hice nada.

—Ese es el problema que no hiciste nada y no he podido dejar de pensar en ti desde esa noche.

De pronto siento que me falta el aire. Sus melados ojos se clavan en los míos y de nuevo ese revoloteo en mi estómago que sube hasta mi pecho dejando maravillada.

Le da un trago a su copa.

—¿Y por qué terminaste con tu ex? —pregunta al ver que no digo nada.

—Una larga historia.

—Tenemos toda la tarde por delante, pero si no quieres contármelo no hay problema.

—Me engañó con otra durante un año. Es una chica de la compañía, me enteré porque los vi juntos en la cena de Navidad de la empresa, si no, aún no me habría enterado.

—Vaya, lo siento.

—Tranquilo, esa relación ya estaba acabada, solo que yo no quería verlo.

—Suele pasar. Y cuéntame ¿sueles volar mucho a Miami?

—No, ha sido mi primer vuelo.

—Vaya, pero llevas mucho en la compañía.

—No, ese ha sido mi primer vuelo desde que entré.

—Ah, vale.

—¿Tú llevas mucho?

—Cinco años.

—Conocerás muchos destinos.

—Sí, aunque en ninguno he conocido a alguien como tú.

—Deja de adularme o voy a pensar que quieres algo más de mí.

—Vale, ya paro. Aunque sí quiero más de ti, pero solo si tú quieres dármelo.

—Mejor sigamos hablando de viajes —dijo haciéndome la loca.

Él se ríe.

—¿A dónde es tu próximo vuelo?

—A París.

—¡Qué guay! ¿Cuándo te vas?

—La semana que viene.

—Me encantaría ir, tengo muchas ganas de volver a París.

—Ya sabes que los ingenieros no somos como los pilotos, que podemos elegir qué tripulante vuela con nosotros.

—¿En serio pueden hacer eso?

—Como poder, no lo sé, pero lo hacen a menudo y las chicas, sobre todo las que entran nuevas, quedan fascinadas, así que se las camelan con facilidad.

—Bueno yo no soy de impresionarme con lo material, afortunadamente mi familia está muy bien posicionada.

—Debe ser difícil impresionar a una chica como tú...

—¿Tú crees?

—Sí, pero creo que si me lo permites yo podría sorprenderte.

Tú ya me has sorprendido.

—No con algo material, obviamente —aclara—. Soy un tío muy humilde. Los mecánicos estamos fatal pagados.

—Pensé que no os gustaba que os llamasen así.

Suelta una carcajada.

—Veo que para llevar poco tiempo sabes mucho.

—Que va. ¿Entonces mecánico o ingeniero?

—Para ti, lo que tú quieras.

—Ingeniero, pues.

Continuamos hablando de viajes, me cuenta que tiene pensado visitar la Gran Mezquita de París, y yo me muero por ir con él, aunque ya he estado anteriormente en París, varias veces además, es una ciudad que me encanta por su romanticismo y porque siempre hay lugares nuevos o menos conocidos que visitar.

—Para romántico Gante o Brujas —asegura él.

—¿Más que París? —pregunto asombrada.

—Más que París.

—Nunca he estado, pero no puedo creer que haya una ciudad más romántica que París.

—París, es icónica y novelera, pero Gate y Brujas son pequeñas maravillas con un encanto imposible de describir.

—Igual es que fuiste con alguien muy especial y por eso te recuerda tan romántica...

—Fui solo —afirma.

—Vaya ¿viajas solo?

—Me encanta ¿nunca has viajado sola?

Lo pienso durante unos instantes y no recuerdo haber ido sola a ningún sitio.

—No, que yo recuerde.

—Pues deberías hacerlo alguna vez, es increíble, viajar solo te proporciona una especie de conocimiento e inmunidad únicos.

—Tendré que ir entonces a Gante y Brujas sola, pues.

—Bueno a esas dos ciudades en concreto puedo acompañarte yo.

Su respuesta me coge por sorpresa.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿Qué pasa no tengo pinta de ser un buen guía?

Tú tienes pinta de ser bueno en todo.

—No es eso...

—¿Entonces?

Me encojo de hombros y sonrío.

—Me encanta cuando te quedas sin palabras —confiesa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo no me he quedado sin palabras —aseguro.

—Sí te has quedado.

Ambos reímos al unísono.

Pasamos un rato increíble, nos pedimos otra copa y el tiempo pasa demasiado rápido. Una conversación nos lleva a la otra y cuando nos damos cuenta nos hemos terminado la segunda copa de vino.

Decidimos ir a dar un paseo. Pagamos y caminamos en dirección al Retiro.

Raúl y yo pasamos un buen rato juntos, nos vamos conociendo y mantenemos conversaciones interesantes.

Me siento muy cómoda junto a él.

En mitad del parque vemos un banco y decidimos sentarnos.

—Tienes unos ojos preciosos —dice demasiado cerca de mí.

Y en este momento yo solo pienso recorrer su cuerpo con mi boca, saborear sus labios, entregarme a él en cuerpo y alma.

Hay algo en él que me vuelve loca, loca como nunca nadie antes me había vuelto. Este hombre me mata, su perfección, su forma de ser, su físico, su mirada, sus labios, su pelo. Voy a desmayarme frente a él.

Si no deja de mirarme con esos ojos me desmayo.

Acerca sus labios a los míos.

Desvaneciéndome a la de una, dos...

De pronto, se escucha un trueno y me sobrecojo. Él se ríe al ver que me he asustado.

Parece que se avecina una tormenta, una tormenta intensa como la que se está originando en mi interior.

Siento unas gotas caer sobre mi rostro y miro hacia arriba. Un cielo gris cubierto de nubes que se mueven a cámara lenta nos sorprende.

—Creo que deberíamos irnos antes de que nos alcance la tormenta — sugiere Raúl.

—Sí, aunque creo que ya nos ha alcanzado —digo al ver que las primeras gotas comienzan a caer cada vez más deprisa.

Caminamos a paso ligero por el camino.

Un fuerte viento azota las ramas de los árboles. La llovizna se convierte en una lluvia incesante, en ese momento, comenzamos a correr por mitad del parque en busca de algún sitio donde refugiarnos.

Raúl corre más rápido que yo, con estas botas me resulta casi imposible seguirle el ritmo. Me agarra de la mano para que no me quede atrás.

—Espera —le detengo.

—¿Qué haces?

—Siempre he querido hacer esto. —Le beso.

Mi beso le coge por sorpresa.

Llevo mis manos a su rostro, acaricio su barba con la yema de mis dedos.

Él tira de mí hacia sí.

Mi corazón late tan fuerte que apuesto a que él puede percibirlo. Siento el sabor dulce y ácido de su boca, una mezcla ardiente. Sus manos se deslizan con delicadeza por mi cuerpo, se detienen en mis caderas y pega con fuerza mi cuerpo al suyo.

En este instante todo lo que es la vida carece de importancia. Solos, él y yo bajo la lluvia.

El aire azota nuestros ardientes cuerpos. En este momento no puedo pensar en nada que no sea en tenerle.

No me atrevo a abrir los ojos, porque no quiero que este momento termine nunca. Siento que esto es un sueño del que no quiero despertar.

La lluvia cala nuestras ropas, pero nosotros seguimos ahí parados como dos adolescentes besándonos bajo la lluvia.

Solo deseo besarle sin parar, besarle hasta quedarme sin aire. Nunca antes mis labios habían encontrado una boca tan ardiente como la suya. Puedo incluso paladear una tórrida mezcla.

Percibo como su corazón bombea con la misma intensidad que el mío.

De pronto se separa un poco de mí y mi cuerpo ya le extraña. Me mira a los ojos y me aparta el pelo mojado del rostro.

—Eres tan hermosa... —susurra.

Le doy un corto beso y salgo corriendo.

—Vamos, que nos vamos a resfriar —grito.
Salimos del parque y nos refugiamos de la lluvia en un soportal.
—Nos hemos puesto chorreando —digo mirando nuestras prendas empapadas—. Vamos a coger frío.
—Pues yo estoy muy acalorado —dice mientras apoya mi espalda contra la pared y me besa apasionado—. Podríamos pasar fin de año juntos, no quiero que estés sola —sugiere con una sonrisa pícaro.
—Al final no lo paso sola.
Su rostro adquiere un aspecto más serio.
—Ah, como me dijiste que lo pasarías sola...
—Ya, pero es que al final mi madre sí lo pasa en casa, y aunque no me hace especial ilusión, tengo que celebrarlo con ella. Se ha pasado todo el día cocinando.
—¿Por qué no te hace especial ilusión pasar fin de año con tu madre? —pregunta sorprendido.
—Siento que solo lo hace porque no tiene otro plan mejor. En Navidad me dejó sola después de que me pasé todo el día cocinando para ella.
—¿Y tu padre?
—Mi padre está de viaje en Francia por trabajo. Deduzco que tus padres no son de aquí de Madrid, ¿no?
—¿No me ha delatado mi acento? —Ríe.
—Un poco, sé que eres andaluz, pero no consigo saber de dónde exactamente, no tienes mucho acento.
—Es que llevo muchos años aquí en Madrid. Soy de Málaga, mi madre vive allí, mi padre falleció.
—Vaya, lo siento.
—Gracias, han pasado ya diez años.
—¿Y por qué no te has ido a pasar el fin de año con tu madre?
—Porque ya no había billetes y porque mañana tengo que atender unos asuntos aquí en Madrid.
—¿Mañana? Pero si es festivo...
—Es un tema... familiar.
—Entiendo —digo al percibir su evasiva.
—Al menos tú no estarás sola esta noche.
—Eso parece.
—Y yo que iba a proponerte cenar juntos.
—¿En fin de año?
—¿Por qué no?

—¿Te gustaría venir a mi casa a cenar? —le propongo sin pensarlo.
—¿A tu casa?, ¿con tu madre?
—Es fin de año, siempre se puede hacer un hueco más a una persona, no quiero que estés solo un día como hoy.
—Para mí es un día más —asegura.
—¿Entonces no quieres?
—Nada me gustaría más que comenzar el año a tu lado.
Me sonrojo al escucharle decir eso.
—Pero... ¿cómo nos vamos a presentar en tu casa así? —dice mirando nuestras ropas empapadas.
—No te preocupes por eso.
—¿Vienes, entonces?
—Voy.
Me da un beso en los labios.

9

Mi madre va a matarme, lo sé, pero me da igual. Tampoco es tan grave, Raúl es solo un amigo y en estas fechas siempre se dice que hay que dejar una silla vacía en la mesa para algún invitado de última hora. Le mando un mensaje y la aviso de que voy de camino a casa con un amigo.

Cuando entramos por la puerta ella está peinada, maquillada y vestida como si fuera al evento más elegante del año.

Me mira de arriba abajo con cara de asco, luego mira a Raúl y le inspecciona sin decir nada.

—¿Qué os ha pasado? —pregunta por fin.

—Nos ha cogido la tormenta viniendo de camino a casa. Mira, mamá él es Raúl un... compañero de trabajo.

Opto por la categoría «compañero de trabajo», porque «amigo» resulta muy ambiguo y conozco a mi madre, sé que de tener la mínima sospecha de que entre Raúl y yo pueda haber algo, convertirá la cena en una entrevista para ver si es el candidato idóneo para salir con su hija.

Raúl se acerca a ella para darle dos besos, pero mi madre, al ver que está empapado se aleja con disimulo y le ofrece la mano.

—Deberíais cambiaros, no podéis cenar así. Ven, te dejaré algo de mi marido —le dice mi madre a Raúl, quien me mira dubitativo.

Le hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Voy a ducharme y a ponerme algo más apropiado para la ocasión. No tardo —aseguro.

Dejo a Raúl con mi madre y me voy directa al baño. Me quito la ropa y la tiro al suelo. Me meto en la ducha y el agua caliente le devuelve la temperatura a mi cuerpo, que comenzaba a destemplarse. De pronto, noto que el agua pierde intensidad. Deduzco que Raúl ha abierto el grifo del cuarto de baño de la habitación de invitados. Me imagino compartiendo este momento con él, y a pesar de estar separados, siento que este momento nos conecta. Enjabono mi cuerpo y me lavo el pelo sin detenerme a echarme todos los productos que suelo utilizar.

Esta noche quiero estar radiante así que mientras salgo de la ducha y me seco, pienso en el modelito que me voy a poner.

Ya lo tengo. Me pondré un vestido tubo con estampando animal print de cebra en tonos salmón y beis cortado a la altura de las rodillas. Cuello cuadrado y manga media abombada. Pero tengo que hacer algo con este pelo, no puedo salir con el pelo mojado. Saco el secador, pongo la cabeza boca abajo y lo seco. Con la ayuda de un cepillo redondo termino de alisármelo. Me miro al espejo y parezco una leona. Con la plancha me hago algunas ondas y consigo un *look* desenfadado y natural que me encanta.

Me aligero todo lo que puedo, no quiero dejar a Raúl mucho tiempo a solas con mi madre, conociéndola le estará haciendo un interrogatorio.

Me maquillo un poco para tener buena cara. Me marco sobre todo los ojos con *eyeliner* negro y sombras claras. Me pongo el vestido y me coloco unos zapatos de tacón alto diseño *peep toe* de Giuseppe Zanotti.

Cuando veo a Raúl perfectamente enchaquetado siento que se me corta la respiración.

Él me escanea de arriba abajo, parece tan paralizado como yo.

—Ejem, ejem —mi madre, que se ha percatado de la escena, se aclara la garganta.

Raúl por su parte no me dice nada, pero no es necesario, su cara me lo dice todo.

—¡Qué bien te sienta el traje! —Me atrevo a decir.

—Le queda un poco pequeño —aclara mi madre—. Tu padre no tiene ese cuerpo.

—Sí, Raúl es algo más alto que papá.

—No solo me refiero a la altura, esos músculos... Claro que para trabajar de mecánico en un avión supongo que será necesario estar fuerte.

—¡Mamá! —le reprendo—. Raúl, toma asiento, por favor.

—No. Os ayudo. —Se acerca hasta mí.

—No, por favor. Tú eres el invitado. Siéntate —le dice mi madre.

Se sienta en la mesa sin decir nada. Parece un perrito asustado y eso me gusta, no sé por qué.

Camino con seguridad hasta la cocina y ayudo a mi madre a llevar los platos a la mesa.

—Así que un compañero... —dice mi madre en voz baja cuando me acerco a ella.

—Sí, es solo un compañero. No pienses cosas que no son. Es solo que me daba pena que pasara solo un día como hoy. Así que quita esa cara.

—Ya...

Llevo los platos a la mesa.

—Raúl te dejo aquí la bolsa con tu ropa. La chaqueta te la he colgado aquí junto a la chimenea para que se seque —dice mi madre.

—Muchas gracias, Cayetana.

—Muy bonita la cazadora, ¿de dónde es? —pregunta mi madre y se me hace un nudo en la garganta.

—De *pull and bear*.

—Ya decía yo, por la textura se nota que no es piel. Voy a por una botella de champán.

Aprovecho la ausencia de mi madre para acercarme a Raúl.

—Es un poco... especial. Por favor no tomes en cuenta sus comentarios —le pido.

—Tranquila —esboza una sonrisa.

¡Dios, qué boca!

Se acerca a mí, pero yo me aparto de inmediato, si mi madre nos ve así me muero.

—Aquí está el champán. Raúl, ¿por qué no vas abriendo la botella? —le dice mi madre.

—Claro.

—Cuidado que es un Dom Perignon *Vintage*.

Raúl abre la botella con torpeza, mientras que mi madre le mira con desinterés. El corcho sale disparado, con tan mala suerte que le da a la lámpara Sphere Schuller. Varias de las tulipas esféricas que están dispuestas en forma de cascada caen al suelo haciéndose añicos.

—Lo siento mucho —se disculpa Raúl mientras el champán rebosa sobre la mesa—. Le compraré una nueva.

—No sé si tu sueldo te alcance para eso, esta lámpara cuenta dos mil euros —dice mi madre sin alterarse, tras ello se va a la cocina.

—Lo siento mucho, Valeria —dice Raúl nervioso.

—No tienes nada que sentir, no ha sido tu culpa.

Estoy casi segura de mi madre ha agitado la botella antes de entregársela. La conozco.

—Tu madre me va a odiar.

—¡Valeria! —me llama mi madre desde la cocina—. ¿Dónde está la escoba y el recogedor?

—No lo sé, mamá. Creo que Maru lo guarda en el cuartillo.

Al momento aparece mi madre con la escoba y el recogedor. No puedo evitar reírme al verla con su elegante vestido recogiendo los restos de cristales. Es la primera vez que la veo barrer el suelo.

—¿De qué te ríes? —Me mira irritada—. Esto deberías estar haciéndolo tú.

Tomo asiento en la mesa, al lado de Raúl. Cuando mi madre termina de limpiar el suelo se sienta frente a nosotros.

—Bueno, después de este pequeño infortunio podemos comenzar a cenar. Espero que te guste el caviar —dice mi madre.

—No mucho —responde Raúl sincero.

—Eso es porque no has probado uno bueno. Aparte, esta receta es única, me la ha pasado mi querido amigo Floren Domezain. Es uno de los platos estrella de su restaurante en la calle Castelló.

—¿Qué lleva exactamente?

—Bueno, es una receta secreta, pero entre otras cosas lleva caviar negro Belga Imperial y guisantes lágrima, también conocido como caviar verde. Todo un manjar.

—Bueno, que aproveche —digo intentando evitar que mi madre siga hablando.

Comenzamos a comer. Mi madre no le quita ojo de encima a Raúl. Observa todo lo que hace o dice.

Cuando él se mete en la boca el caviar, ella le pregunta.

—¿No es exquisito?

—La verdad es que como le dije no me gusta mucho el caviar, pero se ve que es una receta muy elaborada.

—¿Qué no te gusta el caviar? —suelta una risa forzada—. ¿A quién no le gusta el caviar?

—A mucha gente, mamá.

Raúl pone su mano sobre mi pierna por debajo de la mesa. Eso me tranquiliza.

—Comer caviar no es sinónimo de educación y clase —dice Raúl con seguridad.

Su respuesta me coge por sorpresa, me encanta que no se deje pisotear por mi madre. Escondó mi mano bajo la mesa y entrelazo mis dedos con los suyos como muestra de mi apoyo.

—¿Me estás llamando maleducada? —Mi madre se lleva la mano al pecho de forma dramática.

—No, simplemente le estoy diciendo que el sabor del caviar no es de mis favoritos, por muy caro que este sea.

Mi madre me mira de inmediato esperando una reacción por mi parte. Reacción que no llega.

—¿No piensas decirle nada?

—Mamá, tu comentario ha sido muy despectivo —digo aumentado su frustración.

—¿Despectivo? Este plato de Floren Domezain cuesta 474€.

—Como si es de Florita, señora. ¡No me gusta el caviar! —añade Raúl.

Me encanta esa sinceridad por su parte, esa forma diplomática, aunque controvertida, de decir las cosas.

Mi madre se viene abajo después de comprobar que Raúl no se deja pisotear con sus comentarios.

La cena transcurre sin más contienda.

Veinte minutos antes de las doce, preparamos las uvas y nos sentamos frente al televisor. Mi madre ha comprado unas cajitas con uvas muy pequeñas y sin hueso. Cada uno con nuestra cajita en la mano esperamos para recibir el año.

Comienzan las campanadas.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce.

—Feliz año —grito con la boca aún llena de uvas.

—Feliz año —responden mi madre y Raúl al unísono.

Casi beso a Raúl, por suerte él me contiene. Mi madre se ha percatado.

Después de terminarnos la copa de champán, Raúl anuncia que se va antes de que cierre el metro.

—El metro, un mundo a parte. Nunca he cogido el metro, ¿qué se siente?
—De nuevo mi madre con sus impertinencias.

—Pues verá, señora, es la sensación de estar en un transporte que te lleva al punto al que quieres llegar.

—Debe ser terrible, tanta gente junta, todos unos encima de otros, pegados, transmitiendo las bacterias...

—Mamá —le reprendo.

—Bueno Raúl ha sido un placer recibirte en mi casa esta noche. Puedes quedarte el traje —dice mi madre con falsedad.

—Gracias por la cena, señora —Raúl parece incómodo.

—Te acompaño afuera, Raúl —digo mientras le entrego su chaqueta.

Salimos y cierro la puerta tras de mí.

—Siento muchísimo las impertinencias de mi madre. Lo sé, es insoportable.

—Mucho. No me he ido antes por ti.

—Muchas gracias. Siento que la noche no haya sido como esperabas.

—Al menos he comenzado el año a tu lado.

—Si después de esto quieres seguir viéndome prometo que te compensaré.

—Pues la recompensa va a tener que ser grande —sus labios adoptan una forma pícara.

—Lo será. Aunque supongo que te gustaba más antes, cuando no sabías que soy una niña pija.

Da un paso hacia mí.

—Me gustabas antes, pero me gustas más ahora, porque sé que a pesar de todo el lujo que te rodea eres una chica sencilla y tienes algo aquí que me encanta. —Pone su mano en mi pecho, a la altura del corazón.

Sus palabras me dejan alucinada.

Mi piel se eriza.

Me mira.

A nuestras miradas le sigue un significativo silencio. Y al silencio le sigue la proximidad de nuestros cuerpos.

Mi respiración se agita.

Posa sus labios sobre los míos. Saca su lengua, humedece con ella mi labio superior y me da un leve mordisco en mi labio inferior.

Me excito, pero no me muevo.

Su respiración se agita.

—Será mejor que me vaya —dice al tiempo que se aleja.

—Sí. —Me muerdo el labio.

No quiero que se marche, porque me muero por disfrutar de su cuerpo a solas, me muero por tenerlo dentro de mí, pero esta noche no va a poder ser.

Cuando entro en casa mi madre está sentada en el sofá tomándose una copa de champán.

—Podrías haber sido un poco más simpática con Raúl. ¿Tanto trabajo te costaba? —le recrimino.

—¿Simpática? Pero si no he hecho otra cosa que serlo. Le he abierto las puertas de mi casa, le he dejado un traje de Armani, le he puesto una comida exquisita y ¿qué es lo que ha hecho él? Faltarme el respeto en mi propia casa, ese chico es un maleducado.

—Es un compañero de trabajo, deberías haber puesto un poco más de tu parte.

—¿Compañero? ¿Estás ciega? Ese muerto de hambre está intentando camelarte para aprovecharse de ti. ¿Acaso no te has dado cuenta como miraba nuestra casa? Parece que nunca había visto una. ¿Es que no te puedes buscar amigos de tu clase? Ya tengo bastante con aguantar a la muerta de hambre de tu amiga Ana. No quiero volver a ver a ese chico.

Resoplo y sin decir nada me voy a mi habitación. Con mi madre es imposible hablar o razonar, ya hablaré con mi padre, él la hace entrar en razón, aunque me temo que con Raúl va a ser diferente. Cuando Ana vino por primera vez a mi casa, mi madre me prohibió que la trajese de nuevo, que tenía pinta de ladrona, pero después de hablar con mi padre entró en razón. Con Raúl, al ser un hombre, no será tan fácil, mi padre no estará de acuerdo con que venga a casa. Es lo que tiene tener unos padres clasistas.

En cualquier caso, no creo que Raúl quiera volver después de este desastre de cena, ni siquiera sé cómo aún quiere verme.

10

Paso los primeros días del año como puedo. Una parte de mí recuerda la rutina de estos días años atrás, junto a Sergio, todo el día en casa viendo películas románticas, ambos sentados en el sofá comiendo palomitas y emocionados con tanto romanticismo. En cambio, otra parte de mí se muere por volver a ver a Raúl, a quien no he podido sacarme de la cabeza ni un solo minuto. Me sigue escribiendo mensajes, a pesar del desastre de cena que tuvimos. Me cuenta cómo se lo está pasando en París y lo que hace cada día. Supongo que eso es buena señal.

Por suerte hoy vuelo a Verona y Ana está en mi tripulación, así que estoy muy emocionada porque será la primera vez que vuele con ella y también la primera vez que visite esta ciudad.

Preparado el equipaje y después de hablar un rato con Raúl por mensajes, de nada importante, me maquillo y me pongo el uniforme.

Quince minutos antes de que comience el *briefing* llego a las oficinas. Ana ya está allí, nos abrazamos. Está guapísima, es la primera vez que la veo en persona perfectamente uniformada, parece una modelo.

No puedo esperar a llegar a Verona, así que durante el vuelo aprovecho que nos quedamos solas en el *galley* y le cuento mi breve historia con Raúl, ella no da crédito.

—¿Pero qué hacías tú en un club de esos? —pregunta boquiabierta.

—Cosas de Álex.

—No me lo puedo creer, pero qué pequeño es el mundo. Te quedarías muerta al verlo en el avión de nuevo, ¿no?

—Imagínate... mi cara debió ser un poema.

—¿Y tu madre no se ha dado cuenta de que estáis liados?

—No. Bueno eso creo. Ella piensa que él solo busca mi fortuna.

—¡Qué raro! —ironiza.

—Ya sabes cómo es.

—Sí, lo que no sé es cómo te atreviste a llevarlo a tu casa un día como ese.

—¿Qué podía hacer? Después de la increíble tarde que pasé con él no quería que pasara solo la noche de fin de año.

—Hiciste bien. Ya tengo curiosidad por conocerlo.

—Esta semana quedamos en Madrid y te lo presento.

Varios pasajeros nos interrumpen.

—Disculpe señorita —dice un señor dirigiéndose a mí.

Odio que me llamen señorita.

—Dígame, ¿qué le sucede?

—Es que una pasajera ha inflado un chaleco salvavidas.

—¿Cómo que ha inflado un chaleco salvavidas? —pregunto sin dar crédito.

—Sí, para usarlo de almohada.

No puede ser. Salgo del *galley* y acompaño al pasajero. Disimuladamente me indica el asiento de la señora. Casi me da algo cuando la veo recostada sobre la ventanilla usando el chaleco salvavidas de almohada.

La despierto con unos leves golpes.

—Señora, ¿sabe usted que está prohibido inflar el chaleco en el interior del avión? Más aún si no hay ningún tipo de emergencia.

—Es que lo necesitaba para descansar, tengo un problema en el cuello.

—Y ahora va a tener otro con las autoridades —digo molesta.

Le quito el chaleco salvavidas y voy a hablar con la sobrecarga. Después de explicarle lo que ha pasado ella redacta un informe con los datos de la pasajera, a quien reportará a las autoridades una vez que lleguemos a destino.

Cuando pasa todo el jaleo me vuelvo a quedar a solas con Ana.

—¿No has escuchado hablar nada de la tal Paola? —le pregunto.

—¿Quién?

—Paola, la chica que está con Sergio. Bueno, que estaba, al parecer ella lo dejó a él después de lo que pasó en la fiesta de Navidad.

—Ah, ya. No, no he escuchado nada.

—Espero que no me toque volar con ella nunca.

—Y yo espero estar en ese vuelo si algún día te toca volar con ella —ríe.

—Bueno yo también tengo que contarte algo. Me he acostado con Víctor —suelta así, sin anestesia.

—¿Qué? ¡No!

—Sí —se cubre la cara.

—¿Te has acostado con el comandante?

—Shh, baja la voz loca —me reprende, pues, aunque no haya nadie en el *galley*, cualquiera podría llegar.

De hecho es justo lo que sucede.

—Ana, te llaman en *cockpit* —dice María José, una compañera.

Parece que a alguien le van a alegrar el vuelo. Mi amiga se va a la parte delantera del avión y yo aprovecho para prepararme un café ahora que está la cosa tranquila.

El resto del vuelo transcurre sin mayores incidencias, al ser un vuelo europeo se me hace demasiado corto.

Cuando llegamos al hotel me ducho y me arreglo, hemos quedado Ana; Víctor; Cristian, un compañero; y yo para ir al centro de la ciudad.

El taxi nos deja junto a Piazza Bra, en el corazón de la ciudad.

—Ese es el Arena de Verona —dice Víctor señalando al anfiteatro romano.

—Es uno de los anfiteatros mejor conservados del mundo y el segundo más grande, por detrás del famosísimo Coliseo de Roma —añade Cristian.

—Fue construido en el siglo I d. C. y en el siglo XII resultó severamente dañado por un terremoto. En la actualidad se utiliza su interior para celebrar conciertos y diversos eventos —replica Víctor.

—¡Qué bien lo vamos a pasar! —digo con ironía al ver la tensión entre Víctor y Cristian.

Se nota que a Cristian le gusta Ana y que Víctor también se ha percatado de este detalle.

Continuamos caminando por la ciudad mientras ellos compiten a ver quien conoce mejor Verona y quién sabe más de historia.

—Nosotras queremos ir a la casa de Julieta —digo aburrida de escucharlos.

—Eso, vamos a la casa de Julieta y luego a comer algo que me muero de hambre —añade mi amiga cómplice.

—Esa es la residencia de Julieta —señala Cristian.

—Bueno, así se conoce, no hay evidencias de que en la vida real existieran un Romeo y una Julieta —añade Víctor.

—Tampoco hace falta romper la magia —dice Ana.

—¿Quién me cuenta algo de esta casa? —suelto entre risas para quitar un poco de tensión, pero parece que consigo todo lo contrario.

Silencio.

—¿Ahora nadie habla? —continuo entre risas.

Silencio.

—Vamos Valeria hazme una foto aquí —dice mi amiga señalando al gran portón.

—¿Os hago una juntas? —Se ofrece Cristian.

—Sí por fa —le ruego.

—Pero que se vea el balcón —puntualiza Ana.

Nos hacemos varias fotos y luego buscamos un sitio para cenar.

Entramos en un auténtico restaurante italiano.

Tomamos asiento y pedimos la bebida. Saco mi móvil del bolso y me percató de que tengo un mensaje de Raúl.

¿Cómo va ese viaje, amor?

¿Amor? Siento un calor recorrer mis mejillas. Aún no puedo creer que me atreviese a guardar mi número en su agenda con esa palabra. ¡Qué descaro el mío!

Muy bien, y tú ¿qué tal estás?

*Bien, también,
aunque estaría mejor viajando por tu cuerpo.*

Siento una descarga de electricidad. Le doy un sorbo a mi copa. No sé qué responder.

Él continúa escribiendo.

*De norte a sur.
Para finalmente quedarme en esas zonas húmedas de la
costa tropical.*

Yo quiero viajar por toda Europa.

Trato de seguir su juego de palabras.

*Tú y yo juntos somos un volcán.
Me muero por estar de nuevo dentro de ti.*

Mis hormonas se alteran y un salvaje deseo me domina por dentro.

Me bebo la copa de un trago. Necesito refrescarme.

Perverso.

*No te hagas la dura, sé que lo estás deseando tanto como
yo.
¿Acaso me equivoco?*

¿Pero de qué va este? Pienso mi respuesta durante unos segundos. No lo voy a negar, no puedo.

No, no te equivocas.

*Deberías alejarte de mí, no sabes lo loco que me tienes.
No sé si podré contenerme la próxima vez que te vea.*

No te tengo miedo.

Sonrío.

No sé por qué, pero no te creo.

Ah, sí ¿por qué?

Veo que Víctor se va y al momento, Ana sale tras él. Así que tengo que dejar mi conversación con Raúl a medias por educación. Me pongo a hablar con Cristian hasta que Ana y Víctor regresan de hacer lo que quiera que hayan hecho.

Pedimos el postre y aprovecho para ver la respuesta de Raúl.

Tu mirada te delató la primera noche.

*Eso es porque me conociste en...
Circunstancias extraordinarias.*

Te conocí de la mejor manera posible.

Me encantas.

No puedo evitarlo y le doy a enviar. Me arrepiento tan pronto veo que lo ha leído. No sé cómo lo hace, pero domina mi cuerpo sin ni siquiera tocarme.

Tú a mí mucho más.

Después del postre pedimos la cuenta, Víctor se niega a dejarnos pagar, así que nos invita él.

Salimos del restaurante y caminamos hasta Piazza Bra para coger un taxi y regresar al hotel. Al cabo de un rato, meto la mano en el bolso para buscar mi móvil y ver si Raúl me ha escrito algo más. Al no encontrar mi teléfono comienzo a ponerme nerviosa. De pronto, recuerdo que lo he dejado encima de la mesa en el restaurante y regreso corriendo. Cristian me acompaña, mientras que Ana y Víctor me esperan ahí.

Llego al restaurante y casi sin aliento le pregunto al camarero por mi teléfono. Por suerte lo han visto en la mesa y me lo habían guardado. Va a por él y me lo entrega. Siento un alivio.

11

Cuando me levanto por la mañana, a eso de las nueve, veo que tengo un mensaje de Raúl.

*Buenos días,
Ojalá estuvieras aquí al lado para darte un apretón...*

Su mensaje me saca una sonrisa.

*Uy, qué tierno te has levantado hoy...
Yo aún sigo en la cama, me acabo de despertar, así que
me vendría muy bien un besito de buenos días.*

¿Ves? Yo sé que te gusta.

¿Me lo dices solo por eso?

*No, te lo digo porque nada me gustaría más que amanecer
junto a ti y darte un beso...
Bueno, un beso y otras cosas...
Pero de tranqui, eh*

Babeo como una tonta con su mensaje.

*Cuando amanezca en tu cama,
sabrás lo que también me gusta.*

*Estoy deseando saberlo.
¿Te apetece que quedemos mañana cuando llegues?*

¿Tantas ganas tienes de verme?

*Muchas.
Pero entiendo que llegues cansada y
Prefieras descansar.*

Es un vuelo corto, no llegaré cansada.

¿Eso es un sí?

Sí.

En ese momento Ana me llama para bajar a desayunar juntas y tengo que dejar la conversación con Raúl.

En el bufet nos encontramos a Víctor en otra mesa, en la que también se encuentra Elena, una compañera a la que Ana no soporta.

Los celos y el enfado de mi amiga pueden verse en su rostro. Le digo que deje de mirar, que parece una quinceañera.

Terminamos de desayunar y decidimos pasar el resto del día juntas. Vamos a la ciudad y damos un paseo. Nos encontramos un mercadillo y aprovecho para comprarle algún recuerdo a mis padres.

Caminamos por las calles de Verona sin un rumbo cierto. Nos sentamos en una terraza a tomar unos vinos. Brindamos por la vida que tenemos, por lo que juntas hemos conseguido y por lo que somos gracias a nosotras mismas.

Ana me pregunta por Raúl.

—¿Has hablado con tu mecánico?

—No le digas así, es ingeniero.

—Bueno, con Raúl el ingeniero —dice en tono de burla.

Ambas reímos.

—Sí, he hablado con él, hemos quedado mañana.

—¿Te va a poner a punto? —se burla.

—Como te pusieron a ti anoche —digo con el mismo tono de burla que ella.

Volvemos a reír al unísono.

—¿La tiene grande? —Curioso, sin saber por qué.

—Demasiado —confiesa.

—¿En serio?

—Sí, pero mi cuerpo la acoge bien.

—Ese tío lo tiene todo ¿no?

—Eso parece, pero en algún sitio tiene que estar la tara.

—Pues ya me dirás dónde, tengo curiosidad.

—¿Y tu ingeniero qué tal?

—¿Qué tal de qué?

—De herramienta, de qué va a ser.

—Bastante bien, aunque después de Sergio cualquier cosa me parece grande.

Rompemos a carcajadas.

Por la tarde regresamos al hotel. Aprovecho para irme un rato al gym.

Recibo un mensaje de Raúl.

*Ya tengo tu tabla y la dieta lista,
mañana te lo explico todo.*

Justo ahora estoy entrenando en el gym del hotel.

Pensé que no te gustaba entrenar.

Eso era antes de conocerte a ti.

Un día podrías venir a entrenar conmigo.

Me parece bien

Intercambiamos algunos mensajes trascendentales y cuando estoy cansada de correr en la cinta me subo a la habitación del hotel y me pego una ducha.

Caigo en la cama agotada. Aprovecho para ver las fotos que me ha hecho Ana por Verona, decido poner una, en la que me veo muy favorecida, de perfil en WhatsApp.

Cojo el manual de mi bolsa de vuelo y me pongo a repasar los procedimientos hasta que me quedo dormida.

Cuando me levanto por la mañana tengo otro mensaje de Raúl.

*Buenos días, princesa
Dios, estás guapísima. Pareces un ángel.*

Me adjunta una captura de la nueva foto que he puesto de perfil.

Anda deja ver mi foto no te vayas a enamorar.

*Espero que tengas un buen vuelo, estoy deseando verte.
Un beso.*

*Muchas gracias.
Te veo esta tarde.*

El vuelo de regreso a Madrid se me hace demasiado corto.

Cuando llego a casa me pego una ducha rápida y me arreglo un poco para quedar con Raúl. Opto por un *outfit* cómodo: vaqueros, camiseta básica de Valentino y unos zapatos de tacón bajo de Ferragamo, inspirados en la sensual elegancia de Marilyn Monroe.

A las siete de la tarde quedo con Raúl en Goya. Lo veo caminar hacia mí con una camisa blanca sin corbata, unos vaqueros y un abrigo largo azul marino largo. Me quedo embobada contemplándole en la distancia. Babel.

Cuando está a menos de tres metros, me sonrío. Percibo su olor y estremezco.

Mi parálisis dura solo unos segundos, los que él tarda en cogerme de la cintura y plantarme un beso en la boca.

Creo que se da cuenta de lo nerviosa que me pone. Me observa, le observo. Sus melados ojos centellean.

—¿Quieres tomar algo o damos un paseo? —pregunta.

Esa voz, ese tono tan seductor...

—Por mí damos un paseo, me apetece un poco de aire.

Más bien lo necesito, porque cuando este hombre está cerca siento que no puedo respirar.

Damos un paseo por el barrio, bueno, más que un paseo son casi dos horas caminando. Recorremos Príncipe de Vergara, la calle Velázquez, Serrano, pasamos frente al Museo Arqueológico Nacional, Conde de Peñalver... Casi dos horas hablando sin parar, no sé cuántas historias compartimos, el tiempo pasa volando, creo que es el paseo más fascinante que jamás haya hecho por mi barrio.

Decidimos picar algo en La Descarada, un restaurante moderno y distinguido.

Durante la cena hablamos y hablamos... Nos cierran el local, pero nosotros aún tenemos conversación y nos quedamos en la terraza.

Comienzo a tener frío y Raúl se percata. Se incorpora y me sugiere ir a su casa a tomarnos una copa. Se acerca a mí lo suficiente para que mi boca quede a solo unos centímetros de la suya. Puedo sentir su respiración.

—Si vienes que sepas que no te voy a dejar irte hasta mañana y que te voy a follar durante toda la noche. Así que tienes exactamente diez segundos para irte a tu casa —dice con un tono de voz salvaje y caliente.

Me quedo paralizada. Este giro me deja loca. Adiós al romanticismo del momento. Preferiría que no fuese tan directo, aunque por otro lado qué sentido tiene andarnos por las ramas cuando ya hemos tenido sexo. Además, no lo puedo negar, me gusta la naturalidad con la que habla del sexo, y a mi entrepierna también, puedo percibir la humedad.

Aún estoy a tiempo de escapar, puedo ponerle alguna excusa e irme a mi casa, que está aquí al lado. Pero no me puedo mentir a mí misma, estoy deseando que me folle, es más no quiero una noche de amor, quiero una noche de sexo salvaje, quiero que me haga todas las cosas que Sergio no me hacía, quiero que disfrute con mi cuerpo, que haga con él todo cuando se le antoje, sin miedos, sin censuras.

—Se acabó el tiempo, veo que has tomado la decisión acertada —dice mientras, con la mano, para un taxi que pasa por la avenida.

Me abre la puerta del coche para entre. Tras ello, entra él y le da la dirección de su casa al taxista.

Durante el trayecto apenas hablamos, pero él no se separa de mi lado, me agarra la mano, la besa, la pone sobre sus muslos y yo evito la tentación de llevarla a su entrepierna.

Cuando llegamos a su piso, un ático de lo más moderno, me quedo pasmada, no sé por qué esperaba un piso más... humilde, no me hubiese importado en absoluto.

El área principal, de techo abuhardillado, cuenta con varios ventanales, separados unos de otros con estanterías repletas de libros. La estancia, muy despejada y minimalista, solo dispone de un sillón de lectura en piel blanca. Al otro lado, separado por una chimenea con separador de ambientes, hay una pequeña y acogedora salita decorada con una exquisitez sublime.

Me siento en el sofá tres plazas, frente a la mesita baja y él enciende la chimenea automática.

—¿Cómo es que decidiste comprarte un ático en Barajas? —pregunto curiosa.

—Por comodidad. Quería estar cerca del aeropuerto para poder ir a trabajar y para ir a Málaga a ver a... mi familia. ¿Qué quieres tomar?

—Me da igual.

—¿Vino blanco?

—Vale.

Contemplo las obras de arte, antigüedades y elementos contemporáneos que conforman la decoración de la sala, un contrapunto extraño, pero equilibrado. Cada pieza parece haber sido seleccionada estratégicamente para convertir este ático en un hogar confortable a la vez que moderno.

—Aquí tienes. —Raúl me ofrece la copa de vino y se sienta junto a mí.

—¿Has decorado tú el ático?

—Sí, cuando lo compré estaba en ruinas, lo tuve que tirar abajo y hacer de nuevo. ¿Te gusta?

—Me encanta, tienes muy buen gusto —confieso.

—Lo sé, por eso me gustas tú.

Sonrío y le doy un corto beso en los labios, pero parece que eso despierta a la fiera que lleva dentro. Se aparta, me quita con delicadeza la copa de las manos y la deja sobre la mesa. Tras ello, se abalanza sobre mí y me besa con pasión.

Tiro de su pelo hacia atrás, le muerdo el cuello y él jadea. Eso me excita. Mi cuerpo le desea como nunca antes había deseado a un hombre. Nos

devoramos a besos.

Me desabrocha el pantalón, se incorpora y me lo quita, se deshace también de mi camiseta y me quedo en ropa interior.

Me muero por volver a ver ese torso, así que me levanto del sofá y le quito la camiseta. Le intento quitar también el pantalón, pero en ese momento él me quita el sujetador con un simple clic, algo que demuestra que ha quitado muchos sujetadores en su vida. Une nuestros cuerpos y sentir mis pechos sobre sus fuertes pectorales me excita. Con una mano me coge el culo y con la otra masajea mis pechos.

Estoy muy húmeda.

—No sabes las ganas que tenía de tenerte así, solo para mí.

—Y yo de tenerte para mí.

—Soy todo tuyo, dime qué quieres.

—A ti, dentro de mí.

Y como si mis deseos fueran órdenes, se quita los pantalones, me arranca de un tirón el tanga nuevo y se introduce en mí sin compasión.

Siento una estocada que me hace gritar. Él presiona con fuerza mi cuerpo contra el suyo y se hunde hasta lo más profundo de mi ser.

Sale de mí y me gira. Apoyo mis rodillas en el sofá y me dejo caer sobre el respaldo. Él me embiste por detrás.

Entra y sale, una y otra vez.

Rodea mi cuello con su potente brazo y tira de mí hacia sí, con la otra mano acaricia mi clitoris mientras me penetra con fuerza. Siento que me falta el aire.

Creo que me voy a correr. Necesito aguantar, es demasiado pronto.

No puedo evitarlo y me dejo arrastrar por esta espiral de sensaciones. Gimo, grito y exploto en mil pedazos.

Sus embestidas cobran intensidad, ruge con fuerza, lo que me indica que él también termina conmigo.

Caigo rendida en el sofá. Se quita el preservativo, le hace un nudo, lo tira al suelo y se tumba a mi lado.

—Ha sido rápido —dice.

—Rápido, pero intenso.

—Esto ha sido solo un entrante —asegura.

Me pongo de lado y apoyo la cabeza sobre su pecho. Percibo el bombeo de su corazón.

Comienza a hacerme a acariciarme la espalda.

Después de un rato charlando Raúl vuelve a tenerla dura.

—¿Quieres jugar? —pregunta.

Asiento con la cabeza sin saber muy bien donde me estoy metiendo.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Vete a la habitación y tumbate boca abajo sobre la cama. Ahora voy.

Hago lo que me dice.

Al momento aparece él, me coge una mano y la lleva a mi espalda, luego hace lo mismo con la otra. Noto como pasa una cuerda por mis muñecas y comienzo a entender su juego. No me asusta, porque Sergio ya lo intentó un par de veces, aunque sin suerte: la primera me apretaba tanto que me hacía daño y finalmente le pedí que me desatara. La segunda, me podía soltar con tanta facilidad que aquel juego no tenía ningún sentido.

Raúl me ata ambas manos en cuestión de segundos, con una agilidad y seguridad que me sorprenden. Cuando termina, hago el amago de soltarme, pero para mi sorpresa es totalmente imposible, sin embargo lo ha hecho de algún modo que no me aprieta demasiado ni me duele. Este tío debe ser un experto del bondage, no lo digo porque yo sepa mucho del tema, apenas conozco el término gracias a la película de *50 sombras de gray*.

Me coloca un antifaz y todo se torna oscuro.

Sin poder moverme dejo que sea él quien se ocupe de todo.

Recorre mi espalda con su lengua. Luego me gira y vierte sobre mí un chorreón de un líquido aceitoso. Masajea mis pechos. Siento un poco de vergüenza porque no es una parte de mi cuerpo que me guste especialmente. Él mordisquea mis pezones, los chupa, los succiona, los besa...

—Me encantan tus pechos.

Su confesión me coge por sorpresa y por alguna razón me hace sentir más cómoda. Nunca le he hablado de mi inseguridad con los pechos ni tampoco le he mencionado que me quiero operar, así que sé que no lo dice por hacerme sentir bien y eso me gusta.

Comienza a rozar su erección por mi entrepierna. Luego se aparta de mí unos segundos, lo suficiente como para que mi cuerpo le extrañe. Noto su aliento en mi vagina.

—Tienes un coño delicioso.

Su tono, la brusquedad de sus palabras y su seguridad al pronunciarlas me excita.

Me da un lengüetazo e inconscientemente abro más las piernas. Separa mis labios y su lengua se introduce en mí. Estimula mi clítoris y este se hincha. Raúl lo succiona con los labios. Gimo.

Se incorpora, coloca su erección en mi entrada y de pronto siento como se introduce en mí. Creo que no lleva preservativo porque noto el calor de su miembro abriéndose paso dentro de mí.

No puedo comprobarlo tengo las manos atadas, tampoco le pregunto. Me dejo llevar.

Un calor me recorre todo el cuerpo.

Sale de mí y vuelve a llevar su boca a mi entrepierna, absorbe la humedad de mi ser.

Respiro agitada.

Siento que exploto una y otra vez.

Vuelve a embestirme, esta vez con más fuerza. Inmóvil bajo su cuerpo le permito hacer con el mío todo cuanto quiera.

Me besa, me chupa, me acaricia, me escupe, me azota, me masajea, me penetra...

Enardecida, convulsiono ante tanto placer. Pero el juego no termina. Raúl me pone boca abajo y en cuestión de segundos me libera las manos. Me gira de nuevo y me quita el antifaz.

Me encuentro con su mirada. Sus ojos brillan. Es tan guapo, parece un Dios.

Me besa y se introduce en mí con facilidad. Me embiste con fuerza. Piel con piel.

Entra... sale... entra... sale.

No quiero que pare. Siento cada célula de mi cuerpo conectada a él.

Su fuerza me puede, me dejo llevar y me corro. Gruñe y tras breves segundos de intenso placer percibo su derrame, caliente y resbaladizo, dentro de mí.

Él sonríe y sin salir de mí se tumba sobre mi cuerpo y me aplasta.

Ninguno decimos nada.

Demora el momento de salir de mí y yo, por supuesto, no le pido que lo haga.

No puedo creer lo acabo de hacer, a pesar de que ha sido, sin duda, el mejor polvo de mi vida, me siento culpable por haber permitido que me usara así. ¿Qué va a pensar de mí?

«¡Qué eres una cualquiera!». Me habla mi subconsciente.

Él aún no ha dicho nada. Así que me aparto de él y su miembro sale de mí. Me levanto de la cama y me voy al salón. Cojo mi ropa del suelo y comienzo a vestirme.

—¿Qué haces? —pregunta al verme colocarme los vaqueros.

—Me voy.
—¿Cómo que te vas?
—Me voy a mi casa.
—Pensé que te quedarías a dormir conmigo.
—Pensaste mal.
—¿Te pasa algo?
—No.
—Vamos a hablar, ¿siempre te vas así, con tanta urgencia?
—No hay nada que hablar —cojo mi bolso y me dirijo hasta la puerta.
Él me agarra del brazo con fuerza y me detiene.
—Suéltame ahora mismo. ¿No has tenido bastante con amarrarme, usarme como a una cualquiera y follarme sin protección?
Su rostro se consterna.

12

—Pensé que estabas disfrutando... Yo... suelo usar preservativo.

—¿Sueles? Cualquiera lo diría —ironizo.

De pronto se acerca a mí y pega su cuerpo, aún desnudo, al mío.

—Mira deja de portarte como una niña pija y malcriada. Dime ahora mismo que no has disfrutado y te dejaré ir.

Su cercanía me provoca un cortocircuito. Parece enfadado y eso me pone.

Con una mano me desabrocha el pantalón y pasa sus dedos por mi entrepierna. Los saca y me los enseña empapados. Quiere que vea como me excita su cercanía.

—Tu cuerpo te delata —dice mientras se lame los dedos—. Te prometo que no follo sin condón.

—¿Y por qué conmigo sí? —pregunto atolondrada.

—No lo sé.

Me acaricia la cara y entrelaza sus manos en mis cabellos.

—Si no te ha gustado no volveremos a jugar a este juego, hay muchos otros, pero por favor no me dejes solo esta noche. Me vuelves loco, Valeria.

Está claro que me ha gustado y está claro que soy incapaz de irme. Mi cuerpo le necesita.

Esa noche él viaja por mi cuerpo de norte a sur y de este a oeste, yo viajo por el suyo y llego a las estrellas. No me mintió cuando me dijo que follaríamos toda la noche.

Hablamos durante horas y, en algún momento, me quedo dormida en su pecho. No sé mucho de él, solo que puedo estar ante la persona capaz de romperme el corazón en mil pedazos.

Pasan los días y yo vivo sumergida en un mundo de color y fantasía junto a Raúl. Nos vemos casi todos los días y cuando me quedo en su casa a dormir,

hacemos de todos menos dormir.

Estoy aterrada porque no quiero que este cuento se acabe. Sé que no tenemos nada formal y que esto es solo sexo y diversión, pero una parte de mí tiene sentimientos por él y no quiero ni pensar en perderlo. Lo sé, estoy perdida.

Vamos juntos a fiestas; le presento a mi amiga Ana, quien afirma que Raúl ya es mi novio; le llevo a los desfiles de moda de algunos de mis amigos diseñadores; le enseño mi terraza favorita de mi Madrid, la del hotel Urban; le cuento mi inseguridad con mis pechos y mi intención de operármelos, cosa que él no apoya, dice que soy perfecta tal cual; en definitiva, le muestro todo mi mundo.

El lunes me programan un vuelo para el martes a Río de Janeiro. Me emociono. No es mucho tiempo, apenas voy a estar setenta y dos horas, pero lo suficiente como para conocer algo de la ciudad e ir a la playa.

Le escribo un mensaje a Ana para contárselo, no puedo llamarla porque ella está en Cancún, nada menos que una semana. Eso sí que es tener suerte, claro que quien dice suerte, dice tener un novio piloto...

Llamo a Raúl para decirle que me voy a Brasil y para quedar con él antes de irme.

—¿Mañana? Yo al final me voy a Málaga hoy —dice.

—Entonces no vamos a poder despedirnos —afirmo triste.

—Eso parece.

—Pero cuando vuelvas podemos irnos a pasar el fin de semana a algún sitio, ¿te parece?

—Sí, me encantaría.

Estoy bastante asustada. Tengo miedo a que cuando regrese, a él le programen un vuelo y cuando él regrese de ese vuelo, me programen otro a mí y así sucesivamente. Sin poder vernos, siempre alejados el uno del otro.

Nos despedimos con un beso y cuelgo el teléfono. Tan pronto se corta la llamada comienzo a temblar, siento que me falta el aire.

No puedo alejarme de él, no quiero. Creo que me he enamorado.

Le envío el mensaje más extraño que jamás haya enviado.

... T...

No sé por qué lo hago, pero después de hablar con él, tengo que exteriorizar esto que siento de algún modo, aunque sea en clave.

Su respuesta no se hace esperar.

¿Eso qué significa?

Da igual, no tiene importancia.

Ok, amor. Yo también.

*¿Por qué me pones que tú también si no tienes ni idea del
sentido de mi mensaje?*

Le escribo enfadada.

Amor, te ...

Buen vuelo.

No digo nada más, me quedo sin palabras después de leer su último mensaje, no puedo creer que haya comprendido, con tanta facilidad, el significado de lo que quiero decirle y no me atrevo.

El ataque de pánico que he sufrido hace un momento se esfuma y de nuevo vuelvo a la nube en la que he estado estas últimas semanas.

Cuando llego a la sala de firmas para la reunión prevuelo me encuentro nada menos que con Paola. Sí, la misma que se estaba tirando a mi ex, la misma a la que bañé en champán en la fiesta. No me puedo creer que tenga la mala suerte de volar con esta tía.

¿No hay más tripulantes en la compañía?

Por suerte Álex viene también en este vuelo, así que al menos no voy a sentirme tan sola.

La saludo a ella y al resto de compañeros que están en la sala y le envío un mensaje a Álex para contarle quién viene en nuestro vuelo.

¿Whaattttt? No te creo.

Ahora te veo que ya estoy entrando en el aeropuerto.

*Sí, como te lo cuento, esta perra me va a dar el vuelo.
Cuando llegues siéntate a mi lado, que te tengo el asiento
reservado. Un beso.*

Álex llega y se sienta junto a mí. Al momento la sobrecarga entra en la sala y se sienta en el sitio de honor.

Comenzamos el *briefing* y después de hacer un repaso de los procedimientos de seguridad, la sobrecarga asigna posiciones y nos da las instrucciones especiales.

—Valeria, tú te encargas de coordinar el servicio a bordo.

¿Yo? ¡Pero si nunca he coordinado el servicio! Estoy a punto de abrir la boca para pedirle que me cambie de posición y decirle que no estoy capacitada aún para ello, cuando Álex pone su mano sobre la mía para tranquilizarme.

—Yo ya he coordinado el servicio, es muy fácil, tranquila —me susurra al oído.

Paola no me quita el ojo de encima.

—Es muy importante que contéis todas las comidas antes de que comencemos el embarque; últimamente nos están cargando menos. Ya sabéis que una vez en vuelo no podemos hacer nada al respecto y es un vuelo muy largo como para tener a los pasajeros sin comer tantas horas —puntualiza la sobrecargo.

Asiento con la cabeza.

—Tenemos un total de 254 pasajeros en la clase turista y 18 en primera clase. También hay 3 *infant*.

La comandante y el segundo oficial entran en la sala de *briefing* y se presentan.

—El tiempo de vuelo es de diez horas cuarenta. Habrá turbulencias a las tres horas después del despegue, pondré la señal de cinturones y si veo que es necesario os aviso para que os sentéis vosotros también, si no podéis continuar con vuestras labores. En caso de emergencia la palabra clave será el nombre de una puerta inexistente. Bueno, y solo para vuestra información, aunque no tenéis que saberlo, os adelanto que llevamos un ataúd en bodega —explica la comandante.

Se forma un revuelo en la sala.

Cuando llegamos al avión realizo el chequeo de los equipos de emergencia y, tras ello, me pongo a revisar el *catering* con la ayuda de Álex. Cuento las comidas, que ya están en los hornos, una por una y confirmo que hay un total de 255, lo que quiere decir que sobra una. Cuento las bandejas que hay en los carros y me aseguro de que hay el mismo número de comidas que de bandejas. Le doy el ok a la sobrecargo.

Durante el embarque un pasajero de unos cuarenta años, con cara rectangular, pelo corto y moreno, se acerca a mí, me saluda amablemente y me pregunta la duración exacta del vuelo.

—Diez horas y cuarenta minutos —respondo.

—Bueno, pues casi once horas metidos en este tubo todos juntos —comenta.

Sonrío y me dispongo a salir al pasillo a ayudar a otro pasajero a subir su maleta al compartimento superior, pero el señor que me acaba de preguntar, me adelanta y coge él la maleta. Obviamente yo no me opongo, odio tener que subir las maletas, primero porque se me sube el vestido y segundo, porque en cuanto llevo seis maletas tengo la espalda destrozada, imagina si tengo que subir las doscientas y pico de maletas de todo el pasaje. Me muero.

El pasajero de la maleta toma asiento y el moreno que me preguntó la duración del vuelo vuelve a darme conversación. Como me ha ayudado con la maleta me siento culpable y le escucho sin prestar mucha atención.

Al principio me habla de trabajo, de la vida en un país que no es el tuyo, al parecer es portugués. Pero luego comienza a contarme que está casado, pero que vive solo, que ella es del norte, que lleva casi toda su vida en España por trabajo. Yo me limito a escuchar sin opinar, en varias ocasiones salgo al pasillo a ayudar a otros pasajeros, pero cuando vuelvo a mi posición él sigue ahí.

De pronto, comienza a enseñarme fotos del amor de su vida.

—A tu edad lo que tienes que hacer es disfrutar, no te vayas a echar novio —dice.

No sé qué hacer para quitarme a este hombre de encima, no sé si avisar a una compañera por el interfono. Aprovecho y llamo a las puertas dos, donde se encuentra Álex, pero deben estar ocupados con el embarque porque no responde nadie.

El pasajero cada vez se vuelve más pesado, parece que coge confianza rápido. Me cuenta lo mucho que disfruta con las mujeres. Dice que él sí sabe cómo tratarlas.

—Yo vivo solo porque quiero, pero muchas de ellas estarían dispuestas a vivir conmigo. ¿No me cree? ¿Quiere que le enseñe las conversaciones que tengo?

¿Esto es una cámara oculta o un monólogo? No estoy entendiendo a este señor, me está sacando de mis casillas y está agotando mi paciencia.

—Sigo casado con mi mujer, pero le confieso que hace mucho tiempo que me siento mejor con otras mujeres, pero ella es la madre de mi hijo.

¡Esto es el colmo! No soporto a los hombres mentirosos y que engañan a sus mujeres. Así que al final acabo entrando en la conversación que es justo lo que este tío estaba buscando.

—Si no es feliz con su mujer ¿por qué sigue mintiéndole y engañándola de esa forma en vez de divorciarse? —digo indignada.

—Porque la quiero, tenemos muchas cosa en común, hemos construido una familia, una casa. No quiero perder todo eso.

—Es usted un egoísta y un cobarde. —Le miro con desprecio.

No pudo evitar pensar en Sergio y en Paola, quien está en este mismo avión. Estoy a punto de perder los nervios cuando la sobrecargo dice por megafonía que hemos terminado el embarque. Miro el reloj y ha pasado media hora, treinta largos minutos aguantando a este señor.

—Tiene que sentarse, en breve vamos a despegar —digo alterada.

Casi sufro un ataque de ansiedad.

Durante el despegue, después de realizar el *silent review*, pienso en Sergio, en cómo estará, en qué habrá pasado con Paola, ¿habrán vuelto? Tengo que confesar que me ha llamado un par de veces después de aquel mensaje felicitándome las navidades, pero ni respondí a sus llamadas ni mucho menos se las he devuelto. He estado demasiado centrada en mi nuevo trabajo... Vale, y en Raúl.

La señal de cinturones se apaga, tras ello me levanto del trasportín y me dispongo preparar el servicio.

Pongo en marcha los hornos y con la ayuda de mis compañeros preparo la bebida en los cajones de bares.

—Esto no se pone así —me corrige Paola—. Según el manual se pone solo una botella de vino blanco y una de vino tinto.

Ninguno de los compañeros dice nada.

—Tenía entendido que eran dos de vino tinto, una cerrada y la otra abierta, y una de vino blanco, abierta también —digo tranquila.

—Pues lo tenías entendido mal, han mandado una circular esta semana ¿no te la has leído? —Sigue ella altiva.

—La verdad es que no —confieso.

—En este trabajo hay que estar actualizada.

En ese momento llegan Álex y Eli, otra compañera.

—Álex, ¿puedes ir preparando las cafeteras para luego?

—Sí, ahora mismo.

Comienzo a sacar las comidas de los hornos y a emplatarlas en las bandejas. Paola, sin que yo le diga nada se dispone a hacer lo mismo al otro lado del carro.

—Ya están las cafeteras, he preparado cuatro, una por carro —dice Álex.

—Perfecto, con eso sobra. Gracias.

—Yo prepararía otras cuatro, porque luego hay que repetir, así ya están listas —dice Paola.

—No, no hay que repetir —afirmo.

—Sí, sí que hay que repetir —insiste ella segura sin dejar de sacar comidas de los hornos.

Respiro hondo y trato de mantener la calma. Voy a mi bolso y busco el manual de servicio a bordo. Le muestro la parte en la que dice que no se repite. Ella comienza a reírse.

—Valeria, tienes que aprender a leerte las circulares y estar actualizada. Las nuevas aún no estáis familiarizadas con eso, pero las actualizaciones son muy importantes para que la operativa salga bien.

Veo que Álex está a punto de saltar, pero yo le miro y se calla. Prefiero dejar la conversación zanjada aquí. En parte ella tiene razón, debí haberme leído la circular.

No obstante, como no me fio de Paola, voy a la sobrecargo y le pregunto discretamente si en la última circular pone que tenemos que repetir con café y té. Ella ni se acuerda, así que busca la circular en su Tablet y lo comprueba. Al parecer sí se repite con café y té.

Regreso al *galley* y cuando llego los carros están listos. Aviso por interfono a la sobrecargo y salimos al pasillo.

A mitad de la cabina veo que mi carro tiene al menos diez bandejas sin comidas. Me disculpo con los pasajeros y voy a comprobar si las comidas están en los hornos. Los abro uno por uno, pero no están ahí. Reviso los carros y nada, no aparecen.

Voy hasta el carro de Paola y le pregunto.

—Me faltan diez comidas, ¿tú has emplatado todo?

—Sí, todo lo que había en los hornos. Mi carro está completo.

—El mío no —aseguro.

—El tuyo te lo has emplatado tú.

Sin decir nada más me voy. Busco a Álex y le pregunto. Nadie sabe nada. Las diez comidas han desaparecido.

Por suerte en *business* han sobrado seis comidas, así que se las entregamos a seis de los pasajeros. Pero aún hay cuatro que no tienen comida, de los cuales dos no van a comer y los otros dos están esperando.

Terminamos con el servicio y la sobrecargo llega al *galley* trasero.

—¿Qué ha pasado con las comidas, Valeria? ¿Por qué faltaban diez si me dijiste que estaba todo ok y que sobraba una?

—Sí, y así era, pero no sé qué ha pasado.

—Hay dos pasajeros que aún no tienen comida y van a poner una reclamación a la compañía.

—No sé, yo conté bien.

—¿Estás segura de que contaste? —pregunta Paola—. Te pasaste todo el embarque hablando con un pasajero.

—Por supuesto que conté —digo alterada.

—Ve y discúlpate con los dos pasajeros, ofréceles algo de la venta a bordo y dile que ha sido culpa tuya —ordena la sobrecarga.

—Pero es que...

—Cuando termines vienes a la parte delantera a buscarme —me interrumpe. Tras ello, se va.

Miro a Paola con odio.

Salgo del *galley* indignada y antes de ir a hablar con los pasajeros entro en el baño para desahogarme. Alguien comienza a llamar a la puerta insistentemente.

—¡¡¡Está ocupado!!! —grito.

—Soy yo —dice Álex.

Le abro y entra.

—¿Qué haces aquí? Vete, lo que me faltaba es que nos vean aquí juntos —le digo, pues está totalmente prohibido entrar dos compañeros en el baño y cerrar la puerta.

—Estoy seguro de que ha sido Paola —dice.

—¿Paola?

—Sí, ella ha tenido que esconder las comidas en alguna parte. Yo mismo te he ayudado a contarlas y estaban todas.

—Ya da igual, ahora la sobrecarga me ve como una inútil y me va a hacer un informe negativo.

Álex me abraza.

—Venga, nena. No te agobies. Por un informe no te van a echar, como mucho te puede llamar el director de la compañía para que le expliques lo sucedido. Y si eso pasara, pues así te alegras la vista.

—¿Y qué le voy a decir, que ha sido una compañera, la misma que se estaba tirando a mi novio? No puedo echarle la culpa a nadie, por muy segura que esté porque eso solo dará una imagen peor de mí.

Álex no dice nada, porque sabe que tengo razón.

—No llores, anda —trata de consolarme.

—Lloro de impotencia. ¿No ha tenido bastante con cargarse mi relación que ahora también se quiere cargar mi carrera profesional?

Seco mis lágrimas y salgo del baño. Cojo mi bolso y me retoco un poco el maquillaje. Tras ello, voy a hablar con los pasajeros.

Por suerte lo entienden y piden algunos *snacks* del catálogo de venta a bordo.

Voy a la parte delantera a hablar con la sobrecarga. Llego y me pide que me siente en el trasportín, frente a ella.

—Valeria, lo siento mucho, pero entenderás que tengo que hacerte un informe negativo, es el procedimiento. Firma aquí.

Leo el informe antes de firmarlo. Dice que no estoy capacitada aún para coordinar el servicio a bordo, pero que mi actitud es buena. También pone que no estoy al día con las circulares.

Firmo el dichoso documento y me voy. Camino rápido por el pasillo. Escucho que un pasajero me llama, pero hago como la que no le escucho. En este momento y en este estado no puedo atender a nadie.

Cuando llego al *galley* trasero veo que no hay nadie. Estoy a punto de romper a llorar, pero en vez de eso me pongo a buscar como loca las comidas. Sé que tienen que aparecer por alguna parte. Abro carros, hornos, compartimentos... No aparecen por ninguna parte. De pronto, me da por mirar en la basura.

Saco la bolsa de su compartimento metálico, y como estas son transparentes, veo todo el contenido. De pronto, me parece ver dos comidas. No me lo puedo creer. Meto la mano, con asco y cuidado, y saco una de las comidas. En ese momento llega Paola al *galley*.

Está pálida frente a mí. No dice nada.

—Vaya, parece que han aparecido las comidas —dice con la voz temblorosa y retintín.

Ese comentario me aviva la sangre y hace que saque lo peor de mí.

13

—Parece que alguna rata las ha tirado —digo con ganas de arrastrarla por los pelos por todo el avión.

—Si prestaras más atención a tu trabajo...

La sangre me hierva. Sé que esto no va a acabar bien.

—Yo presto atención a mi trabajo. Las comidas estaban todas contadas.

—Valeria, que te he visto. Te has pasado todo el embarque ligando con el pasajero ese guaperas. A ver, que yo te entiendo, ahora que tu novio te ha dejado, tendrás que buscarte algún entretenimiento.

En ese momento sale la furia que hay en mí. Cojo la comida que tengo en la mano y la estampo contra la encimera. El caldo del pollo con arroz salpica todo el *galley* y colma de lamparones su uniforme.

—Mira pedazo de zorra —alzo la voz—. He tratado de ser profesional y dejar nuestros problemas personales a un lado, pero está claro que contigo es imposible. Yo no tengo la culpa de que hayas sido la otra, porque es eso lo que has sido, la amante de mi novio —hago hincapié en estas últimas palabras.

Ella se queda con la boca abierta, no se esperaba mi reacción.

—No te voy a permitir que me hables así.

—Tú a mí no me tienes que permitir nada. Si querías encontrarme lo has conseguido, porque a mí no me pisotea nadie.

En ese momento Álex entra en el *galley*.

—Uy, pero ¿qué te ha pasado en el uniforme, Paola? Parece que vas a feria de Sevilla con esos lunares.

Álex me mira, luego mira la bandeja con el pollo y mi mano empapada en pringue. Salgo de *galley* sin decir nada y me voy directa al baño.

Me lavo las manos y trato de inspirar y espirar calmada. Necesito relajarme. Me miro al espejo y me siento orgullosa de haberle cantado las cuarenta a esa perra. Lo estaba deseando.

Al salir me encuentro con Álex.

—¿Estás bien? —pregunta con cara de circunstancia.

—Lo estaré cuando esa perra me las pague.
—Así que ha sido ella quien ha escondido las comidas. Lo sabía.
—Las había tirado a la basura.
—¿No piensas contárselo a la sobrecarga?
—¿Para qué? El informe ya está hecho y firmado por mí, además echarle las culpas a una compañera sin pruebas me dejaría en peor posición, si es que es posible.
—Tenemos que devolvérsela.
—Por supuesto que pienso devolvérsela. Algo se me ocurrirá.
—Puedes meterle una fruta en el bolso y cuando pasemos el control de aduanas que la pillen.
—¿Y qué sentido tiene eso?
—Pues que ella en la declaración pondrá que no lleva ningún alimento perecedero y al pasar el bolso por el escáner verán la fruta y la multarán, porque está prohibido introducir frutas frescas. Pero claro es una putada muy gorda, quizá —dice Álex.
—Es perfecta —digo emocionada—. Ella se lo ha buscado. Yo no le he hecho nada para que interfiera en mi trabajo así. ¿Dónde guarda ella su bolso?
—En el armario del *galley*. Yo sé cuál es su bolso porque la he visto sacar un perfume de él y echarse.
Esa bruja va a saber quién soy yo. Me dispongo a llevar a cabo mi plan. Cojo un plátano de uno de los carros de comida y, mientras Álex habla con Paola en el pasillo, busco su bolso y se lo meto en el fondo para que no lo vea.
Descubro, en una funda de piel, su licencia de vuelo. Se me ocurre rompérsela, eso sí que sería una putada, no podría volar hasta que le emitan una nueva.
Me tiembla todo.
Dudo.
Pienso.
Finalmente cierro el bolso sin romper nada y lo dejo tal y como estaba. Eso sí, con el plátano dentro.

Cuando aterrizamos en el Aeropuerto Internacional de Galeão, estoy agotada. Ha sido un vuelo intenso.

Me muero por ver la cara que pone Paola cuando la detenga en la aduana. Después del desembarque dejamos el avión y nos dirigimos a la terminal. Mientras esperamos para pasar el control de aduana, unos agentes nos

entregan el documento para declarar si llevamos alimentos en nuestros equipajes y de qué tipo. Está totalmente prohibido entrar con fruta, leche, queso, miel, carnes de cualquier tipo, entre otros.

Comienzo a ponerme nerviosa. Incluso una parte de mí se siente mal por la que se le viene encima a Paola, pero ella se lo ha buscado, por su culpa me han hecho mi primer informe negativo en la compañía. Estas son las consecuencias de meterse conmigo.

Álex y yo pasamos el control primero. Antes de poner mi bolso en la cinta para que lo escaneen reviso que no me hayan metido nada a mí. Ya no me fio de nadie.

Pasamos y nos quedamos esperando a que el resto de la tripulación pase el control. Llega el turno de Paola, quien no sospecha lo que está a punto de sucederle.

Deja su bolso sobre la cinta y pasa.

Espera, espera y espera, pero el bolso no sale de la cinta y cuando lo hace, un policía lo coge y se lo lleva a unas mesas apartadas. La llama y ella va tras él.

Desde la distancia, Álex y yo podemos ver como el policía saca el plátano de su bolso. Paola no da crédito.

Me acerco para escuchar qué hablan.

—Lo siento muchísimo, es un plátano que traigo desde casa, ni siquiera me acordaba que estaba ahí. Ha sido un vuelo muy largo agente. Por favor no me multe.

No tiene sentido que le diga al policía que ella no ha metido la fruta ahí, nadie la va a creer.

La sobrecargo se acerca y entre ambas intentan hablar con el agente, pero no hay forma. Finalmente le ponen una sanción.

—Paola, pero ¿cómo eres tan despistada? —le digo con sátira cuando pasa por mi lado.

Con la cara pálida aún del susto, me mira y en ese momento sabe que he sido yo.

—La próxima vez no deberías subestimarme —le susurro y continúo caminando junto a Álex y el resto de la tripulación.

Cuando llegamos al hotel, Álex propone salir, pero le digo que no. Necesito descansar, así que me voy a quedar en el hotel. Al final él opta por quedarse también y levantarnos temprano para pasar el día en la ciudad.

Llego a la habitación del hotel y me conecto al *wifi*, veo que tengo diez llamadas perdidas de un número que no conozco y un mensaje de texto del mismo número.

Valeria, soy Víctor, llámame en cuanto leas esto.

Es muy urgente.

Ha pasado algo.

Me asusto y me quedo clavada en el suelo. Me imagino el peor de los escenarios. ¿Le habrá pasado algo a Ana?

Me tiemblan las manos, pero consigo llamar a Víctor.

—Valeria.

—Víctor, ¿qué ha pasado? Tu mensaje me ha preocupado mucho.

—Ana...

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—Sí, sí. Ya está bien. Nos hemos llevado un buen susto, cuando te llamé el pronóstico era más delicado.

—¿El pronóstico? Pero ¿qué ha pasado?

—Nos asaltaron y Ana sufrió un impacto muy fuerte en la cabeza, perdió incluso la visión.

—¿Qué perdió la visión? —digo a gritos.

Me siento en el borde de la cama para no caerme al suelo.

—Sí, pero tranquila, ahora está mejor, puede ver y los doctores dicen que probablemente en un par de días pueda salir del hospital.

—Ay, Dios. Y yo tan lejos. —Rompo a llorar.

—Tranquila. De verdad que está bien. Quiero consultarte algo.

—Dime —digo entre sollozos.

—Quiero casarme con ella aquí. ¿Tú vendrías a la boda?

—¿Casarte con ella? Pero si apenas os acabáis de conocer —digo sin salir aún del susto por la noticia.

—El amor no se mide por el tiempo. Con los momentos que hemos compartido me basta para saber que es la mujer de mi vida y que no quiero perderla.

¡Qué bonito, por favor!

—¿Vendrías? —insiste al ver que no digo nada.

—Sí, pero yo ahora estoy en Río de Janeiro, no vuelvo a España hasta dentro de dos días.

—Vale, pues te mando un billete para que te vengas tan pronto llegues a España.

—Bueno dame un margen para ducharme, cambiar el equipaje, buscar modelito para la boda y esas cositas —digo entre risas.

—Sí, sí, ahora miro los horarios.

—¿Puedo llevar acompañante?

—Por supuesto, ¿quién es el afortunado?

—Raúl, es de la compañía. Ingeniero.

—¿Raúl? ¡Qué buena noticia! No sabía nada.

—Es que muy reciente, apenas nos estamos conociendo.

—Es un buen tío.

—¿Puedo hablar con Ana?

—Está dormida ahora mismo, pero preferiría que no hablastes con ella para que no sospeche. Quiero que todo sea una sorpresa.

—¿Me estás diciendo que ella no sabe que os vais a casar?

—Aún no. Y no puedes decirle nada.

—No doy crédito. Estás loco, ¿lo sabes?

—Tu amiga me ha vuelto loco.

—Pero ¿de verdad que está bien?

—Sí, confía en mí. Preocúpate solo por buscar un modelito para la boda.

—¿Dónde será?

—En una playa.

—Oh, qué guay, entonces buscaré algo ibicenco.

Termino de hablar con Víctor y con el susto aún en el cuerpo abro el WhatsApp. Me activo en cuanto veo los mensajes de Raúl.

Hola, princesa.

Espero que hayas tenido buen vuelo,

Escribeme en cuanto llegues al hotel, da igual la hora que sea.

Te q...

Acabo de llegar, la verdad es que ha sido un vuelo horrible.

Supongo que ya estarás dormido, allí es tarde.

Yo voy a descansar.

Te qu...

Decido completar una letra más de esa frase. Aunque solo porque mi cerebro me controla, porque mi corazón creo que ya la ha completado hace tiempo.

La habitación cuenta con una reluciente bañera. No me lo pienso y la lleno de agua caliente. Me apetece un baño. Cómo no dispongo de mis sales

favoritas decido echarle un chorreón de gel al agua para que haga un poco de espuma. En ello me encuentro cuando suena el teléfono.

Raúl me está llamado.

—Pensé que estarías dormido —digo cuando respondo a su llamada.

—Lo estaba, pero dejé el móvil en sonido para escucharlo cuando me escribieses. ¿Cómo es eso de que ha sido un vuelo horrible?

—Una larga historia.

—¿Me la quieres contar?

—No quiero aburrirte.

—Estoy deseando escucharla.

Le cuento todo de principio a fin, incluida mi pequeña gran travesura.

—¿En serio le has hecho eso?

—Sí, lo sé, sé que no está bien, pero es tenía que demostrarle a esa zorra que conmigo no se juega.

Suelta una carcajada.

—Yo pensé que eras una chica buena que ni decía palabrotas ni hacía esas cosas.

—Lo soy, pero cuando me buscan, me encuentran. En cuanto a las palabrotas, si me alteran, no te imaginas lo que puede salir por esta boquita.

—Prefiero imaginarme lo que puede entrar en ella.

—Degenerado.

—Con esa carita angelical no me esperaba este vocabulario de ti ni ese genio, pero me gusta que tengas tu carácter —confiesa.

—Créeme que lo tengo —río.

—Espero no tener que verlo.

—Entonces pórtate bien conmigo.

—¿Acaso no lo hago?

—Hasta el momento sí.

—Pues ya está.

—¿Qué tal tú por Málaga?

—Bien, nada en especial.

—A ver cuando me llevas, ¿te puedes creer que nunca he estado?

—¿No?

—No.

—Es muy bonita —dice sin más.

Su respuesta, por alguna razón, me resulta extraña. ¿Por qué no me ha dicho que estoy invitada cuando yo quiera? Siento como si quisiera evadir el tema.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Ah, es que te has quedado muy callada.

Recibo un *email* de Víctor. Pongo el móvil en Altavoz.

—Sí, estoy aquí. Espera que me acaba de llegar un *email*.

Lo abro y son dos billetes a Cancún, en primera clase, a nombre de Raúl y mío.

—No me lo puedo creer —grito.

—¿Qué sucede?

—Víctor está loco, me acaba de mandar dos billetes de avión, ¿pero cómo ha conseguido mi nombre y el tuyo? Ah, claro de la compañía. Lo que hace tener contactos...

—Pero ¿de qué hablas, Valeria? No estoy entendiendo nada.

—Pues que Víctor y Ana se van a casar en Cancún y él me acaba de enviar dos billetes, uno a tu nombre y otro al mío. Te lo acabo de reenviar.

—¿A mi nombre? —pregunta sorprendido.

—Sí, es que le he dicho que si podía llevar acompañante, ¿no quieres acompañarme?

—Sí, claro. Me encantaría. Es solo que... No sé, me dejas loco. Y... ¿no es un poco pronto para que se casen? Se acaban de conocer.

—Sí, lo mismo he pensado yo, pero él dice que está seguro de que ella es el amor de su vida. Es que por lo visto los han asaltado y yo creo que eso a él le ha hecho darse cuenta de que no quiere perderla.

—¿Les han asaltado?

—Sí.

—Madre mía, es que México tiene zonas un poco peligrosas.

—La cuestión es que el hecho de que se casen así, tiene su romanticismo, ¿no crees?

—No sé... ¿A ti te gustaría casarte?

—Supongo.

—¿Supones?

—Bueno, sí. Claro que me gustaría, pero... es complicado.

—¿Por qué?

—Porque no es fácil encontrar a alguien con quien querer compartir el resto de tu vida, no es fácil confiar en el amor después de haber pasado cinco años al lado de un hombre que ha mantenido una doble vida durante el último año de vuestra relación.

—Pero no todos los hombres son así.

—Lo sé, por eso digo que es difícil, no imposible.

—¿Y cómo te gustaría que fuese? —Curioseas.

—Pues la boda en sí me da igual, quizá le doy más importancia a la pedida. Me gustaría que fuera algo simbólico. En un lugar especial y diferente.

—Pides mucho, eh.

—Nada que no merezca —ríe.

—Eso es cierto.

Seguimos hablando un rato más y nos despedimos. Inmediatamente después de colgar el teléfono recibo un mensaje de él.

Amor, te qui...

Solo pone eso. Pero es el mensaje más bonito que he recibido nunca. ¿En qué momento hemos comenzado este juego de palabras que me tiene loca?

Me relajo y disfruto de mi baño de espuma casera.

Por la mañana, después de desayunar, Álex y yo vamos a la terminal del aeropuerto que está junto al hotel y cogemos un BRT, se trata de un autobús que nos lleva, de una forma rápida al centro, porque circula por carriles exclusivos para él.

Como en dos días no vamos a poder ver demasiadas cosas, hemos decidido ir al mirador del Cristo Redentor.

Desde donde nos deja el bus hasta la cima del monte Corcovado, cogemos un Uber. Sí, afortunadamente se puede subir en Uber.

Cuando llegamos y veo desde tan cerca esa figura que tantas veces he visto en series, películas, documentales y revistas, sonrío inconsciente. La colosal escultura de Jesucristo con los brazos extendidos es impresionante, aunque, sin duda, lo que más merece la pena del sitio son las vistas.

Contemplamos la ciudad con entusiasmo: las playas de Ipanema, la laguna, el teleférico... Hacemos fotos de todo.

—Venga deja las fotos, Álex. Vamos al Pan de Azúcar que se nos va el día.

—¿Eso que es?

—Aquel monte que ves allí —le indico con la mano.

Lo sé porque me he descargado una guía en el móvil y puedo ir viendo los lugares más emblemáticos.

Nos montamos en el teleférico. Las vistas son impresionantes, hemos tenido suerte de que el día esté tan despejado. Álex disfruta mucho de la

experiencia, yo algo menos, me angustia estar montada en este vagón flotante con casi sesenta personas más.

Me siento como en el metro de Madrid en hora punta. Lo sé, en momentos así, sale la pija que llevo dentro.

Desde los morros del Pan de Azúcar se pueden contemplar unas vistas increíbles de la bahía de Guanabara.

Comemos a eso de las cuatro de la tarde en un restaurante en Cinelandia.

Luego damos un paseo por la plaza Marechal Floriano. Me enamoro de la arquitectura del Teatro Municipal, la Cámara y de la Biblioteca Nacional.

Paseamos por las calles del centro. Buscamos la Escadaria Selarón, unas escaleras muy conocidas de azulejos de colorines, aunque los colores principales son los de la bandera de Brasil, cuenta con elementos de todo el mundo.

Junto a la escalera nos encontramos con unos arcos, que en su día fueron un acueducto, pero que según mi guía hoy se llaman Arcos de Lapa. La zona me parece poco segura, así que guardo mi móvil y le digo a Álex que sigamos con la ruta.

—No puedo más, este calor me va a matar. Necesito tomar algo —se queja Álex agotado.

Yo estoy igual que él. A pesar de que el sol está a punto de ponerse sigue haciendo mucho bochorno. Buscamos un sitio por la zona para tomar algo.

Entramos en un bar que encontramos en una calle muy bohemia. La camarera nos da a probar la típica cachaza. Se trata de una bebida alcohólica brasilera que se obtiene de la destilación de la caña de azúcar.

Probamos una. Esto es alcohol puro.

Otra. Igual de fuerte, parece tequila.

Otra más. Casi muero.

Estamos en la barra, entre risas, chistes y buen rollo, cuando dos jóvenes se acercan a nosotros.

—¡Qué buenos que están! —exclama Álex en mi oído.

Se presentan, ambos son españoles, uno de Sevilla y el otro de Barcelona. Llevan seis días aquí.

Sin saberlo, resulta que hemos acabado el día en una de las zonas más conocidas para salir de marcha por la noche.

Tras una hora y media de conversación, como los chicos parecen majos, decidimos dejarnos guiar por ellos.

Nos llevan a Sacrilegio un *pub* con gente muy maja. El sevillano me invita a una cerveza y yo a él a otra. Por como me mira y por las cosas que me dice sé lo que busca. Pero no va a pasar nada.

Vamos a Lapa 40 Graus, un lugar enorme y repleto de gente. Cuenta con tres plantas, con diferentes programaciones en cada una. Nos quedamos en una en la que solo hay mesas de billar. Yo no tengo ni idea, pero el sevillano me enseña.

—Es muy sencillo, coges el palo así y lo colocas entre tu dedo índice y el pulgar para controlar el movimiento. El brazo trasero, cuanto más atrás del palo mejor y la punta del palo, cuanto más cerca de la bola, mejor también. Siempre trata de darle al centro de la bola. Así —me explica—. ¿Ves como todas las bolas están dispersas ahora? Eso es romper bien. Ahora tú. —Me entrega el palo y lo cojo con fuerza.

Me dispongo a hacer lo que me acaba de explicar.

De pronto, él se acerca por detrás y me corrige la postura. Siento un cosquilleo por el brazo.

Un calor me recorre por dentro.

—Ahí, dale fuerte. Con potencia —indica.

Álex, a quien no se le escapa una, se aclara la garganta y a mí me da la risa floja.

—¿Queréis otra cerveza? —pregunta el catalán.

—¡Qué raro!, un catalán invitándonos a cerveza —dice Álex partiéndose de la risa.

Al chico parece que no le hace gracia la broma.

—Por mí no, estoy bien. —Trato de parecer serio y controlo mi risa.

—Vamos, la noche es joven —grita el sevillano.

Acabamos bebiendo y desfasando demasiado.

En un momento de la noche el sevillano me coge por la cintura, me pega a él y me besa el cuello.

Joder, joder, joder.

No puedo hacerle esto a Raúl.

¿Cómo se atreve este tío a tomarse semejante confianza? Es cierto que no le estoy deteniendo, pero es que no tengo fuerzas, mi cuerpo se deja llevar.

Mis manos se enredan en su pelo.

¡Céntrate, Valeria!

Está a punto de besarme.

Necesito un poco de aire fresco. Por suerte, en ese preciso instante aparece Álex y tira de mí.

—Vamos a tomar un poco el aire a la puerta —dice.

Antes de irme miro al sevillano, paso mi dedo pulgar por sus labios y le doy un corto beso.

Él se queda en *shock*.

Álex y yo salimos del local.

—¿Qué haces loca? —me grita.

—No lo sé —río.

—Hemos bebido demasiado, será mejor que regresemos al hotel, esta zona no es segura.

Nos acercamos a un taxi que hay parado frente al local y le damos la dirección del hotel.

Sin despedirnos de los dos guaperas nos montamos en el coche y acabamos cantando y agitando los brazos por la ventanilla durante todo el trayecto.

Cuando abro los ojos y miro el móvil son la tres de la tarde. Tengo un sinfín de mensaje de Raúl. Me incorporo y siento que la cabeza me va a explotar. ¡Maldito cachaza! No vuelvo a probar eso en mi vida.

Bostezo y estiro los brazos. Desbloqueo la pantalla del móvil y leo los mensajes de Raúl. De pronto, veo una foto que me deja en *shock* y un montón de emoticonos de caritas rojas de enfado.

Amplío la foto y no doy crédito a lo que veo. El sevillano y yo pegados el uno junto al otro, mis manos entrelazadas en su pelo y su boca demasiado cerca de la mía, aunque la foto está hecha desde su espalda, por lo que solo se ve parte de mi rostro, nuestras bocas no salen en la foto, pero a juzgar por las apariencias pareciera que nos estamos pegando el lote del siglo.

Comienzo a leer los mensajes y el cuerpo se me descompone.

¿Qué narices significa esto?

Su mensaje solo dice eso, el resto son caras de enfado.

Pero ¿cómo ha llegado esa foto a Raúl? ¿Quién me ha hecho la foto?

Lo llamo de inmediato. Responde al primer tono.

—Raúl, esa foto no es lo que parece.

—Ah, ¿no? Entonces qué es porque yo lo veo muy claro.

—¿Quién te la ha enviado?

—Eso es lo de menos.

—No, claro que no es lo de menos, ¿Quién ha sido?

—No lo sé, ni me interesa. No te desvíes, me puedes explicar qué cojones hacías anoche con ese tío —dice muy enfadado—. ¿Te lo has follado?

—¿Cómo? Claro que no.

—No te hagas la inocente conmigo.

—No me estoy haciendo la inocente, te estoy diciendo que no pasó nada.

—¿No lo besaste?

—Bueno... besar... besar...

—¡Joder, Valeria! En el primer puto vuelo sin mí y ya te estás comiendo la boca con otro. Por esto mismo no quería involucrarme con nadie de aviación. Sois todas iguales.

—A mí no me compares, yo no soy igual que nadie. ¡No le comí la boca! Antes de irme le di un corto beso, un pico sin importancia, como el que le puedo dar a mi amigo Álex.

—¿Me estás queriendo decir que ese tipo era gay? Porque por la forma de agarrarte cualquiera lo diría... —grita furioso al otro lado del teléfono.

—No, no era gay, pero nos lo pasamos muy bien los cuatro junto y antes de irme al hotel le di un pico en los labios. Además te recuerdo que soy una mujer libre.

—Ya veo.

—Por favor, Raúl, créeme no es lo que parece.

—Yo creo que la foto habla por sí sola, pero ya da igual lo que parezca, tú misma acabas de decírmelo todo. Eres una mujer libre y entre nosotros no hay nada. Me ha quedado claro.

El corazón se me contrae y siento que me falta el aire.

—No, no he querido decir eso...

—Pues lo has dicho —interrumpe.

—Tienes que escucharme, no me estoy explicando bien, Raúl. Yo te...

—Pensé que tú eras diferente a las demás, ya veo que me equivoqué, eres igual de mentirosa.

—¿Cómo me puedes decir esto después de todo? ¡Eres muy cruel! Esto no es lo que parece, no te he mentado, es más pensaba contártelo, porque fue una tontería, ¿me oyes? Una tontería —grito.

—No tenemos más nada que hablar, ya está todo dicho.

—¿Me vas a dejar así? ¿Entonces, se acabó?

—Sí.

—¿Ya no vas a venir conmigo a la boda de mi amiga?

—No. Adiós, Valeria.

Tres pitidos cortos me confirman que me ha colgado. ¡No me lo puedo creer! ¿Se acabó? ¿Así, sin más? ¿Por un simple pico?

Dolorida por lo que acaba de suceder y casi sin respiración me tiro en la cama y rompo a llorar.

Me desespero, ¿tan grave es lo que he hecho? Pero ¿llamarme mentirosa? Eso ha estado muy feo, yo puedo ser cualquier cosa menos eso.

Entre lágrimas cojo el móvil y vuelvo a mirar la foto, no puedo creer que alguien me haya tomado una foto en este preciso instante y que parezca lo que

parece.

Un sinfín de preguntas rondan por mi mente. Lloro sin consuelo y cuando me tranquilizo voy al baño me lavo la cara, me peino un poco y llamo a Álex. Quedo con él en el *lobby*.

Tomamos asiento en la cafetería del hotel y le cuento lo sucedido, él no da crédito.

—Yo puedo hablar con él para confirmarle que no ha pasado nada — asegura Álex.

—No servirá de nada, ya se lo he confirmado yo.

—Tendrías que haber omitido lo del pico.

—Ya, pero eso sería mentirle y no tengo por qué hacerlo. Fue un beso insignificante.

—Lo sé, pero es que esa foto habla por sí sola y si encima tú le confirmas que os disteis un pico, él pensará que te enrollaste con el tío ese. Debe estar muy enfadado.

—Lo está. ¿Qué voy a hacer ahora? Encima me toca irme sola a Cancún.

—¿A Cancún?

—Sí, Ana se casa.

—¿Cómo que Ana se casa? ¿Con quién?

—Con Víctor.

—¿¿¿¿¿Con el comandante!!!???

—Sí, pero no vayas a decir nada aún, por favor. No lo sabe ni ella.

—Hija de puta, esa sí que se lo ha montado bien. Menudo partidazo se lleva —dice entre risas.

—Pues sí. —Apoyo la cabeza sobre mis manos y suspiro.

—Venga, Valeria. ¡Anímate! Ya verás que Raúl acaba entrando en razón.

Como puedo paso el resto del día. No bajamos a la ciudad, Álex insiste en quedarse conmigo en el hotel. Así que nos vamos un rato gym y luego al *spa* y así se nos pasa la tarde.

Por la noche cenamos en el bufet, aunque yo apenas como, he perdido el apetito.

Cuando me acuesto en la cama miro el móvil una y otra vez, no puedo dejar de pensar en Raúl y en lo mucho que lo necesito. No quiero que esto se termine.

Me arriesgo a enviarle un mensaje.

Te quie...

Quiero que sepa que sigo completando nuestra frase, que sigo queriendo construir algo grande junto a él.

Solo espero que pueda perdonarme.

Al día siguiente por la mañana me toca volar. El vuelo de regreso a Madrid se me hace eterno. Al menos las tres primeras horas.

Cuando terminamos con el primer servicio nos ponemos a charlar en el *galley*. Paola y otras compañeras comentan lo bien que se lo han pasado estos dos días en Río de Janeiro y las muchas fotos que han hecho. Yo me limito a forzar una sonrisa sin prestar mucha atención a lo que dicen, hasta que Paola se dirige a mí.

—¿Has visto que bien se me da la fotografía, Valeria? —dice sarcástica.

¡No puede ser!

Ahora lo entiendo todo, pero ¿qué demonios hacía ella en ese bar? ¡Será zorra!

Estoy a punto de matarla, pero es amiga de media tripulación, todos los compañeros se me echarían encima. Sin decir nada me voy del *galley* y busco a Álex.

—Álex, no te lo vas a creer.

—¡Cálmate! ¿Qué ha pasado? —pregunta al verme tan inquieta.

—Ya sé quién le ha enviado la foto a Raúl.

—¿Quién?

—Paola.

—¿Paola?

—Sí, la muy zorra acaba de tirarme una indirecta muy directa en el *galley*.

—¿Qué ha dicho?

—¿Has visto que bien se me da la fotografía, Valeria? —La imito con burla.

Álex se mea de risa.

—No me hace gracia. ¿Qué coño hacía esa zorra allí? ¿Me estaba siguiendo?

—A ver, Valeria, en el centro tampoco es que hubiesen muchos bares y los turistas van todos al mismo sitio, a los que recomiendan las guías. Estaría allí de casualidad. No creo que te estuviese siguiendo.

—¿Y cómo ha conseguido el teléfono de Raúl?

—Vamos, en esta compañía todos tienen el teléfono de todos, eso no tiene ningún misterio.

—Hija de puta, me la ha devuelto, pero bien, la muy...

—Dos a uno.

—¿Qué?

—La pelea de gallos, que va dos a uno.

—Esto no se va a quedar así, te juro que se va a arrepentir. Le voy a romper la licencia de vuelo.

—¿En serio? Eso es *too much*.

—Me da lo mismo. Es la segunda historia de amor que me arruina. La primera podría entenderlo porque no sabía nada, pero esta ha sido premeditada.

—Tienes razón. Pues se la vamos a devolver.

—No, no quiero que tú tengas nada que ver en esto. Yo sola me voy a encargar de todo.

—¿Y si te pillan?

—Tranquilo, no me va a pillar.

Camino a paso ligero por la cabina con la esperanza de que ningún pasajero me detenga, pero no corro con esa suerte.

—Dígame, señora —le pregunto a la pasajera que se acaba de tomar el atrevimiento de cogerme del brazo.

—Podría traerme un poco de agua.

—Sí, ahora mismo. Pero si quiere también puede ir usted al *galley* a pedirla, así se pasea y estira las piernas que le vendrá bien en un vuelo tan largo.

—¿A dónde?

—Al *galley*, señora. Allí al final del avión, dónde trabajamos —le señalo con la mano.

—Ah, vale.

Voy a por el vaso de agua y se lo llevo. Tras ello, regreso al *galley* y escucho a Paola hablando con una compañera.

Aprovecho que está distraída y buscar su bolso en el armario. No lo encuentro por ningún sitio. La muy perra ha debido guardarlo en otro sitio.

De pronto me percato que están hablando de Sergio y dejo mi cometido. Pongo la oreja para escuchar lo que dicen.

—Estoy bien —asegura Paola.

—Pero esos mareos son peligrosos, deberías ir al médico —dice la compañera.

—Estos mareos son normales, al igual que las náuseas. Estoy embarazada —afirma Paola.

No me puedo creer lo que estoy escuchando. Trato de acercarme más para enterarme de la conversación con mayor claridad, pero sin que me vean.

—¿Por qué lo dices con esa cara?

—Porque no me apetece ser madre soltera.

—¿Y el padre?

—El padre es un cabrón.

—¿Te ha dejado sola?

—No, lo he dejado yo.

—¿Por qué?

—Porque me engañaba con otra.

¿Perdona? A la que me engañaba con otra, era a mí.

—Menudo capullo, y ¿cómo ha reaccionado cuando le has dicho que estás embarazada?

—No se lo he dicho, ni se lo voy a decir. Para él he sido solo su amante. Buscaré la forma de sacar adelante a mi hijo sola —dice entre lágrimas.

—Tranquila, Paola.

En ese momento me doy cuenta de que ambas estamos en la misma situación, ambas hemos sido víctimas de un engaño, pero si en algo está equivocada es que Sergio no es un mal hombre. Habrá podido cometer errores, pero merece saber que va a ser padre, yo sé cuánta ilusión le haría.

Como mujer que soy no puedo permitir que Paola cometa ese error, a pesar de ser una zorra y haberme puteado tengo que hablar con ella de mujer a mujer, sin rencores.

—Nos dejas un momento a solas —le digo a la compañera cuando entre en el *galley*.

Paola me mira extrañada.

—No tengo nada que hablar contigo —dice mientras se seca las lágrimas.

—Yo creo que sí. Por favor, déjanos solas —le digo de nuevo a la compañera con una mirada desafiante.

—No es buen momento, Valeria.

—He escuchado todo lo que habéis hablado.

Su rostro se torna pálido.

—No tienes derecho a meterte en esto. Por favor te pido que no le digas nada a Sergio.

—Tengo derecho a hacer lo que me dé la gana, pero tranquila, no voy a decirle nada si no quieres, pero creo que te equivocas.

—No necesito tu...

—¡Escucha! Te voy a decir una cosa, Sergio puede ser un cabrón que nos ha engañado a las dos, un cobarde por mentirnos, puede ser todo lo que tú quieras, pero jamás sería un mal padre. He compartido cinco años con él y sé

la ilusión que le haría esta noticia. Además, aunque me dé rabia admitirlo, su único error fue enamorarse de ti.

—Él nunca ha estado enamorado de mí, me ha mentido.

—Nos ha mentido a las dos, porque es un puto cobarde, pero me consta que él está enamorado de ti, lo vi en sus ojos el día que me dejó y me habló de vosotros.

—¿Te habló de nosotros?

—Sí, me pidió perdón por todo el daño que me había hecho y me confesó que se enamoró de ti, que nunca fue su intención, pero que en el corazón no se manda. Así que piensa muy bien lo que vas a hacer, porque puedo ver que tú también lo amas. Si tu corazón te pide estar con él no reniegues de eso, porque te arrepentirás. Quizá este hijo sea la oportunidad perfecta para empezar de cero.

—¿Me estás diciendo que vuelva con él?

—Te estoy diciendo que te dejes llevar por lo que tu corazón te diga y que Sergio merece saber que va a ser padre.

—¿Por qué haces esto después de lo que te he hecho?

—Porque soy mujer, y porque también quiero a Sergio y sé perdonar. Aparte, ambas nos hemos hecho cosas feas.

Sus ojos derraman dos lagrimones.

—Lo del plátano estuvo bien, eh —dice entre lágrimas y risas.

—Lo de la foto ha estado mejor, aunque te juro que no pasó nada con ese tío. Me fui al hotel.

—Lo sé. Eres una gran persona, Valeria, siento mucho haberte juzgado y haber comenzado esta guerra absurda. No me puse en tu situación.

—Chicas corred, que una pasajera se ha desmallado —dice Álex nervioso.

—Pregunta por el interfono si hay un médico a bordo —le digo.

Paola va corriendo hacia donde se encuentra la pasajera. Yo voy tras ella y despejo la zona.

—Por favor, siéntense —le indico al pasaje que se ha amontonado en el pasillo.

Pregunto por algún familiar, pero al parecer la señora viaja sola.

Paola sigue todos los protocolos con soltura y sin perder la calma. La ayudo en todo lo que me dice.

Al momento llega el médico y solicita el botiquín, Paola ya ha avisado a otra compañera para que lo traigan.

Cuando llega el botiquín la señora, poco a poco, recobra el conocimiento sin necesidad de ningún tipo de maniobra.

Al parecer, según comenta el doctor, ha sufrido un síncope.

Después del susto, todo se tranquiliza. La sobrecarga le da la enhorabuena a Paola y esta dice que yo he gestionado muy bien la situación. Al final, nos hace un informe positivo a ambas.

Cuando llego al aeropuerto de Madrid me despido de Álex, quedamos en vernos a mi regreso de Cancún.

Cojo un Uber y me voy directa a casa. No puedo pensar en otra cosa que no sean en Raúl. Quisiera ir a su casa a buscarlo, explicarle lo que realmente ha sucedido, pero no tendría ningún sentido. Está claro que no quiere verme. Además, no tengo mucho tiempo y no puedo permitirme perder el vuelo a Cancún si no estoy en la boda de mi amiga, me mata.

Llego a casa, me ducho, me lavo el pelo y cambio de maleta y de equipaje.

Me pongo un vestido cómodo y me maquillo lo justo para disimular el cansancio.

Cuando termino, me miro al espejo y sí, aparentemente luzco radiante, pero por dentro estoy destrozada.

Estoy frustrada, no debí decirle a Raúl que le di un pico a ese chico, tendría que haber desmentido todo lo que esa foto afirmaba. ¿Cómo soy tan estúpida?

Quiero llamar a Raúl, pedirle que por favor me acompañe a Cancún que utilicemos este viaje para pensar mejor las cosas, pero no me serviría de nada.

Cojo la maleta y antes de salir de casa llega mi madre con mi padre. ¡Qué raro verlos juntos!

—¿Te vas otra vez, cariño? —pregunta mi padre al verme con la maleta.

—Sí, voy a Cancún a la boda de Ana.

—¿Esa pobretona se casa en Cancún? —dice mi madre con la boca abierta.

—No la llames así. Y sí, se casa en Cancún con un comandante de la compañía.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Esa sí que sabe, a ver tú si le echas el ojo a alguno.

—Yo estoy bien así —respondo, mientras me dispongo a salir.

—Ten cuidado hija, escíbeme cuando llegues —me ruega mi padre.

Les doy dos besos y me voy.

Llego al aeropuerto, que parece haberse convertido en mi segunda casa, y me dirijo a la terminal. Decido pasar el control de tripulantes para no tener que esperar la cola y para poder pasar con todos los líquidos que llevo. Sí, a nosotras, según en qué aeropuertos, nos permiten llevar el perfume grande, las cremas, etc. Alguna ventaja tendríamos que tener, digo yo.

Me acerco a la puerta de embarque y veo que he llegado justo a tiempo, pues los pasajeros ya están entrando.

Al llegar al avión busco mi asiento en primera clase, me ha tocado ventanilla, qué suerte.

De pronto, veo que junto a mi asiento hay un señor sentado. No me puedo creer que Raúl haya cancelado el vuelo y se lo hayan asignado a otro pasajero, si lo sé no le envío los billetes.

Me dispongo a pedirle permiso para pasar, cuando su olor me embriaga. Se gira y me mira.

¡No puede ser! ¡Ha venido!

Dios, pero qué guapo está. Me muero por abrazarlo. Quiero gritar de alegría, pero me controlo.

Durante unos segundos nos miramos sin decir nada.

—¿Desea pasar? —me pregunta mirándome a los ojos.

Me excito al ver esos melados ojos. Tiene la mandíbula tensa y sé que está conteniéndose. ¡Oh, Dios! Ese gesto suyo tan serio me vuelve loca.

—Si es usted tan amable... —digo siguiéndole la corriente.

Se incorpora y queda frente a mí. Su altura me impone tanto..., sí, y también me pone. Me muero por abalanzarme sobre él, pero debo ser precavida. El hecho de que Raúl haya venido ya es un gran avance, así que iré con calma. Si él quiere jugar a este juego de desconocidos, jugaremos. Lo que él desee.

—Gracias —digo con una sonrisa pícara cuando paso por delante de él para sentarme en mi asiento. Eso sí, paso refregando mi culo por su miembro.

Me mira.

Me sigue mirando.

Podría al menos fingir que no le da asco mirarme.

Estamos sentados el uno junto al otro, pero siento cómo un millón de kilómetros nos separaran. Parece como si le molestara tenerme al lado y supongo que es así. He debido hacerle mucho daño con ese estúpido beso, pero no es lo que piensa; no sucedió como él cree.

Estoy tan cansada del vuelo anterior, que después de que la azafata nos sirva la cena me quedo dormida.

Cuando me despierto, una hora antes de aterrizar, Raúl tiene sus ojos clavados en mí. Lo que siento por él es tan fuerte que no puedo controlarme. Lo necesito.

—Gracias por haber venido —le digo aún tumbada en mi asiento convertido en cama.

—Necesitaba verte —confiesa.

—Pensé que no querías volver a verme.

—Y no quería, pero recibí una llamada que me hizo cambiar de parecer.

—¿Una llamada? —pregunto extrañada mientras me incorporo.

—Sí. Me llamó Paola y me pidió perdón. Me explicó que tomó la foto estratégicamente, que te fuiste al hotel con Álex y que no pasó nada entre ese tipo y tú, que ella solo quería hacerte daño por lo del plátano.

—Te dije que no había pasado nada y no me creíste.

—Eso no cambia el hecho de que besaras a ese tío, Valeria.

—Pero...

—Da igual, no quiero seguir hablando de eso.

Bajamos del avión y caminamos juntos y en silencio hasta la terminal. Al salir un señor nos espera con un cartel en el que aparecen nuestros nombres: «Raúl y Valeria» qué bonitos se ven así unidos.

El hombre nos guía hasta su vehículo. El trayecto lo hacemos en el más absoluto mutismo. El habitáculo se me hace demasiado pequeño y el aire comienza a faltarme en los pulmones. Las ganas de llorar aparecen de nuevo

y trago varias veces para hacerlas desaparecer. Me duele tenerlo sentado a un palmo y no poder acariciarlo.

El coche, poco más de media hora después, se detiene frente a un pequeño puerto. Subimos a una preciosa lancha, no demasiado grande, que nos lleva hasta la isla donde va a celebrarse la boda. El complejo, que ocupa todo el islote, convierte la zona natural en un lugar de cuento donde pasar unos días inolvidables. Y así sería si no llevara mi corazón roto en mil pedazos.

Cuando la lancha se detiene en el embarcadero y me dispongo a salir y pisar tierra firme, Raúl me tiende su mano para ayudarme y, tras pensarlo durante un segundo, me agarro a él y un millón de mariposas revolotean en mi estómago. Sé que él también lo siente porque su rostro cambia y traga con dificultad, pero pronto se recompone y vuelve a alejarse.

Un botones lleva las maletas hasta la recepción y hacemos el *check in*. Tenemos una habitación reservada y Raúl intenta hacer un cambio para que podamos hospedarnos en dos diferentes.

—Lo siento, señor, el hotel está completo.

—Seguro que puede hacer algo al respecto. No importa el precio —insiste.

No me puedo creer que de verdad esté intentado reservar otra habitación solo para no dormir conmigo. Quiero pensar que solo me está poniendo a prueba.

—Todas las habitaciones están ocupadas. Si lo desea, puedo buscarle un alojamiento en otra isla.

Se lo piensa y el tiempo que tarda en hacerlo es como un puñal que se me clava en el pecho. Está claro que no quiere pasar la noche conmigo.

Refunfuña, suspira y acepta.

—Está bien. No se preocupe.

Caminamos hasta el ala norte del hotel, donde se encuentran las *suites* de lujo.

Raúl abre la puerta de la habitación y me pide, sin hablar, que pase yo primero. Es una *suite* junior elegante y hermosa. Un pequeño *hall* nos lleva a una gran sala con una cama con dosel King Size, de madera y cortinas blancas. Todo muy minimalista pero sin que le falte ningún detalle. Junto al gran ventanal que da a la terraza hay una mesa con dos sillas, y sobre esta, una bandeja cargada con frutas y una cubitera con una botella de champán.

—Esto es... —musito, en medio de la habitación, completamente hipnotizada con la estancia.

—Yo dormiré en el sofá —dice Raúl con voz seca y cortante.

Suspiro y cierro los ojos sin que me vea. Giro para frente a él.

—La cama es muy grande. —Y no exagero. Debe tener dos metros.

—Dormiré en el sofá —repite, y se pierde en el baño.

Alguien llama a la puerta, voy a abrir y hago pasar al botones con nuestras maletas. Le pido que las deje junto al vestidor y me dispongo a deshacer el equipaje mientras Raúl sigue escondido en el aseo. Escucho el agua caer y doy por hecho que se está dando una ducha. Preparo mi vestido y lo cuelgo para quitarle las pocas arrugas que haya podido coger.

He elegido un vestido de manga corta con falda de vuelo por encima de la rodilla, con malla y encaje, y espalda abierta con nudo. En color blanco, por supuesto, en este tipo de celebraciones todos van de blanco. Espero haber acertado.

Raúl sale con una toalla alrededor de su cintura y no puedo evitar quedarme embobada en su escultural cuerpo. Con otra toalla más pequeña se seca el pelo, agitándolo. Las gotas de agua caen por su hombro y resbalan por su morena piel. Agarro mi vestido y soy yo la que ahora se esconde en el baño. Tardo una hora en arreglarme, maquillarme y peinarme. Cuando vuelvo a la habitación, Raúl me espera con unos pantalones blancos y una camisa blanca que le quedan de infarto. Su mirada repasa todo mi cuerpo de arriba abajo y termina en mis ojos, en los que se clava sin pudor.

Carraspea.

—¿Estás lista?

—Solo... Solo necesito... ¿Podrías ayudarme con el nudo del vestido? —
Le enseño mi espalda y él se acerca a mí. Noto sus dedos sobre mi piel y me estremezco.

Da un paso hacia atrás y me pregunta si nos vamos.

Asiento y cojo mi pequeña cartera de mano con el teléfono móvil y una barra de labios.

La boda se celebra en la playa, sobre una arena blanca y fina, y con el mar azul de fondo. En medio del lugar elegido, una jaima blanca con acabado en punta y telas blancas que se mueven con la brisa como si de un baile se tratara. En fila, varias sillas adornadas con flores del mismo color. Se trata de una celebración íntima y exclusiva, por lo que solo hay unos cuantos invitados. Raúl y yo tomamos asiento en la primera fila, junto a la hermana de Víctor, y esperamos a que los que pronto se convertirán en marido y mujer hagan acto de presencia.

Unos minutos más tarde, los vemos aparecer de lejos y me emociono al ver a Ana tan feliz. Sus ojos brillan y las lágrimas caen por sus mejillas; pero son de felicidad. Lo sé porque su sonrisa no abandona su rostro.

Ambos caminan descalzos por la alfombra blanca cubierta de pétalos de rosas hasta llegar al altar de la ceremonia donde me amiga pronuncia el tan esperado «Sí, quiero».

Tras unas emotivas palabras se besan y él la agarra de la cintura como si fuera a escapar, pero algo me dice que pasarán juntos la eternidad.

Yo quiero algo así también.

Tras la ceremonia, nos disponemos a celebrar el enlace por todo lo alto y por fin puedo acercarme a saludar a Ana.

—Dios, estás espectacular, amiga —digo mientras le doy un fuerte abrazo.

—¡No puedo creer que esto esté pasando! —dice sobrecogida de la emoción.

—Necesito que me cuentes qué ha pasado para que Víctor tome esta decisión. Ha sido todo tan rápido.

—¿Rápido? Yo acabo de enterarme hace unas horas que me caso.

Mi amiga irradia felicidad por cada poro de su piel.

—Tienes que contarme todo.

—Sí, sí, tenemos todo el día. ¡Qué ilusión que estés aquí! Gracias por venir.

—No podía perderme esto por nada del mundo, es la boda más bonita a la que jamás he asistido.

—Es una boda íntima, tú sabes que yo no tengo familia y tampoco muchas amigas que puedan dejar sus trabajos para venirse unos días a Cancún.

—Bueno lo importante en este día sois tú y Víctor.

El marido de mi amiga llega, le roba un beso y se la lleva a la mesa principal.

Raúl y yo, sentados en la misma mesa, no cruzamos una palabra. Por fortuna, los demás comensales, amigos y familiares de Víctor, conversan con nosotros sin percatarse de la situación. A algunos los conozco de vista, son comandantes y pilotos, a otros no.

Las mujeres de los comandantes no suelen ser muy simpáticas con las azafatas, menos aún con las jóvenes y nuevas como yo. Nos ven como una amenaza.

—¿Habéis visto como va vestida la novia? Como les gusta a las azafatas insinuar, luego dicen que nuestros maridos son infieles —dice una de las mujeres a otra, sin saber que soy íntima amiga de la novia.

Estoy a punto de decirle algo, pero su marido le da un codazo y ella se calla.

Uno de los presentes en la mesa propone un brindis por la felicidad de los recién casados.

Nos incorporamos para brindar y antes de sentarnos, la mujer de otro comandante propone otro brindis.

—Porque duren al menos un par de años. —Ríe.

Brindo a disgusto y tomo asiento de nuevo.

—Me parece una boda demasiado precipitada, ¿quién se casa a los dos meses de conocerse? —le dice una a la otra.

—Dos personas que se han enamorado —digo desde el otro lado de la mesa. Ambas mujeres me miran—. Juzgar los tiempos en los que otros viven el amor, solo denota la triste vida amorosa que esa persona ha tenido.

Tras decir lo que pienso al respecto, me quedo muy a gusto. Soy partidaria de que cada uno tiene derecho a casarse con quien le apetezca y cuando le apetezca sin juzgar la edad o el tiempo de relación, lo importante es que ambos miembros de la pareja sientan la química que se necesita para tomar la decisión de unir su vida a la de otra persona.

Ambas mujeres se quedan con la boca abierta, pero antes de que me respondan y se forme un revuelo en la mesa, uno de los chicos me invita a bailar. Cansada de que Raúl me ignore, acepto. Total, ahora mismo él y yo no tenemos nada y, aunque lo único que deseo es arreglar las cosas con él, un baile no me sentará nada mal.

Suena Goo Goo Dolls de Iris.

—¿Sales con tu acompañante? —me pregunta Javier, con sus manos alrededor de mi cintura.

—No te entiendo.

—Ese hombre que está sentado a tu lado y que ni siquiera te mira. ¿Es tu novio?

—Es... complicado.

—Todas las historias son complicadas. Sería un poco aburrido si no fuera así.

—¿Te importa que hablemos de otra cosa?

—Podemos no hablar si lo prefieres.

Prefiero hablar y olvidarme de Raúl durante unos minutos.

—¿Eres amigo del novio o de la novia? —pregunto.
—Del novio. Estudiamos juntos. ¿Y tú?
—De la novia. Víctor tiene mucha suerte.
—Tu acompañante también —afirma con una sonrisa.
—He dicho que no... —Me dispongo a recordarle que no quiero hablar de él, pero Javier me corta.
—Nos está mirando. No le ha sentado bien que salgas a bailar conmigo.
—Me pega más a él y me susurra al oído—. Ríe, ríe como si te estuviera diciendo algo muy divertido.

Le hago caso y sonrío, aunque lo único que se me antoja en este momento es llorar. Escucho la letra de la canción y me siento tan identificada...

You're the closest to heaven that I'll ever be

Es curioso que a pesar de lo alto que vuelo cada día, Raúl es lo más cerca al cielo que jamás estaré.

—Está a punto de saltar sobre mí y darme un puñetazo —informa.

—Oh... Si quieres... —Me aparto unos milímetros porque no deseo que el idiota de Raúl le pegue, pero él me detiene y sigue con el juego.

—No, no. No te vayas. Es divertido. Si sigue apretando la mandíbula, va a partirse los dientes.

Nos reímos, sin embargo, tras unos instantes, borro la sonrisa y le explico mi vida a un desconocido.

—Fui yo. Fui yo la que lo decepcionó y ahora... Ahora ya no me quiere.

—Valeria. Eso es imposible. Ese hombre te mira como solo se mira a alguien que se ama.

—¿Eso crees?

—Estoy seguro.

La canción termina y regresamos a la mesa. Raúl no me quita la vista de encima. Me pide que lo acompañe un momento y lo sigo hasta un lugar apartado de la playa. Antes de irme, Javier me guiña un ojo. Me ha caído bien.

Nos detenemos tras unas palmeras, el sol casi se ha escondido por completo. La suave brisa veraniega acaricia mi espalda semidesnuda y un escalofrío me recorre entera cuando Raúl da un paso y se acerca demasiado a mí.

—¿Qué hacías? —pregunta directo.

—No... No te entiendo.

—¿Tratabas de darme celos bailando con ese hombre? —Vuelve a acortar la distancia que nos separa—. Porque lo has conseguido —susurra.

Levanta la mano y pasa sus dedos por mi mentón. Estoy paralizada por el deseo.

—Pero... —Sigue—. No es suficiente. Ni los celos consiguen que me olvide de ese maldito momento. Tus labios sobre los suyos...

—Raúl, yo... Ya te he explicado que...

—¿Sabes qué? —me interrumpe—. Que esta noche, durante unas horas, voy a olvidarme de que tus labios besaron los de ese tío mientras yo esperaba por ti.

Rodea mi cuello con su mano y me lleva hasta él. Mi boca encuentra la suya dispuesta. Nuestras lenguas se enredan y mi suspiro se apaga entre los dientes.

Me empuja hacia atrás y mi espalda da contra el tronco de una palmera. Mis manos van hasta su sedoso cabello y tiran de él. Raúl también jadea y me manosea el culo. Agarra mi vestido y lo levanta mientras le beso el cuello y lamo sus labios.

Se desabrocha el pantalón con un ágil movimiento, me rompe el tanga y, dirigiendo su erección hasta la entrada de mi vagina, me penetra de un rápido y certero movimiento. Grito sin poder contenerme y me siento llena.

Solo él saber hacérmelo como a mí me gusta.

Él me completa.

Se hunde en mí una y otra vez.

Jadeo.

—Te quiero —confieso entre gemidos y me sorprendo con la facilidad y naturalidad con la que estas palabras salen de mí boca completando ese juego de letras que yo misma comencé.

Él no dice nada con palabras, aunque su mirada y la forma en que me besa me devuelven el te quiero.

Tras unos minutos de eterno placer, nos corremos casi a la vez. Él termina con dos fuertes estocadas y sus fluidos se mezclan con los míos.

El resto del día lo pasamos bien. Cuando los invitados se van, Ana, Víctor, Raúl y yo, que para entonces ya estamos borrachos, acabamos bañándonos desnudos en la playa.

Pasamos dos días increíbles en Cancún. Dos días en los que Ana me cuenta su perfecta historia de amor con Víctor, dos días en los que me reconcilio con Raúl, dos días de risas, de sexo, de alcohol, de felicidad...

Llegamos a Madrid agotados. Raúl me pide que me quede en su casa esta noche y no lo dudo ni un segundo.

Cuando llegamos a su apartamento me siento en el sofá, casi sin fuerzas.

Raúl se agacha frente a mí y me quita los zapatos sin apartar la vista de mis ojos.

—Eres preciosa —su voz me relaja y a la vez me excita.

Desliza su mano derecha por mi pierna. Ascende por mi muslo y llega a mi entrepierna.

Me arranca el tanga negro de un tirón. Es el segundo que me rompe esta semana.

Ardor.

Agitación.

—Raúl —me quejo.

—Te compraré todos los que quieras —susurra mientras masajea mi sexo con sus dedos.

Me deja sin aliento.

Se incorpora, se sienta en el sofá y tira de mí hacia sí sentándome a horcajadas sobre él.

Él sigue completamente vestido. Se saca la polla y la coloca en mi entrada. Se adentra en mí sin esfuerzo. Siento como llega hasta lo más profundo de mi ser.

Me muevo y gimo sin poder contenerme. Una oleada de placer me recorre por dentro.

Me desabrocha el sujetador y comienza a masajearme los pechos.

—No quiero que te los operes, me vuelven loco así —dice con voz ronca y sensual sin dejar de tocarlos.

Eso me excita y me hace sentir cómoda.

Agarra fuerte mis caderas y comienza a embestirme sin piedad.

Me da un par de azotes y mi cuerpo se tensa.

—Córrete, no me esperes —su orden me libera de esta contención.

Me dejo llevar. Besa mi cuello y siento sus jadeos. Todo da vueltas a mi alrededor, un calor intenso me recorre por dentro.

Sigue entrando y saliendo con fuerza, llegando hasta lo más profundo. Mi boca busca desesperadamente la suya.

Exploto en un intenso orgasmo, Raúl se corre dentro de mí.

Caigo rendida sobre el sofá.

—Ha sido rápido —afirmo con una media sonrisa pícaro.

—Pero intenso —sonríe y se tumba junto a mí.

Ambos estamos agotados del viaje.

Por la mañana, después de desayunar, me voy a su habitación para ducharme y arreglarme. Opto por una camiseta básica y unos vaqueros. Encima me pongo una chaqueta de piel con corte Slim de Tommy Hilfiger y me calzo mis zapatos de tacón leigh 95 de Stuart Weitzman en color rojo pasión.

Mientras Raúl termina de ducharse doy un paseo por la casa, tengo curiosidad por saber qué hay detrás de esa puerta que siempre permanece cerrada. ¿Será algún tipo de sala de juego erótico? De ser así me molestaría que no se hubiese atrevido a contármelo después de todo este tiempo.

Aprovecho que el agua de la ducha sigue corriendo para abrir la puerta y ver qué hay tras ella.

Me sorprendo al ver una habitación de juego, hay juguetes por todas partes. No, pero no esos juguetes que esperaba encontrar. Se trata de juguetes de niño o de niña, lo mismo es.

La pared está pintada en color rosa, la cama tiene una colcha blanca con nubes y el dibujo de una bailarina. En la pared hay un marco multifotos con fotografías de Raúl y una niña.

Me acerco al escritorio y veo un folio con un dibujo de garabatos, en él aparece una niña y, junto a ella, un hombre y una mujer. Al lado de cada uno pone «papá» y «mamá» respectivamente.

No puedo creerlo. ¿Raúl tiene una hija? Pero por qué no me ha dicho nada. No sé qué me duele o que me molesta más, si el hecho de que me haya mentido, el hecho de que no sea el hombre que creía o el hecho de que, en efecto, tenga una hija.

No sé por qué se me viene a la mente la imagen de Sergio con Paola, juntos, felices teniendo su primer hijo. Es como si toda la magia se

desvaneciera.

En ese momento siento la presencia de Raúl cerca. Su olor, su respiración agitada, incluso su corazón palpitante.

Me giro y ahí está, apoyado sobre el marco de la puerta, pálido y sin saber qué decir.

Yo tampoco sé qué decir, en este momento solo quiero salir de aquí. Me siento engañada.

—¿Tienes una hija? —consigo decir al fin.

—Sí, tiene siete añitos. Pensaba contártelo.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—No sabía cómo hacerlo, te juro que he pensado mil formas de decírtelo, pero...

—Pero era más fácil mentirme, ¿no? ¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza? Enfadarte conmigo por un simple beso, por una foto que era mentira cuando tú me has estado ocultado durante todo este tiempo algo tan serio como que tienes una hija.

—Lo siento de verdad. Entiendo que para ti sea un impedimento.

—¿Qué impedimento? No se trata de eso, se trata de que me has mentido, lo único que te pedí que nunca hicieras. No puedo confiar en nadie, sois todos unos mentirosos —grito alterada.

—Perdóname, por favor. Tenía miedo a tu reacción, no sabía cómo decírtelo y el tiempo ha ido pasando... No he encontrado el momento y cuanto más tiempo pasaba, más difícil me resultaba hablarte de esto.

—Se acabó, me voy. Necesito salir de aquí. Me falta el aire.

—Amor, tienes que escucharme.

—No me vuelvas a llamar así, yo no soy tu amor. A alguien a quien se ama no se le miente de esta forma.

—Valeria, he cometido un grave error, lo sé, pero eso no significa que no... que no te quiera.

—¿Ahora decides completar la frase? ¡Un poco tarde! ¿No crees? Esto es un error imperdonable. A saber cuántas otras cosas me has ocultado.

—Nada más, te lo juro.

—¿Qué hay de su madre? ¿También estás casado? ¿Llevas una doble vida?

—No, no, no. Por el amor de Dios, Valeria, ¿quién crees que soy? No estoy casado, nunca me he casado, y su madre vive en Málaga con mi hija, tenemos muy buena relación, pero ya. Ella está casada con otro hombre.

Valeria, por favor vamos a hablar. ¡No te vayas! Si me dejas yo... —dice impidiéndome el paso.

—¡Déjame salir! —ordeno con tanta furia que él se aparta.

—¿Me puedes escuchar, por favor? Vamos a hablar como adultos.

—¿Sabes? Hombres tengo miles, al que quiera. Después de cinco años de relación viviendo una mentira pensé que por fin había encontrado a un hombre de verdad, de esos que no mienten. Ya veo que me equivoqué —digo furiosa, mientras cojo mi maleta y meto en ella las pocas cosas que tengo esparcidas por su habitación.

—Ven, siéntate. Vamos a hablar —dice acercándose a mí por detrás.

—He dicho que no. —Aparto sus manos de mí.

—Valeria, por favor te lo pido. Sé que he sido un imbécil al ocultarte algo así, pero por favor escúchame, necesito que hablemos.

—No hay nada de qué hablar, ya está todo dicho. Esto ha sido solo sexo, me queda claro. Ya te puedes buscar a otra con la que jugar con tus cuerdas e historias y a la que mentirle sobre tu vida personal.

—¿Cómo dices eso? Por supuesto que lo nuestro no ha sido solo sexo.

—¿No? Cualquiera lo diría. Soy una estúpida por creer que podía construir algo serio con un tío que conozco en un club swinger —digo con lágrimas en los ojos mientras cierro la maleta y salgo de la habitación con ella a rastras.

—Si te marchas así, sin que hablemos como dos adultos, asume las consecuencias —dice serio.

—¿Las consecuencias? —ríó con fuerza y sé que después de esta risa vendrá el llanto—. ¿Crees que me importan tus amenazas? Esto se acabó, bueno no, no se puede acabar lo que nunca empezó.

Salgo de su apartamento y cierro la puerta tras de mí. En ese momento sé que no hay marcha atrás. Se acabó.

Lloro sin consuelo. Me siento engañada. Todo mi mundo se viene abajo. Recuerdo la boda de Ana y por un momento hasta siento envidia de ella. Al menos alguien vive una historia de amor de verdad. Pensé que lo mío con Raúl era sincero, me he enamorado de una farsa. Ni siquiera cuando me enteré de que Sergio estaba con otra sentí este vacío que siento ahora en mi interior.

Miro hacia atrás con la esperanza de que Raúl haya bajado detrás de mí a buscarme, pero no lo ha hecho, y no me extraña, he sido demasiado dura con él, he soltado toda la rabia contenida, he pagado con él las secuelas del engaño de Sergio.

La mente me grita que salga corriendo y no regrese. En cambio, mi corazón, hecho pedazos, me dice que suba a hablar con él, que aún tenemos una oportunidad.

Trato de no escuchar a mi corazón y no pensar en esa última posibilidad, nuestra historia ya no tiene solución.

Llego a casa y por suerte ni mi madre ni mi padre están. Me tumbó sobre la cama y lloro hasta que me canso. Me duele el pecho.

Pienso en llamar a Ana, la necesito, pero no quiero arruinar su fantástica luna de miel con Víctor, así que me contengo.

Cuando me tranquilizo llamo a Álex para contarle lo sucedido.

—Pero tener un niño no es tan grave, querida —dice cuando termino de contarle toda la historia.

—¿Estás tonto o qué te pasa? Claro que no es grave, pero es que lo que me molesta no es eso, es que me haya mentido.

—Por tus palabras parece que lo que te molesta es que tenga un hijo, como si eso rompiera la magia de ese cuento de hadas que te has montado en tu cabeza.

Él y su sinceridad.

—A ver, el hecho de que tenga una hija me ha cogido por sorpresa —confieso.

—Es normal que te lo haya ocultado si ha visto en ti el más mínimo indicio de rechazo, además contar que tienes un hijo no es algo que le cuentes a la primera persona que se cruce por tu camino una noche.

—¿Estás diciendo que eso es lo que he sido para él, una noche?

—No, estoy diciendo que es normal que él quisiera esperar un poco a ver en qué acababa todo esto para contarte que tiene un hijo.

—¿A qué iba a esperar? ¿A que nos casemos?

—¡Qué dramática! Yo pienso que te has pasado un poco, deberías pedirle disculpas por haberte ido así de su casa.

—¿Yo? ¿Pedirle disculpas? Ni muerta. ¡Me ha mentido! —grito.

—Sí, hasta ahí estamos de acuerdo, pero en el momento que le formas ese numerito y te vas así de su casa pierdes toda la razón.

—Bueno, me da igual, total, yo quiero un hombre para mí solita y no tener que compartirlo con la hija de otra.

—Eso solo pasa en las películas, querida. La gente real tiene vidas reales y vive. Esa hija forma parte de una etapa de su vida y eso no implica que él no pueda llegar a quererte tanto o más que cualquier otro hombre sin hijos.

—No sé qué me pasa, voy a volverme loca. —Rompo a llorar.

—Lo que te pasa es que te has enamorado y tu mente busca cualquier excusa a la que aferrarse para salir corriendo, porque lo que en realidad te sucede es que estás muerta de miedo.

Lloro con mayor intensidad.

—Tranquila, ya verás que todo se soluciona. Él te quiere tanto como tú a él.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque besaste a otro tío y aun así te acompañó a Cancún. Tú ahora lo que tienes que hacer es dejar pasar el tiempo. Ya se verá qué sucede, si él está para ti, estará y si no, pues a vivir la vida. Será por hombres... —Chasquea la lengua.

Su forma de decir las cosas y de ver la vida me saca una sonrisa.

Trascurridas unas semanas, me programan un vuelo a Bruselas, solo estaré allí veinticuatro horas, por lo que apenas meto en la maleta un pantalón vaquero, unos cuantos tangas, un sujetador, un par de camisetas, una sudadera y un vestido. También meto un bañador, un bikini y la ropa del gym. Siempre llevo de más por lo que pueda pasar. Nunca se sabe si acabaré en algún otro destino, es lo que tiene trabajar para una compañía chárter.

En todos estos días no he podido dejar de pensar en Raúl. Los días pasan y mi angustia persiste. Olvidarle me es imposible. Obviamente no me ha llamado ni me ha escrito ningún mensaje, yo a él tampoco, ni pienso hacerlo.

¿Por qué entonces si tengo tan claro que esto se ha terminado no puedo quitármelo de la cabeza? ¿Por qué me digo a mí misma todo el día que esto se ha terminado cuando en realidad me muero por volver a verle? ¿Por qué...? ¿Por qué...? La respuesta es evidente. Le quiero. Estoy perdidamente enamorada de él.

Al llegar al avión me dispongo a hacer mis labores. Por suerte, es un vuelo corto, apenas dos horas y diez minutos, porque no me apetece nada volar hoy no sé por qué.

Después de realizar el chequeo prevuelo y antes de comenzar con el embarque, voy a la parte delantera del avión a firmar. Mi sorpresa llega cuando en primera clase me encuentro a Raúl, uniformado, hablando con el comandante y el coordinador.

¡Qué atractivo es! El uniforme le sienta genial. Se me queda mirando y yo le miro a él. Esa mirada suya me pone cardíaca. Creo que el comandante y el coordinador se percatan. Consigo salir de mi parálisis y firmo la hoja sin decir nada.

Con las mismas, me voy de allí.

Casi cuatro horas después llego al hotel. Raúl sigue en el avión, los ingenieros trabajan después del vuelo. No sé a qué hora llegará al hotel ni si se alojará en este o en otro. Tampoco debería interesarme, sin embargo no puedo pensar en otra cosa.

Estoy a punto de escribirle un mensaje cuando leo en el grupo WhatsApp, creado por la tripulación, que los compañeros van a salir esta noche. María José, una compañera, me escribe por mensaje privado y me anima a salir con ellos. No me lo pienso y acepto. Tengo que acoplarme a cualquier plan que me mantenga distraída, además, tenemos la suerte de estar en un hotel céntrico, algo poco frecuente, pues la compañía siempre suele alojarnos en hoteles cercanos al aeropuerto.

A las ocho quedamos en la recepción del hotel para ir a cenar y salir a tomar unas copas.

Visto un *body* estilo camiseta, con cuello cuadrado y manga corta, en color negro, debajo me he puesto un sujetador *push up* sin aros que me hace unos pechos preciosos, si se me quedaran siempre así, no querría operármelos. Me he puesto unos vaqueros oscuros y mis zapatos favoritos de tacón leigh 95 de Stuart Weitzman, en color rojo pasión. Encima me he puesto un abrigo casual.

Después de cenar vamos a Spirito Martini, una antigua iglesia convertida en una elegante y espectacular discoteca, con un decorado y una iluminación impresionantes.

María José y yo bailamos como locas y bebemos como si se fuese a acabar el mundo. Uno de mis compañeros no para de tirarme la caña, no es feo, pero no pienso seguirle el juego. Ya he salido escaldada por mezclar trabajo y sexo. No se volverá a repetir.

Al cabo de un rato me sorprende ver a uno de los ingenieros del avión aquí. Le pregunto a María José.

—¿Qué hace este aquí?

—Han venido los mecánicos —grita en mi oído para que la escuche.

—¿Quiénes?

—Los mecánicos, y ahora en un rato vienen los pilotos.

No puede ser, pero ¿dónde está Raúl? No lo veo por ningún sitio.

Comienza a sonar una canción que me encanta. Veo un chico guapísimo que no para de mirarme. Se acerca a mí y comenzamos a bailar sensual. Me giro y le doy la espalda, él coloca sus manos en mi cintura. Siento su aliento en mi cuello.

En ese momento veo a Raúl llegar con dos copas en la mano, le entrega una a su compañero. No me detengo y sigo bailando con el desconocido, quien cada vez está más cerca de mí.

Vale, estoy flirteando, algo que por cierto no se me da nada mal, pero soy una mujer libre y soltera, no tengo que rendirle cuentas a nadie.

Decido ir a pedirme otra copa a la barra. En ello estoy cuando aparece Raúl.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta en tono serio.

—Pidiéndome una copa —respondo con una risa que delata mi estado de embriaguez.

—Me refiero que a qué estás jugando con ese tío.

—A nada, pero tampoco es de tu incumbencia, nosotros no tenemos nada.

—Deja de decir tonterías y vamos a hablar como dos adultos.

—No tengo nada que hablar contigo. Tú haz con tu vida lo que quieras, que yo haré lo mismo con la mía.

—¿Eso quieres?

—Sí.

—Perfecto.

Se va sin decir nada más.

Cuando llego a donde están María José y el resto de compañeros busco a Raúl con la mirada, pero no lo veo. Al rato me percató de que está hablando con una chica. Es alta y rubia, como yo, aunque en versión vulgar. Lleva un vestido estrecho y muy corto, tanto que casi no le cubre las nalgas, el escote es tan pronunciado que parece que se le van a salir los pechos, al igual que a mí se me va a salir el corazón al ver como Raúl y ella tontean.

Él no me mira, está centrado en la chica y en su escote, hablan demasiado cerca. Yo estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Me muero de celos.

«¡Cálmate, Valeria!». Me digo a mí misma.

Ahora mismo soy capaz de cualquier cosa. No entiendo por qué soy así de estúpida. Él solo está haciendo lo que yo le he pedido, ¿por qué no he dejado mi orgullo a un lado cuando él ha venido a hablar conmigo?

Busco al desconocido con el que bailé hace un momento para seguir haciéndolo, pero no lo veo por ninguna parte.

María José comienza a hablarme e intento prestar atención a lo que me dice, pero mi mente está centrada en otra cosa. Miro a Raúl de reojo. Aún no se han besado.

No quiero ver como besa a otra mujer, pero mi maldita curiosidad me obliga a mirar una y otra vez.

Ella le coqueta con sonrisa, se toca el pelo, se muerde el labio, pestañea, le toca el brazo, el cuello, el pecho... ¡No! ¡Perra! Deja de meterle mano en mitad de la discoteca. Él parece encantado. Está claro que a Raúl le gusta, no me lo puedo creer, no quiero que se líe con ella.

Ahora entiendo lo que él sintió cuando vio esa foto mía con aquel sevillano en Río de Janeiro. Y para colmo yo le confesé que le había dado un beso. Si yo veo como él besa a esa tía aquí en medio soy capaz de... No sé de qué sería capaz.

Ella se acerca cada vez más a él, sus cuerpos están demasiado pegados.

¡Qué facilón!

Raúl le aparta el pelo hacia atrás. ¿Va a besarla?

El corazón se me va a salir del pecho.

No quiero verlo. Enfurecida me voy a la barra y me pido otra copa.

—Su copa —dice la camarera.

Busco en mi bolso la tarjeta de crédito, se me cae al suelo, me agacho, la recojo y, al incorporarme, siento un mareo intenso. Creo que he bebido demasiado.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta la camarera en inglés.

—Sí, aquí tienes la tarjeta, cóbrate —le indico en el mismo idioma.

Cojo mi copa y me voy al lugar en el que estábamos, pero de pronto he perdido a María José y al resto compañeros de vista. Tampoco veo a Raúl por ninguna parte, aunque él debe estar ya camino del hotel con esa tía.

Sola, en mitad de la discoteca, bailo y me bebo mi copa vertiéndole parte del contenido al resto de personas que hay en la pista.

De pronto un chico se gira y me grita en inglés.

—Ten más cuidado, ya me has manchado dos veces.

—Ay, qué sensible, ni que fuera de marca esa *camisetucha* —digo en español.

Me recuerdo a mi madre en este momento. El joven, que no entiende nada de español al parecer, se gira y sigue bailando con sus amigos como si nada.

La música se mete en mi cuerpo y trato de dejarme llevar por esa energía, aunque pronto mi soledad retumba más fuerte en mi interior y me domina.

Quiero llorar.

Me bebo la copa de un trago y, esquivando a la gente que salta, voy hasta la barra a dejar el vaso. Pero de pronto, pierdo el equilibrio y tropiezo. No llego a caerme al suelo, pero el vaso no corre con la misma suerte y se hace añicos en mitad de la pista. Me apoyo en una columna cercana y me río. Tras ello, se me saltan dos lagrimones al imaginarme a Raúl en la cama con esa rubia. En ese instante aparece él. Nos miramos. Se acerca a mí un par de centímetros. No hablo ni digo nada. Tengo miedo a arruinar más las cosas.

—Creo que necesitas que llame a un taxi para regresar al hotel —dice Raúl demasiado cerca de mí.

—No lo necesito, ya lo llamo yo —digo mientras busco mi teléfono en el bolso.

Cuando lo saco veo que no tiene batería. Está apagado.

Él me mira y se ríe.

—Vamos te acompaño.

—¿Y tu amiga?

—Ella también viene —dice entre risas.

—¿Cómo? Ni muerta, no pienso hacer un trío —creo que no vocalizo bien las palabras.

Él se ríe, estoy segura de que bromea. Me agarra por la cintura y con todas sus fuerzas me saca de allí.

—¿Por qué has bebido tanto? —pregunta serio cuando salimos del local.

—¿Y tú por qué te has liado con esa perra?

—No me he liado con ella.

En ese momento me siento como una estúpida.

—Lo siento —digo con los ojos anegados en lágrimas.

Me quito los tacones porque no consigo mantener el equilibrio.

—¿Por qué lo haces? —pregunta él sin dar crédito.

—Porque no consigo mantenerme en pie. —Cojo los zapatos y camino.

—Me refiero que a por qué me pides disculpas —aclara él entre risas.

Parece que le divierte verme borracha.

—Porque soy una imbécil. No debí besar a ese chico cuando nos estábamos conociendo, no sabía cómo te podías sentir.

—Eso no tiene importancia, Valeria. El que lo siente soy yo. Siento no haberme dado cuenta antes de que eres la mujer de mi vida. Debí contarte mucho antes que tengo una hija, pero tenía miedo a perderte.

—Mira, un puesto de gofres. ¡Vamos a por uno! —grito y corro descalza hasta el puesto.

Él se lleva las manos a la cabeza.

Abro los ojos y rápido los vuelvo a cerrar, la luz que entra por la ventana me molesta. Bostezo y cuando miro a mi lado veo a Raúl. Me miro y estoy completamente desnuda. No recuerdo cómo llegué al hotel ni qué ha pasado. Solo sé que yo estaba muy enfadada con Raúl, ¿cómo hemos podido terminar aquí?

¿Hemos follado? Que horror, ni siquiera me acuerdo. ¿Cómo es posible? Podría haber acabado con cualquiera. No pienso volver a beber nunca más.

Intento incorporarme, pero el dolor de cabeza tan fuerte que tengo me lo impide. En ese momento, Raúl se despierta.

—Buenos días, princesa —me besa en el cuello.

—Buenos días —digo confundida.

—¿Qué tal lo pasaste anoche?

—¿Qué pasó anoche? —pregunto aterrada.

—Hicimos un trío, ¿no te acuerdas? Lo pasaste muy bien —dice en tono serio.

—¿Un trío? ¿Con quién? —grito.

—Con una amiga que conocí en la discoteca.

—¿La rubia?

—Sí. Disfrutaste tanto practicándole sexo oral.

—¿Qué? ¿Le he practicado sexo oral a una tía?

Creo que me va a dar un infarto. De pronto, él comienza a reírse y me percato de que me está tomando el pelo.

Cojo la almohada y comienzo a golpearle.

—Para, para —me pide.

—Me has asustado, imbécil.

—No pasó nada, tranquila. La necrofilia no es lo mío.

—Bebí demasiado —confieso.

—Sí, no deberías beber tanto.

—No lo hago. Bueno, a veces...

Me abraza con fuerza y comienza a darme besos en el cuello. Desciende a besos por mi cuerpo y se detiene en mis pechos. Esto pinta a polvo de reconciliación.

Con su lengua comienza a jugar con mis pezones, los mordisquea con sus dientes.

Le cojo la cara y poso mis labios sobre los suyos. Noto el roce de su erección en mi entrepierna.

Su rostro me dice que está deseando poseerme. El mío le pide a gritos que lo haga.

Me escondo bajo las sábanas y me meto su miembro en la boca. Percibo su calor. Me atrevo a metérmelo hasta el fondo de mi garganta. Siento una arcada y le escucho gemir de placer. Me agarra la cabeza y presiona con fuerza para repetir. Sé que esto le excita mucho. Le encanta la forma en que le practico el sexo oral.

Su deseo sexual aumenta por segundos.

Asciendo a su boca.

Acaricio su macizo cuerpo.

Le beso.

Sus labios recorren todo mi cuerpo, su lengua busca mi clítoris y juega con él. Me arqueo desesperada. Se aferra a mis muslos y me maneja a su antojo.

Me agarro con fuerza a las sábanas y me muerdo el labio inferior de la desesperación.

Los gemidos de placer salen de mi boca sin cesar.

Grito.

Me muevo.

Esto es tremendo.

Me vuelvo loca.

Voy a explotar.

Se incorpora con sensualidad. Veo que se hace de rogar, así que me coloco su notoria erección en mi húmeda vagina y poco a poco se introduce en mí, sin dejar de besarme.

Acaricio su espalda, sus glúteos. Se me eriza la piel al sentir el contacto de su cuerpo. Todo mi ser se abre a él.

Se aparta y me mira con picardía y deseo, pero también con amor. Puedo percibir ese brillo único.

Comienza con leves penetraciones, acompañadas de besos y caricias.

—Amor, te quiero —su confesión en pleno acto me deja semiinconsciente. Mi estómago se encoge.

Esas palabras despiertan en mi interior una explosión de sentimientos. Alucinada, tengo que controlar mis emociones para no dejar escapar las lágrimas que se acumulan en mis ojos.

Nunca pensé que un te quiero pudiera provocar este revuelo de sensaciones en mi interior. Es la frase más bonita que jamás he escuchado. No sé si es por la intensidad de las palabras, por el tono con el que las ha pronunciado, por su voz o por un poco de todo.

Cuando pronunció esas palabras en mitad de nuestra discusión, sonaron diferente, sonaron a desesperación. En ese momento mi enfado no me permitió tomar conciencia de su significado, pero ahora que solo él ronda mi mente, me estremecen.

Quiero decirle que yo también, pero, de pronto, comienza a embestirme con fuerza y los gritos no me dejan vocalizar palabra.

Grito de la excitación.

Me besa y absorbe mis gemidos. Su boca sabe a sexo, a nosotros.

Entra y sale. Sus acometidas son devastadoras, pero yo quiero más, necesito más.

—Sigue, no pares —grito.

Convulsiono.

Jadeo.

Mi respiración se acelera hasta que finalmente me corro.

Él ruge de placer al verme disfrutar y se corre segundos después que yo. Explota dentro de mí y percibo su viril semen.

Acalorado, se tumba junto a mí. Respira con dificultad.

Nos dejamos llevar por ese momento de relajación extrema después de un buen sexo.

Dos horas después, los dos vamos en el tren que va de Bruselas a Gante. Lo hemos decidido sobre la marcha en el desayuno.

Nos ha resultado complicado elegir entre Gante y Brujas, pero finalmente hemos optado por la primera por la cercanía.

Cuarenta minutos es lo que tardamos en llegar a esta ciudad portuaria en el noroeste de Bélgica.

Hace frío, pero no llueve. Las nubes en el cielo le dan un toque romántico y místico al lugar.

Nos bajamos en la estación de tren Gent-Sint-Pieters, prácticamente en el centro de la ciudad.

Paseamos por la orilla del río Lys hasta llegar al romántico Puente de San Miguel, perfecto para hacer cientos de fotos. Mire hacia donde mire, estoy rodeada en 360° por la encantadora belleza de Gante. Cruzamos y desde el otro lado del puente, contemplamos las antiguas casas gremiales y algunas iglesias de estilo renacentista.

Seguimos paseando a orillas del río. Raúl me lleva cogida de la mano y eso me encanta. A veces me detengo frente a él solo para besarle en los labios.

—Ese es el muelle de Graslei, también llamado playa de Gante —dice Raúl.

—¡Me encanta!

—¿Quieres das un paseo por el río?

—Sí, sí —digo dando pequeños saltitos como una niña pequeña.

Raúl alquila una barca para nosotros solos. Bueno, nosotros y el señor que se encarga de manejar la embarcación.

El paseo por el río me relaja, quiero hacerle fotos a todo, porque no hay un solo rincón que no me fascine.

Nos acercamos a un impresionante castillo.

—Ese es el Castillo de los Condes de Flandes, su fortaleza es del siglo XII, una de las mejor conservadas de Europa.

—¿Te has estudiado la guía antes de venir o es que te acuerdas de todo?
—digo entre risas.

—De algunas cosas me acuerdo, otras las estoy mirando en el móvil mientras tú haces fotos a todo. Es que quiero impresionarte —confiesa entre risas.

Le doy un beso en los labios.

—Ya me tienes impresionada. ¿Se puede entrar en el castillo?

—Sí, pero como vamos a estar solo un día prefiero mostrarte otros sitios.

—Bueno, yo me dejo guiar.

Después de nuestro increíble paseo por el río, y antes de que llegue la hora de la comida, vamos a la Plaza Vrijdagmarkt y entramos en un bar llamado Dulle Griet, según Raúl, uno de los más famosos de la ciudad.

Pedimos una cerveza artesanal belga, él se pide una Kawak, que es la cerveza típica de este lugar.

Nos las sirven en una especie de copa con forma de probeta de casi medio metro de altura apoyado sobre una base de madera. Impresionante.

Mi sorpresa llega cuando el camarero me pide que entregue un zapato.

Raúl me mira y, al ver mi cara de desconcierto, se descojona de la risa.

—Es para evitar que la gente se lleve el vaso —me explica Raúl.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí, es como una especie de alarma contra los ladrones de jarras, porque antes todo aquel que pedía una Kwak se llevaba el vaso, así que los dueños decidieron poner en práctica este sistema tan... curioso: pedir como garantía una zapatilla. De ahí que ahora se conozca este sitio bajo el sobrenombre de la cervecería de la zapatilla.

Atónita le entrego mi zapato al camarero, lo mete en un cubo, junto a otros muchos y lo sube al techo del local, donde se quedará hasta que me vaya y entregue el dichoso vaso.

Una de las cosas que más me gusta de mi trabajo y de mi nueva vida es todo lo que estoy aprendiendo, todas las culturas que estoy conociendo alrededor del mundo. Me siento la mujer más afortunada del universo al poder compartir todas esas experiencias con Raúl.

Mi trabajo conlleva una responsabilidad muy grande, supone someterse a estrés, a cambios de horarios, a la rivalidad entre compañeras..., pero también tiene cosas buenas, me permite conocer muchas de las ciudades en las que pernocto, como sucede ahora mismo que estoy en este maravilloso lugar, junto al amor de mi vida y gracias a mi trabajo, ¿qué más puedo pedir?

Un poco achispada por las cervezas, ponemos rumbo al Ayuntamiento de Gante, pasamos antes por la calle Werregarenstraat, llena de *graffitis* y arte callejero.

Me quedo asombrada con la fachada del Stadhuis, parte en estilo gótico y parte renacentista, tanto así que si no es porque Raúl me lo dice me hubiese pensado que se trata de dos edificios completamente diferentes.

A unos metros se encuentra la Catedral de San Bavón. Entramos porque Raúl insiste en que no puedo perderme el retablo de la Adoración del Cordero Místico, se trata de un políptico de doce tablas al óleo, toda una obra de arte.

Después de visitar su interior, subimos a la torre Belfort, un impresionante campanario.

—Esta ciudad parece sacada de un romance de la época —digo maravillada al contemplar las vistas de la ciudad, con la iglesia de San Nicolás en primer plano.

—Sí, ya te dije que te encantaría.

—Tiene algo mágico.

—Como tú.

—Bobo. Pues es bastante alta la torre para los edificios tan bajos que hay en la ciudad.

—Sí, su altura se debe a que en su origen fue torre de vigilancia y también el lugar donde se custodiaban los privilegios municipales de la ciudad.

—Cuánto sabes —le doy un beso.

Decidimos buscar un restaurante para comer, nos arriesgamos con una recomendación de internet, porque Raúl dice que no le gustó el lugar en el que almorzó cuando estuvo aquí. Pero parece que es difícil encontrar un buen restaurante en esta ciudad, porque nuestra elección tampoco ha sido muy acertada.

Después de la comida tomamos un café en Viadagio, una terracita al lado del embarcadero. Nos sentamos una mesa frente al canal. Este coqueto huequecito alejado de las masas nos permite respirar la brisa de las tranquilas aguas del canal, a la vez que desconectamos un poco del bullicio de la ciudad.

Raúl entrelaza nuestros dedos, una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo. Una sensación de seguridad me arropa y entonces comprendo que junto a él me encuentro en el lugar exacto en el que siempre he querido estar.

Hay tantas cosas que quiero preguntarle, tanto de lo que necesito hablar con él, pero tengo miedo que al hacerlo, todo esto se desvanezca.

—¿Y cómo te ha ido en estas semanas? —pregunta él al fin.

—Bueno... Digamos que podría haber estado mejor.

—¿Has hecho algún vuelo?
—Solo uno, a Roma, pero sin pernoctar, fue ida y vuelta. ¿Y tú?
—Yo he estado una semana en Chile. El resto lo he pasado en Málaga con... mi hija.
—¿Ella vive allí con su... madre?
—Sí. Vive con su madre.
—¿Y dónde te quedas cuando vas a visitarla?
—En casa de mi madre —sonríe porque sabe lo que pasa por mi mente—. Me gustaría que la conocieras.
—¿A tu madre o a tu hija?
—A ambas.
—¿Me estás pidiendo una cita para conocer a tu familia?
—Pensé que las citas eran solo para quienes se están conociendo, tú eres mi novia —asegura.
El corazón me da un vuelco al escuchar la palabra novia.
—¿Soy tu novia?
—¿No?
—¿Y eso lo has decidido tú de manera unilateral? —bromeo.
—¿Tienes alguna objeción?
—No —confieso entre risas.
Él se levanta de la silla y me da un beso que me deja sin aliento.

A las seis de la tarde ya es de noche en Gante y las vistas se vuelven aún más mágicas, si cabe. Todos los monumentos históricos se iluminan con una luz especial.

Me siento como una princesa en un cuento, en el que Raúl es mi príncipe.

Nos detenemos de nuevo junto al Puente de San Miguel y contemplamos la nocturna ciudad, que parece sacada de una postal.

—¿En qué piensas? —pregunto al ver a Raúl inmerso en sus pensamientos.

—En nosotros.

—¿En nosotros?

—Te he extrañado tanto estas semanas. No quiero volver a separarme de ti.

—No volveremos a separarnos nunca. Te quiero, Raúl. Te quiero como nunca antes había querido a alguien.

—Yo también te quiero, mi amor, pero tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

—Ya sabes cómo es este trabajo... o igual no lo sabes aún porque llevas poco tiempo, pero los pilotos siempre están al acecho con las azafatas, luego está la distancia, es difícil coincidir en un vuelo y cuando tú estés en Madrid, probablemente, yo estaré volando... Por eso nunca quise tener nada con alguien de la aviación.

—Tienes razón, pero no podemos elegir de quién nos enamoramos ni cómo ni cuando. Sé que será difícil, pero nosotros conseguiremos mantener la relación. Por lo pronto nunca más nos ocultaremos nada.

—Prometido.

No puedo evitarlo y le beso. Juro que es el beso más tierno, cálido y sincero que jamás haya experimentado.

Por la noche regresamos a nuestro hotel en Bruselas y, por supuesto, Raúl se queda a dormir conmigo. Bueno, a dormir y...

Por la mañana, a las ocho, suena mi despertador. Miro al otro lado de la cama y Raúl no está. Doy un salto y me levanto. En ese mismo instante la puerta de la habitación se abre. Es él.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días. ¿Dónde has ido?

—He ido a mi habitación a por el uniforme y a recoger todas mis cosas. Estás tan hermosa recién levantada.

—No mientas. —Me acerco a él y le beso. Tras ello, entro en el baño.

Me maquillo, me pongo el uniforme y bajamos a desayunar juntos.

El restaurante del hotel está repleto de mujeres, sobre todo azafatas de otras aerolíneas. Mis compañeros nos miran a Raúl y a mí y cuchichean. Parece que es evidente que hemos pasado la noche juntos, pero me da igual. No voy a seguir escondiéndome. Raúl y yo somos novios, él no forma parte de la plantilla de tripulantes ¿cuál es el problema? El manual no dice nada de relaciones entre trabajadores de otros departamentos.

La tripulación, de forma excepcional, hacemos el *briefing* en una sala que nos habilitan en el hotel. Según informa el comandante se prevé un vuelo tranquilo, con buena meteorología.

Cuando llegamos al avión hago mi rutina habitual. Por alguna razón el embarque se retrasa, sin embargo no le doy mayor importancia.

Normalmente, la sobrecargo, después de embarcar, informa por megafonía que procede a cerrar las puertas del avión, lo cual significa que en breve comenzaremos la fase de rodaje y despegue, pero por alguna razón hoy no lo dice.

Decido dejar mi puerta sola y voy a la parte delantera del avión a preguntarle a Raúl, y de paso le veo, pero cuando llego veo que está muy liado hablando con el comandante. Regreso a mi posición sin poder hablar con él y con una sensación extraña en el cuerpo.

Casi cuarenta minutos más tarde de la hora prevista cerramos puertas. Normalmente no salimos en hora, pero tampoco solemos salir con tanto

retraso.

Despegamos y todo transcurre con normalidad. Preparamos el servicio y salimos al pasillo con los carros a entregar el desayuno.

Cuando estoy a mitad de la cabina, el avión comienza a moverse. Los pasajeros comienzan a gritar, algo frecuente, porque ellos suelen asustarse con facilidad ante el primer signo de turbulencia, no tienen ni idea de como están contruidos los aviones y de las fuertes corrientes que pueden llegar a soportar, pero a los tripulantes no nos asustan las turbulencias. Sin embargo, en esta ocasión yo sí que me asusto, no solo por la intensidad de las turbulencias, sino porque para nosotros, el avión es como nuestra casa, conocemos la rutina y sabemos cuando algo raro sucede y yo, desde el primer momento en el que se retrasó el embarque, supe que algo raro pasaba.

Mi compañera y yo aseguramos el carro entre los asientos y nos agarramos con fuerza a donde podemos.

De pronto un fuerte hamaqueo hace que los zumos y algunas de las bebidas calientes que están sobre el carro caigan al suelo.

Noto como el avión desciende en picado y la piel se me eriza. Los gritos de los pasajeros me contagian el pánico y mi compañera y yo nos miramos asustadas sin decir nada.

Se escucha un estruendo en el *galley*, hemos debido dejar algún carro sin asegurar y toda la cristalería ha caído al suelo.

En cuestión de segundos perdemos muchísima gravedad, tanto que hasta uno de mis pechos se me sale del sujetador.

Tan pronto el avión se estabiliza, mi compañera y yo regresamos con el carro al *galley*. Ambas estamos empapadas de café, té y zumo. Por suerte no nos hemos quemado con la bebida. Podría haber sido mucho peor.

Cuando llegamos al *galley*, todo está hecho un destrozo. Varios compartimentos que estaban sin asegurar han caído al suelo.

El comandante da un anuncio por megafonía para pedir a los pasajeros que se tranquilicen y que permanezcan sentados en sus asientos y con el cinturón de seguridad abrochado el resto del vuelo. A partir de ese momento el comandante pone la señal de cinturones y el servicio queda cancelado. Pasamos por la cabina para ver si hay algún herido que necesite nuestra asistencia. También revisamos los baños. Por suerte todos estamos bien, pero tenemos que atender a varios pasajeros con ansiedad.

Al llegar al aeropuerto de Madrid toda la tripulación se pregunta qué ha pasado realmente, pero este comandante es muy serio y no da explicaciones de ningún tipo. Raúl tiene que quedarse al menos una hora o más en el avión,

pero no me quiero ir a mi casa, así que me quedo en una cafetería de la terminal esperándole. Me pido una tila, porque aún sigo nerviosa del susto. Por suerte estoy viva. Este hecho hace que tome en consideración los riesgos que implica esta profesión, algo que hasta el momento no había contemplado.

Aprovecho para llamar a Ana, que ya debe estar de regreso en Madrid, y contarle lo sucedido.

Ella no da crédito al hecho.

—Le voy a preguntar a Víctor a ver si se entera de algo y te cuento. Aunque lo más probable es que hayan sido unas turbulencias severas.

—No sé, lo que ha hecho el avión ha sido muy raro, yo también estoy esperando a que llegue Raúl, a ver qué me cuenta.

—¿Qué tal van las cosas con él?

—Bien. Tiene una hija.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Me enteré cuando llegué de Cancún, no te llamé ni te he contado nada en estos días porque no quería molestarte durante tu fantástica luna de miel.

—Tendrías que haberme llamado. ¿Y qué vas a hacer?

—Pues después de unas semanas sin hablar, hemos arreglado las cosas. Quiere que conozca a su madre y a su hija, así que mañana por la mañana nos vamos a Málaga.

—Bueno, entonces genial, ¿no?

—Sí, aunque estoy muy nerviosa. Tú sabes que los niños no son lo mío.

—Pues mejor, así como ya tiene una hija, no le importará que tú no quieras tener hijos.

—Eso no lo había pensado.

—Claro, Valeria, tienes que ver el lado positivo. En cuanto a su madre piensa que no puede ser peor que la tuya, así que todo irá bien.

—En eso también tienes razón —digo entre risas.

Termino de hablar con mi amiga y me pido otra tila.

Cuando Raúl llega, casi dos horas más tarde, me explica que debido a unas fuertes corrientes de aire, ascendentes y descendentes, el avión, de pronto, perdió la sustentación y la línea de vuelo se desestabilizó.

—¿Y por qué no cambiaron la ruta para no coger esas corrientes? En el *briefing* nos dijeron que no habría turbulencias y que la meteorología era buena.

—Es que las corrientes producidas en aire claro son complicadas. A diferencia de lo que sucede con las tormentas, donde uno intuye que puede

haber turbulencias, en aire claro todo está tranquilo aparentemente y no hay posibilidad de ver dicho fenómeno. Es de las pocas situaciones donde los pilotos no tienen el control. Todo depende de la intensidad de las corrientes de aire en ese momento.

—Pero ¿cómo que los pilotos pierden el control? —pregunto sin dar crédito a lo que me cuenta.

—Me refiero a que no se puede prever, aunque en este caso, los controles de vuelo quedaron sin efecto. Por suerte el piloto automático estaba conectado y este dispositivo maniobra el avión con más rapidez.

De camino a casa, sigo hablando con Raúl, él me explica con detalle el funcionamiento y la respuesta de la aeronave ante fenómenos como este. Quedo fascinada escuchándole hablar, lo hace con tanta seguridad y experiencia que incluso me pone escucharle.

Cuando llegamos a su apartamento nos damos una ducha juntos y es inevitable no acabar haciendo el amor.

Cenamos algo ligero y vemos una peli. Me quedo dormida en sus brazos.

Por la mañana temprano nos vamos de nuevo al aeropuerto, en esta ocasión sin equipaje. Desayunamos allí, porque Raúl no tiene de nada en casa. Cogemos el primer vuelo a Málaga y en poco más de una hora llegamos al aeropuerto de destino.

Cogemos un taxi hasta la casa de su madre en El Limonar. Estoy muy nerviosa, en cambio, Raúl parece superilusionado con mi visita.

Llegamos al lujoso barrio residencial y me quedo pasmada al ver las colosales casas y lo cuidadas que están las zonas ajardinadas. Me esperaba una zona un poco más... humilde. El barrio lo tiene todo, está al lado del centro y de la playa, y alejado de la multitud.

—Tranquila —me dice Raúl antes de entrar en la impresionante casa.

Llama al timbre y una mujer alta, morena y perfectamente vestida, maquillada y peinada, nos recibe.

—Hijo —dice dándole un abrazo a Raúl.

Me esperaba a una señora con un aspecto más envejecido, parece su hermana en vez de su madre.

—Tú debes de ser Valeria —dice dirigiéndose a mí e inspeccionándome de arriba abajo.

—Sí, un placer señora...

—Carmen.

—Carmen —repito con una sonrisa nerviosa.

La mujer me da dos besos y nos invita a pasar. La casa es tanto o más lujosa que la mía.

—¿Queréis tomar algo antes de irnos? —pregunta Carmen.

—Un poco de agua, mamá.

—Yo estoy bien —aseguro—. ¿A dónde vamos? —le pregunto a Raúl cuando su madre se va.

—A comer fuera. Mi madre no es de cocinar, se le da fatal.

Al momento aparece la mujer con el vaso de agua.

—Así que tú eres la novia de mi hijo —dice dirigiéndose a mí.

Las piernas me tiemblan. No sé qué decir.

—Pensé que nunca se echaría novia, después de Lucía, pensé que no asentaría cabeza.

—Lucía es la madre de mi hija —aclara Raúl.

Permanezco en silencio.

—¿Estás bien? —me pregunta Carmen.

—Sí, sí.

—Ah, es que estás pálida, cariño. Vamos, te voy a enseñar la casa para cuando te vengas este verano —dice en tono amistoso.

Me enseña la enorme mansión de arriba abajo. Cuenta con piscina privada y unas vistas de ensueño. Después de la visita me siento más cómoda.

Pedimos un taxi y vamos al centro. Antes de comer, nos tomamos unos vinos en El Pimpi, un emblemático lugar a pie de la Alcazaba y el teatro romano, donde según Carmen, famosos y personajes de la farándula paran cuando vienen al Festival de Cine de Málaga.

La madre de Raúl es encantadora, muy pija a la hora de hablar y de vestir, pero sencilla y cercana en esencia. Ojalá mi madre fuera así.

Después de los vinos vamos a comer a un restaurante exquisito con comida mediterránea.

Durante la comida, Carmen ríe e incluso bromea, algo que me hace sentir muy cómoda a su lado. Me habla de Emma, la hija de Raúl y me voy haciendo a la idea de que la conoceré en unas horas, pues hemos quedado aquí en el centro con su madre para tomar café.

Raúl se muestra muy cariñoso con su madre, se nota lo mucho que la quiere.

—Bueno y ¿cómo os conocisteis?

—En el avión —digo.

—En Miami —dice Raúl al mismo tiempo que yo.

Su madre se ríe. Raúl y yo nos miramos y nos reímos también. No nos habíamos planteado tener que responder a esa pregunta. Dejo que sea él quien resuelva la situación.

—Raúl, cuéntale a tu madre cómo nos conocimos —le digo pensando que va a inventar una historia superromántica y creíble.

—Pues nos conocimos en un club swinger —dice sin reparo alguno.

Me atraganto con un trozo de pescado y comienzo a toser.

—¿Estás bien, Valeria? —me pregunta su madre preocupada.

—Sí, sí, has sido una pequeña espina del pescado.

—Comete un trozo de pan, que eso ayuda.

—Tranquila, mi amor, mi madre es una mujer muy abierta de mente —asegura Raúl dándome un beso en la mejilla.

En este momento quiero que la tierra me trague. Debo estar completamente roja, pues siento el calor en mis mejillas. Bebo un poco de agua para refrescarme.

—Así que en un club swinger... Aquí en Málaga hay uno muy exclusivo. Es muy conocido, viene gente de toda España.

—Bueno, yo... yo no soy de frecuentar estos lugares. Aquel día fue una excepción —digo muerta de la vergüenza.

—Anda, mujer. No hay nada de malo en disfrutar del sexo —dice Carmen y yo dejo de comer y de beber para no volver a atragantarme.

Tras unas risas todos nos volvemos a relajar. Confieso que la madre de Raúl me encanta. Le cuento a mi madre que he conocido a Raúl en un club de esos y me echa de casa.

Después de comer, nos despedimos de su madre, ella se va a casa a descansar, mientras que nosotros nos quedamos paseando por la calle Larios y visitando la ciudad hasta que llegue su hija.

—¿Qué te ha parecido mi madre? —pregunta Raúl curioso.

—Un amor.

—Me alegro de que hayáis congeniado.

—Tu madre es una excelente persona. Eres muy afortunado. Siento mucho que la mía te tratara así la noche de fin de año, pero ella no va a cambiar —entristezco.

—Yo no estoy con tu madre, estoy contigo —me dice mirándome a los ojos.

—He tenido tanta suerte de encontrarte. —Le beso en los labios.

—Yo si que he tenido suerte de encontrarte a ti, aún no me puedo creer que una mujer como tú se fije en mí.

—Déjate de tonterías, que sabes perfectamente que cualquiera se volvería loca por tus huesos. —Le doy un manotazo en el hombro y sigo caminando.

Él se ríe, porque sabe que tengo razón y que esta falsa modestia no le pega nada. Me agarra fuerte por la cintura y me levanta.

A su lado me siento la mujer más feliz del mundo.

Me enseña la Alcazaba, antigua fortaleza árabe de la ciudad, y luego vamos hasta la plaza del Obispo, desde donde observamos la Catedral.

A las cinco de la tarde quedamos con la madre de su hija en el Muelle Uno. La pequeña Emma corre hacia Raúl tan pronto le ve.

—¡Papi! ¡Papi!

—Emma, no corras que te vas a caer —le grita su madre.

Raúl acoge en sus brazos a la niña con una sonrisa de oreja a oreja.

Emma es preciosa, tiene el pelo oscuro y los ojos marrones y brillosos. Se parece mucho a su padre, aunque tan pronto veo a la madre de cerca me percato de su belleza.

Lucía le da dos besos a Raúl y me inspecciona con la mirada.

—Ella es Valeria, mi novia —dice Raúl.

Lucía me da dos besos, mientras que su hija, aún en brazos de su padre, me mira con desconfianza.

—Bueno yo os dejo que voy a hacer mis gestiones por el centro, sobre las ocho estaré lista, te llamo y nos vemos aquí —le dice ella a Raúl.

Se despide de la pequeña y de mí, y se va.

Yo no sé que hacer, miro a la niña, le sonrío, pero ella no tiene mucho interés en hablar conmigo. Me mira con desconfianza.

Paseamos por el muelle sin prisas. Raúl ve un puesto de helados y nos acercamos. Compramos un helado para cada uno, Emma y yo elegimos el mismo sabor: chocolate. Hemos tenido suerte, son los dos últimos de este sabor, así que nos lo ponen muy bien servidos.

Tan pronto dejamos atrás la heladería, Emma cae su helado al suelo y entristece.

Me agacho para ponerme a su altura y le ofrezco el mío.

—Toma el mío, cariño.

Ella mira a su padre, no sabe si aceptar o no.

—Ni siquiera lo he probado aún, mira está intacto —le insisto.

—¿Y tú?, ¿te quedas sin helado? —me pregunta.

—Yo en realidad no quería. Estoy llena de la comida —miento con una sonrisa.

La niña coge el helado y comienza a comérselo.

—¿Qué se dice? —le reprende Raúl.

—Gracias —me dice ella con una sonrisa bañada en chocolate.

—De nada, cariño.

Durante más de media hora escucho atenta como Emma le cuenta a su padre todo lo que ha hecho esta semana.

Quiero meterme en la conversación, pero no sé qué decir ni qué añadir. Me siento un poco fuera de lugar.

—Mira, papi, un avión —dice la pequeña señalando al cielo—. Siempre que veo uno me acuerdo de ti. Yo de mayor voy a ser azafata para volar contigo.

—Valeria es azafata —añade Raúl.

La niña me mira por primera vez con interés.

—¿Tú también vuelas?

—Sí, soy tripulante de cabina.

—¿Eso que es? —pregunta ella atraída.

—Así se llama de verdad el trabajo de las azafatas. ¿Tú quieres que yo te enseñe todo lo que tienes que hacer para convertirte en una?

—Sí —responde cautivada.

—Pues estudia mucho y cuando termines los estudios yo te ayudaré a conseguirlo.

—Pero para eso aún falta mucho. ¿Vas a estar con mi papi tanto tiempo?

Su pregunta me coge por sorpresa.

—Eso espero —sonrío.

—¿Te vas a casar con él?

Miro a Raúl sin saber qué contestar.

—¿Te gustaría? —le pregunta Raúl a su hija.

—No —contesta ella sin mirarme.

Mi cara debe ser un poema.

—¿Por qué? —le insiste Raúl.

—Porque eso la convierte en mi madrastra y no quiero tener una madrastra.

—Sí, madrastra es un nombre muy feo, yo nunca sería tu madrastra, aunque me casara con tu padre —acierto a decir.

—¿Entonces qué serías? —La niña me mira expectante.

—Pues... a ver... sería tu... mentora.

—Mentora —repite con una sonrisa—. ¿Qué es eso?

—Pues es alguien que te guía, te aconseja, te enseña cosas...

—¿Cómo una amiga?

—Más o menos.

Entre risas se nos pasa la tarde volando. Sé que no será fácil ganarse la confianza de una niña tan consentida por sus padres, pero esto es un muy buen comienzo.

Cuando Lucía llega a recoger a su hija, lo primero que se le ocurre a la niña decir es:

—Mami, Valeria va a ser mi mentora.

Laura me fulmina con la mirada.

Tierra trágame.

Quiero decir algo, explicarle a su madre por qué he tenido que decirle esa palabra, pero por alguna razón pienso que eso solo empeoraría más las cosas. Así que opto por quedarme calladita. Raúl tampoco dice nada al respecto, no sé si porque no le da importancia o porque no sabe qué decir.

—Ya veremos, mi amor. Ya veremos —dice Lucía escéptica.

La pequeña me da un abrazo y un beso antes de irse.

—Creo que le has caído bien —dice Raúl cuando Emma se aleja con su madre.

—Eso parece. —Sonrío victoriosa.

Raúl se detiene frente a mí y me coge de las manos.

—Gracias por poner de tu parte.

—No tienes que dárme las. Gracias a ti por dejarme entrar en tu vida.

—Te quiero. —Me besa.

Miles de mariposas levantan el vuelo en mi interior.

—Mañana voy a hablar con mis padres, quiero presentarte como mi novio.

—Pero...

—Tendrán que aceptarlo. Soy su única hija.

—¿Y si no lo aceptan?

—Me iré de casa.

—No te precipites, si no lo aceptan, dale tiempo.

—¿No quieres que me vaya de casa porque no quieres recibirme en la tuya? Podría irme a vivir al apartamento de Ana, ahora que se ha casado lo va a dejar libre.

—No digas tonterías, yo sería el hombre más feliz del mundo si me dices ahora mismo que te vienes a vivir conmigo.

—Eso lo dices porque aún no me he ido a vivir contigo, el día que me veas entrar con mi colección de bolsos y zapatos te arrepentirás —digo entre risas, pero consciente de que es la pura realidad.

—En mi apartamento hay espacio suficiente para ti y todas tus pertenencias, así tengamos que remodelarlo.

Le doy un beso y caminamos hasta el Paseo del Parque, donde cogemos un taxi al aeropuerto.

A las doce y media de la noche llegamos a Barajas. Esa noche también decido quedarme en casa de Raúl.

Nada más entrar en su apartamento, Raúl me besa con auténtico frenesí.

—Llevo todo el día queriendo hacer esto —dice con la voz sensual.

Me coge en sus brazos y me lleva hasta la cama. Nos desnudamos y sin hacerme esperar me penetra. Mi cuerpo se abre para recibirlo.

Sí..., sí...

Con cada embestida gimo de placer. Sus penetraciones se vuelven cada vez más y más intensas.

Me besa el cuello, me masajea los pechos, me aprieta el culo... Me soba entera.

Un calor abrasador anuncia el clímax.

—Dame más fuerte —le susurro al odio.

Raúl se hunde hasta lo más profundo de mí y comienza a embestirme con una fuerza brutal sin apartar sus ojos de los míos.

Llego al orgasmo y doy un grito de liberación. Él culmina conmigo.

—Siento que ya no puedo vivir sin ti —dice aún con su miembro en mi interior.

Le beso y luego le respondo:

—Yo soy la que no puede vivir sin ti. Nunca he amado así a alguien.

—Yo tampoco. ¿Qué me has hecho? Ojalá pudiera mostrarte todo lo que siento por ti.

—Lo veo en tu mirada.

Por la mañana, antes de irme, volvemos practicar sexo salvaje y caliente.

Cuando llego a mi casa, a eso de las doce, ni mi madre ni mi padre están, pero sé que vendrán a comer porque he hablado con ellos por teléfono.

Estoy decidida a contarles que Raúl y yo somos novios y tendrán que aceptarlo lo quieran o no.

Deshago la maleta y pongo toda la ropa a lavar. Me toca llamar a Maru porque nunca he puesto una lavadora, me gustaría aprender. Si algún día me

toca vivir con Raúl no quiero que piense que soy una pija inútil.

Me pongo algo cómodo y espero a que lleguen mis padres.

Al cabo de un rato escucho la puerta.

—Ya estamos en casa —dice mi padre.

Salgo de mi habitación y le abrazo.

—¿Cómo está mi hija la viajera? No paras últimamente —dice mi padre.

—Sí, estoy como vosotros —digo con retintín.

Le doy dos besos a mi madre.

—¿Y esa bolsa? —pregunto al ver a mi madre con una bolsa con tápers.

—Hemos comprado comida para llevar —responde mi madre mientras se dirige a la cocina.

Preparo la mesa para sentarnos a comer, mientras mi madre pone la comida en platos y mi padre se cambia de ropa.

Mi madre y yo tomamos asiento y esperamos a que llegue mi padre. Al momento llega y se sienta junto a mí. Comenzamos a comer.

No espero al postre para darles la noticia.

—Papá, mamá, quiero contaros algo: me he enamorado.

—Vaya, ¡Qué sorpresa! —exclama mi padre.

—¿Quién es el afortunado? —pregunta mi madre.

—Tú ya lo conoces, es Raúl.

Ella se atraganta con la comida.

—¿Estás bien, Cayetana? —le pregunta mi padre.

—¿Cómo que te has enamorado de ese mecánico de pacotilla? —dice mi madre cuando se recupera.

—No es ningún mecánico de pacotilla, es ingeniero.

—¿Quién es Raúl?

—Ese mal educado que te conté que trajo tu hija a casa la noche de fin de año. Si vieras cómo me habló...

—Mamá, no seas dramática, él te habló bien, fuiste tú quien no paró de molestarle en toda la noche con tus comentarios ofensivos.

—Cuéntame hija, ¿estáis juntos entonces?

—Sí, papá, estamos juntos, es mi novio y me gustaría que lo conocierais y lo tratarais bien, como su madre me ha tratado a mí.

—¿Pero ya conoces a su madre y todo?

—Sí, mamá y ojalá tú fueses la mitad de modesta que ella.

—Ay, la modestia es para la gente pobre y fea —ríe.

—Pues para ser pobre vive en una casa más grande que esta y mucho mejor decorada, por cierto. Y con piscina privada —digo para hacerla rabiar.

—A ver hija, cuéntame más de Raúl, estoy deseando conocerle —dice mi padre.

—Trabaja de ingeniero en la misma aerolínea que yo, es un chico educado, bueno, maduro, tiene una hija...

—¿¿¿¡¡¡Cómo!!!??? —grita mi madre.

—¿Cómo que tiene una hija, cariño?

—A ver... él ha tenido vida antes de conocerme a mí, no ha estado casado, pero...

—Ay, Dios mío, ¿pero tú te has vuelto loca, Valeria? ¿Dónde vas tú con alguien así? —recrimina mi madre.

—Vivo en una familia en la que todo es una mentira, ¿tan descabellado es que me enamore de un hombre real y auténtico?

—Bueno, si la niña está enamorada tendremos que darle una oportunidad para conocerlo.

—Yo no pienso darle mi aprobación —asegura mi madre.

—Pues que sepas que a mí me importa una mierda tu aprobación, voy a seguir con él os guste o no.

—¡Mira! —le dice a mi padre—. Hasta se le han pegado los modales de ese sin vergüenza.

—Valeria, cariño. Cálmate y no vuelvas a decir que en esta familia todo es mentira. Somos una familia feliz —dice mi padre.

—Ja, ja, ja —fuerzo mi risa—. ¿Creéis que no sé que cada uno hace su vida por separado y que os importan más vuestras carreras profesionales y el qué dirán que la felicidad de vuestra propia hija?

—Eso no es cierto, yo estoy enamorado de tu madre.

—Papá, por favor, si aún crees que mamá es rubia natural y que no le han salido arrugas por la genética, y no porque lleva bótox por toda la cara —me levanto de la mesa y tiro la servilleta sobre el plato—. Estoy cansada de esta mentira, se acabó.

—¡¡¡Valeria!!! —Mi madre me llama.

Me voy directa a mi habitación y comienzo a recoger mis pertenencias más básicas.

Puede que me arrepienta de esto que estoy haciendo, puede incluso que esté cometiendo el mayor error de mi vida, pero si no lo hago nunca lo sabré. Estoy cansada de vivir en una mentira, de vivir una vida de lujo que lo único que ha hecho es aislarme del resto del universo. Raúl es lo más auténtico y real que he vivido en mucho tiempo. Ahora mismo lo único que quiero es estar junto a él. Sé que puede salir mal, pero también puede salir bien. No

necesito del apoyo de mis padres ni de su dinero, con mi sueldo y el de Raúl podemos vivir perfectamente, y si tengo que prescindir de todos estos lujos, lo haré.

Estoy tratando de cerrar la maleta cuando mi padre entra en mi habitación.

—Hija, ¿dónde vas con esa maleta?

—Me voy, papá. No aguanto más. No quiero seguir viviendo esta vida que no la siento como mía. Necesito construir la mía propia, tengo veinticinco años y siento que sigo siendo una niña consentida. No quiero eso.

—Pero yo te voy a echar mucho de menos si te vas.

—Tú nunca estás en casa, siempre estás de viaje, así que no vas a notar mi ausencia.

—Saber que no estás aquí me romperá el alma, cariño.

—Cuando estés en Madrid podrás visitarme en casa de Raúl o donde quieras.

—Si te vas, tendrás que prescindir de todos estos lujos —asegura.

—¿Me estás chantajeando?

—No, te estoy diciendo que si te vas, lo hagas con todas las consecuencias.

—Por supuesto, tranquilo que no necesitaré nada de esto —digo señalando a mi alrededor.

—¿Tanto te da ese hombre que eres capaz de abandonar a tu familia por un desconocido?

—¿No lo entiendes, papá? Yo no abandono a mi familia, mi familia me abandona a mí. Estoy cansada de que mi madre me lo cuestione todo, cansada de sus comentarios. Yo solo quería vuestro apoyo por una vez.

Salgo de casa y veo que llueve a mares. No tengo paraguas, así que me refugio en el soportal y pido un Uber. En ello estoy cuando me salta un aviso que me informa que la operación ha sido cancelada por un error en la tarjeta. Entro en la aplicación del banco para comprobar qué sucede y me percató de que ya no estoy autorizada. No me puedo creer que mis padres me hayan cancelado las tarjetas en menos de cinco minutos. Apuesto a que se piensan que solo por eso voy a subir a mi casa de nuevo. Pues lo llevan claro.

Cojo la maleta y corro bajo la lluvia hasta la entrada de metro de Goya.

Nunca he cogido el metro, pero no debe ser tan complicado. Llego a las máquinas expendedoras y leo las instrucciones, al parecer necesito una tarjeta que cueste casi tres euros y luego la debo recargar con el número de viajes

que yo quiera. Miro cuánto dinero tengo en la cartera, pero apenas tengo tres euros, nunca llevo dinero en efectivo.

No sé qué hacer, comienzo a preguntarle a la gente que pasa, pero nadie se detiene, todo el mundo va acelerado. Pienso en colarme detrás de alguien, pero de pronto un joven se detiene y me pasa su tarjeta para que acceda. Le doy las gracias y aprovecho para preguntarle cómo debo hacer para llegar a Barajas. Una hora y media después llego al aeropuerto. Le he preguntado a una chica y ella, al verme con la maleta, ha pensado que iba al aeropuerto en vez de al barrio de Barajas. Me toca cambiar de tren y regresar.

Por fin, casi dos horas más tarde, llego a Barajas. La tormenta persiste, ahora con truenos incluidos, no es que me den miedo, pero sí me imponen mucho. Salgo del metro y corro hasta la casa de Raúl. Cuando llego, toco el telefonillo.

—¿Sí? —pregunta Raúl sorprendido, supongo que no espera visita.

—Soy yo.

—¿Valeria?

—Abre, por favor.

Subo en el ascensor y cuando llego él está en la puerta de su apartamento esperándome. Me ve y se asusta.

—¿Pero qué te ha pasado? Estás empapada.

Dejo la maleta en el pasillo y corro hasta él. No puedo evitar romper a llorar.

—Mi amor, me estás asustando. ¿Qué ha sucedido?, ¿por qué traes esa maleta?

—Me he ido de casa —digo sin apartarme de él. Su olor me reconforta.

—Pero ¿por qué no me has llamado?

—No sé, tenía miedo a que me convencieras de que lo mejor era quedarme allí o que no quisieras acogerme y no tengo a ningún otro sitio dónde ir esta noche —confieso.

—¿Cómo no voy a querer acogerte? Vamos, pasa. —Me da un beso y coge mi maleta.

Entramos y él cierra la puerta. Yo me quedo de pie en mitad de la sala, porque estoy empapada y no quiero mojarle nada.

—Ha sido horrible, he tenido que coger el metro, no tenía dinero, mis padres me han cancelado las tarjetas y he tenido que pedir dinero a la gente que pasaba, me he perdido... Soy una inútil —rompo a llorar.

—No digas eso, cariño. Es normal que te pierdas en el metro si nunca lo has cogido. Incluso personas que lo utilizan a menudo en otras ciudades se

pierden.

Me abraza y escondó mi cara en su pecho, no quiero que me vea así.

—Solo espero que no estés aquí por las razones equivocadas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto asustada tras separarme unos centímetros de él y mirarle a los ojos.

—No sé, que espero que estés segura de la decisión que has tomado, no quiero que te vengas a vivir conmigo porque hayas discutido con tus padres, quiero que lo hagas porque realmente confías en nuestra relación y quieres dar un paso más.

—Es que no me estás entendido, yo no he venido aquí porque he discutido con mis padres, he discutido con ellos por querer estar contigo. ¿Quieres que me vaya? Puedo pasar la noche e irme mañana por la mañana —digo enfadada.

—Por favor, Valeria. No digas tonterías. Yo solo quiero que tú seas feliz y que lo seas conmigo, pero segura de las decisiones que tomas.

—Nunca antes he estado tan segura de algo. Te amo.

Me da un beso en los labios y me coge de la mano.

—Ven vamos a la ducha, vas a coger frío así.

Me lleva hasta el cuarto de baño, me quita la ropa con delicadeza, luego se la quita él y se mete en la ducha conmigo.

El agua corre por su cuerpo y en ese momento yo me olvido de todo. Deslizo mis manos por sus pectorales, hundo mi dedo en su pronunciada tableta y me excito. Su miembro ya está erecto. Él pasa sus manos por mi espalda y desciende hasta mi trasero. Aprieta mi cuerpo contra el suyo. Suspira y se aparta de mí. Coge el gel de ducha y con sus manos comienza a frotarme la piel. Yo hago lo mismo. Las burbujas de espuma blanca resaltan en su moreno cuerpo. Nos enjabonamos con sensualidad, como si tuviésemos toda la noche.

—Eres perfecta —dice con sus ojos clavados en los míos.

Sus palabras suenan tan contundentes que incluso me sonrojo.

—Te quiero —susurro en su oído.

Raúl se introduce en mí con delicadeza y me hace el amor tan despacio que parece una balada romántica.

Salgo del baño y me meto en el dormitorio. Me coloco un pijama y me tumbo en la cama. Raúl se tumba junto a mí.

—No sé cómo he podido vivir solo en esta casa tanto tiempo. Tú la llenas de vida —me dice flojito.

Le beso y me quedo dormida con su mano acariciando mi cuerpo.

Las semanas pasan y estar con Raúl es lo mejor que me ha podido suceder en mucho tiempo. Nos vemos menos de lo que nos gustaría porque nos programan vuelos diferentes, por lo que cuando yo estoy en Madrid él está volando y viceversa, pero esa distancia hace que cuando nos veamos todo sea como la primera vez: las miradas, los besos, las caricias, el sexo...

Me consiente, me mimas y, sobre todo, tiene mucha paciencia conmigo. En este tiempo he aprendido a cocinar y a hacer algunas labores de casa. Cuidar del hogar me parece una tarea durísima. Raúl me ha propuesto contratar a alguien para que nos ayude, pero, aunque con mi sueldo y el suyo podemos permitirnoslo, quiero ser yo quien se encargue de todo. Por supuesto, él también toma cartas en el asunto y, cuando está en casa, hacemos todo juntos. Parecerá una tontería, pero yo me siento más realizada que nunca desde que me he independizado.

La relación con mis padres está mucho más tranquila, creo que se han dado cuenta de que no bromeaba cuando les dije que me iba. Mi padre me ha pedido perdón por cancelarme todas las tarjetas, dice que se dejó manipular por mi madre. En cualquier caso, ya da igual, no quiero su ayuda. He aprendido a vivir por mis propios medios, aunque aún llevo muy mal no poder comprarme bolsos de marca y zapatos caros, pero me he dado cuenta de que tampoco los necesito para ser feliz y verme hermosa. Aunque confieso que regresé a casa de mis padres para hacer una mudanza en condiciones, traté de meter lo básico, aun así fueron quince enormes cajas, que me trajo la empresa de transporte y que hasta hoy no he terminado de acomodar.

Lo que peor llevo de vivir con Raúl son las visitas de su hija a la casa. La niña, a pesar de tener tan solo siete años, es demasiado lista y cuando viene me hace sentir como si yo sobrara, como si la casa fuese suya y ella fuese quién me estuviese permitiéndome estar en ella. Hace comentarios que no me gustan y se pasa todo el tiempo llamando la atención de su padre. Cuando lo hablo con Raúl, él se limita a decir que es una niña, que estoy exagerando y eso me enerva aún más, porque con lo listo que es no me puedo creer que no

se dé cuenta de que su hija está celosa de mí y se pasa el día buscando protagonismo. Por suerte viene poco. Supongo que no todo podía ser perfecto y que será cuestión de tiempo. Además, está en una edad muy complicada, pronto será una adolescente y dejará de querer ser el centro de atención.

El sábado por la mañana temprano, Raúl me despierta y me dice que me ponga algo cómodo, que me tiene preparada una sorpresa.

Me levanto de la cama muerta de sueño y, después de desayunar, me visto. Me pongo un crop top blanco y un pantalón negro con unas deportivas blancas. El pelo me lo recojo en una cola informal.

La primavera acaba de entrar y hace un día estupendo. Raúl conduce en silencio y vamos dejando atrás la ciudad. Parece nervioso, yo también lo estoy por no saber a dónde vamos.

Media hora más tarde llegamos a un descampado. Hay una furgoneta y dos hombres trabajan con unas lonas rojas. Bajamos del coche y nos acercamos, pronto me percató de que esas lonas en realidad son un globo enorme que poco a poco va tomando su forma.

Permanezco en silencio, sin saber qué decir. Raúl se acerca a los chicos que preparan el globo y les saluda, parece que se conocen.

Me acerco y me los presenta.

En tan solo quince minutos el enorme globo se erige frente a nosotros.

—¿Vamos? —pregunta Raúl.

—¿A dónde?

—A donde nos lleve el viento.

Su respuesta me roba una sonrisa.

—Pero... ¿Quién pilota esto?

—Yo —dice él seguro.

—¿Tú?

—Tengo licencia, no es la primera vez que lo hago.

—¿Te has sacado la licencia de globo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En estos meses.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—No sé, quería sorprenderte. ¿Tienes miedo?

Reflexiono durante unos segundos y finalmente respondo segura.

—No.

Me ayuda a subirme a la enorme cesta de mimbre. Nos despedimos de los dos chicos y el globo comienza a ascender. Me asusto un poco al ver la enorme llamarada que sale del aparato que está sobre mi cabeza.

—Tranquila, no tengas miedo, eso es normal.

Nos vamos alejando de tierra firme y siento un revuelo en mi interior. No es miedo, es adrenalina pura. A veces siento que nací para volar. Adoro las alturas, la sensación de estar en el aire, de flotar...

Contemplo las impresionaste vistas. En el horizonte, por donde acaba de ponerse el sol hace apenas unas horas, se aprecian las siluetas de los edificios de la ciudad, destacan las cuatro torres de la zona *business* de Madrid.

—¿A dónde nos lleva el viento, mi amor? —pregunto curiosa.

—Hacia Villanueva de la Cañada, tal y como preveía.

Veo a lo lejos una romántica dehesa repleta de árboles. Miro a mis pies y veo un jabalí grande con otros tantos pequeñitos detrás.

—¡Mira! —le señalo a Raúl.

—Sí, es muy frecuente ver animales en esta zona, yo a veces he visto algún que otro ciervo y águilas.

—¿Águilas? —pregunto inquieta.

—Sí, ¿no te gustan? —pregunta al ver mi preocupación.

—Me dan miedo los pájaros —confieso.

—¿De verdad?

—Sí, ¿nunca te lo he dicho?

—No, ¿por qué te dan miedo?

—Creo que siempre me han dado miedo. De pequeña, con doce o trece años, fuimos a visitar a mi abuela a la sierra de Madrid, porque mi abuelo acababa de fallecer, así que pasamos allí una semana. La casa tenía un patio enorme que daba a una parcela y ahí tenían gallinas y gallos. Por entonces yo ya le tenía miedo a las aves y mi primo Manuel, que también estaba allí esos días, lo sabía. El muy..., me encerró en el patio y un gallo se vino hacia mí, comencé a correr, me caí al suelo y el gallo se puso encima de mí y comenzó a picarme en la cabeza. Incluso me partí un diente del golpe, aquello me generó un trauma. Así que cuanto más lejos de los pájaros mejor. Son imprevisibles y no tener el control sobre ellos me aterra.

—Bueno, seguro que hoy no vemos ningún águila.

—Eso espero. ¿A qué altura estamos ahora mismo?

—A 500 metros.

—Guau.

—Mira, ¿ves aquellas montañas de allí?

—Sí.

—Es la sierra de Guadarrama.

—¿Y ese monte que está más cerca?

—Es la cima del monte Abantos.

Raúl deja un momento el control de globo, que permanece estabilizado en el aire, y se acerca a mí por detrás. Me abraza y juntos contéplanos las preciosas vistas. Me besa en el cuello y yo me giro hacia él para besarle en los labios.

Este paseo en globo es la experiencia más romántica y maravillosa que jamás haya tenido en el aire. El silencio, la temperatura y estas vistas de ensueño hacen de esta experiencia algo inolvidable.

De pronto, Raúl se separa de mí y se arrodilla.

—¿Qué haces? —pregunto sin dar crédito a lo que creo que está haciendo.

Saca una cajita pequeña del bolsillo de su pantalón y la abre. Un diamante, incrustado a un precioso anillo, reluce en su interior.

—¿Quieres casarte conmigo?

¿De verdad me está pidiendo matrimonio? No puedo creer que esto esté pasando.

Dos lágrimas brotan de mis ojos. Él, al ver que no digo nada, continúa hablando.

—Este anillo pretende ser una muestra del amor tan grande que siento por ti. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, me casaré contigo cómo, cuándo y dónde tú quieras.

—He soñado tantas veces con este momento —confieso entre lágrimas.

—¿Y qué es mejor el sueño o la realidad?

—La realidad, por supuesto.

—¿Eso quiere decir que sí aceptas?

—Sí, claro que sí.

Raúl, nervioso, me coloca el anillo, se levanta y me planta un beso de esos que te deja sin aliento.

—Un momento —dice para darle potencia al globo que pierde altura.

—No me puedo creer que te hayas sacado la licencia para sobrevolar esto solo para pedirme matrimonio.

—Un día me dijiste que tú le dabas incluso más importancia a la pedida que a la boda en sí, y yo quería que fuese algo especial y qué mejor lugar que este.

—¿Te acuerdas de ese detalle?

—Me acuerdo de cada palabra que ha salido de tu boca. He estado toda mi vida esperando una mujer como tú, no puedo olvidar ni uno solo de los momentos que he pasado junto a ti.

Lloro como una niña, lloro de ilusión, de alegría, de felicidad, de amor. Jamás pensé que un hombre sería capaz de hacer algo así por mí, nunca me imaginé que cosas como esta me pudieran pasar a mí, siempre creí que esto solo pasa en el cine.

—Te quiero —digo con una esplendorosa sonrisa.

A veces siento que mis te quiero no significan nada comparado con su mirada, él me dice tanto sin pronunciar palabra...

Me besa, devora mi boca y tan solo con sus besos me dice todo lo que necesito escuchar.

No sé si esta historia de amor durará para toda la vida, ojalá. Solo sé que en este momento no hay nada que desee más que estar junto a él. Perdida en este cielo y sobrevolando las montañas junto al hombre que amo, me siento completa. Puede que el amor se mida así, por momentos. Sin duda este será uno de esos que jamás olvidaré.

Epílogo

(5 años después)

Hicimos todos los preparativos necesarios para casarnos ese mismo verano en septiembre, pero dos meses antes detuvimos todo. Supongo que no todas las historias son perfectas y de color de rosas, algunas son más difíciles que otras y la nuestra no era una historia fácil que digamos. Nuestro trabajo nos unió, pero también se convirtió en nuestro mayor hándicap. La distancia, los celos, los rumores de los compañeros..., hicieron que me llegase a plantear si casarme con Raúl era lo que realmente quería. Es cierto que siempre he sido un poco alocada, pero desde que le conocí me he portado bien, bueno, al menos lo he intentado, pero prometo que no hubo más besos clandestinos.

Después de cancelar nuestra boda me bastó estar lejos de él veinte días, a consecuencia de un posicionamiento largo, para darme cuenta de que sin él ya nada era lo mismo.

Este tiempo separados fue suficiente para comprender que esa bonita historia de cuento de hadas no solo estaba en mi cabeza, sino que era real. Todas mis dudas se disiparon y comprendí que mi destino era estar con Raúl.

Finalmente, nos casamos al verano siguiente en Málaga. Fue una boda preciosa. Me equivoqué cuando pensé que la pedida era más importante que la boda en sí. No sé cómo explicarlo, solo sé que fue el día más maravilloso de toda mi vida. Ver a su familia junto a la mía, a todos nuestros amigos reunidos en un evento tan especial. Bueno, se me olvidaba, no todo fue tan perfecto, hubo algún que otro contratiempo. La maquilladora llegó media hora tarde y eso me retrasó en todo lo demás, incluso llegué tarde a la iglesia; luego Raúl me contó que hubo un momento en el que pensó que me había arrepentido y que por eso no llegaba. Pobre mío. También hubo un pequeño contratiempo con las flores por culpa de mi madre, ¿cómo no? Toda la boda iba entorno a los claveles, en honor a la madre de Raúl que le encantan, pero ¿qué hizo mi madre? Pues que habló con la floristería y cambió todo a última hora, según ella para que fuese a juego con mi vestido y destacase mi ramo. Solo pusieron panículata tanto en el coche de caballos, como en los bancos de

la iglesia. Todo demasiado sencillo, eso sí, mi ramo era precioso y, sin duda, destacó.

Por lo demás todo fue increíble. Llevé un vestido precioso: largo con cola, escote en v y manga corta. La espalda iba sin forrar para que se vieran las transparencias del encaje en el que estaba confeccionado.

En la celebración, por la noche, la madre de Raúl nos tenía preparado fuegos artificiales.

Raúl y yo hicimos una despedida de soltero conjunta, nada más y nada menos que en el club swinger New Edén Paradise en Málaga. ¿Qué mejor forma de despedirnos de nuestra soltería que en un lugar como en el que nos unió? Aquella noche disfruté como nunca del sexo, porque, a pesar de mis celos, mi mayor morbo era ver a Raúl disfrutar. Teníamos algunas reglas, nos queríamos (y no íbamos) a estropear lo que teníamos por una estupidez. Estábamos dispuestos a disfrutar de nuestra sexualidad y experimentarla al máximo, pero juntos. Sabíamos separar el amor que nos unía de las relaciones experimentales. Nuestra relación y el vínculo que teníamos estaba por encima de todo. Nos hemos convertido en un todo inseparable.

Pasamos la luna de miel en isla Praslin, de allí nos fuimos a recorrer las islas Seychelles en un barco velero. La experiencia no es tan romántica como parece, me pasé vomitando gran parte del viaje. Pensamos que estaba embarazada, pero por suerte no. Confieso que me alegré, ser madre no es lo mío. Aunque desde que tenemos a Noah, nuestro pequeño pomeranio, confieso que se ha despertado en mí un sentimiento maternal que jamás he tenido.

La distancia sigue siendo muy difícil para ambos, la vida de tripulante es complicada, pero cuando uno pone de su parte y confía en su pareja, todo es posible.

El amor verdadero no entiende de distancias, es un amor libre como el viento. Se alimenta de los pequeños detalles y crece sin límites. Es un amor único que solo lo entienden aquellos que lo han conocido.

Nota de la autora

Quiero darte las gracias por haber llegado hasta aquí. Si te ha gustado esta segunda novela corta de la serie «A bordo», déjame un comentario en Amazon y recomiéndala a otros lectores que creas que podrían disfrutarla, así sabré que merece la pena seguir escribiendo para ti.

Recuerda que las estrellas son consideradas:

5 * Te ha encantado

4 * Ha estado bien

3 * Indiferente

2 * Historia mala

1 * Infumable, pésima

¡Gracias por el comentario! Ayuda muchísimo.